

PAUL MAQUET MAKEDONSKI



CONSTRUYENDO

lugares de esperanza

«Prescindir de la esperanza en la lucha por mejorar el mundo, como si la lucha pudiera reducirse, exclusivamente a actos calculados, a la pura científicidad, es frívola ilusión. Prescindir de la esperanza que se funda no sólo en la verdad sino en la calidad ética de la lucha, es negarle uno de sus soportes fundamentales».

(Paulo Freire en *Pedagogía de la esperanza*)

A los jóvenes comprometidos



**Equipo que aportó en la discusión
para la elaboración del presente documento**

Davis Morante
Betzabeth Carhuayal
Carlos Escalante
Esther Alvarez
Juan Carlos Calizaya
Alberto Amanzo
Jesús Quispe
Fabiola Espinoza
Carla Torres
Marie Bouret
Katherine Quiroz
Abilia Ramos
Yeffel Pedreros
ClickmanFreyre Pedraza
Grace Ramos
Basile Caspar
Rocío Valdeavellano

Construyendo lugares de esperanza



Paul Maquet Makedonski



Construyendo lugares de esperanza

© Instituto de Desarrollo Urbano - CENCA, 2019

© Asociación por la Cultura y Educación Digital, 2019

© Paul Maquet Makedonski, 2019

Diseño y diagramación:

Héctor Huerto Vizcarra

Diseño de cubierta:

Gerardo Espinoza Trujillo

Editado por:

Asociación por la Cultura y Educación Digital

ACUEDI Ediciones

Calle Vertiente N° 179 - La Molina

RUC: 20546738419

hector@acuedi.org

Primera edición - Mayo 2019

Tiraje: 500 ejemplares

Impreso por: Denys Aire Dávalos

Prolongación Huamanga 256-255 - La Victoria

Mayo 2019

ISBN: 978-612-47991-3-6

Hecho el depósito legal en la

Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-06457

Índice

Introducción.....	13
Aproximaciones generales.....	19
Lo local y lo global.....	69
La utopía urbana: una barca que parece a la deriva.....	89
Apuntes sobre la realidad latinoamericana.....	101
Lima: la otra cara de la luna.....	117
El barrio de junto al cielo.....	133
Bibliografía.....	145

Introducción

Al tomar en cuenta un estudio realizado por las Naciones Unidas, el sociólogo norteamericano Mike Davis (2014) indica que el mundo experimenta un crecimiento urbano sin precedentes. Si en 1950 había 86 ciudades con más de un millón de habitantes, en el 2015 la cifra se habría elevado a 550:

De hecho las ciudades han absorbido cerca de los dos tercios de la explosión demográfica global producida desde 1950, y en la actualidad están creciendo a razón de un millón de nacimientos e inmigrantes a la semana (...). El 95 por ciento de esta explosión demográfica se producirá en las áreas urbanas de los países en vías de desarrollo, cuyas poblaciones se duplicarán alcanzando cerca de 4.000 millones en la próxima generación (...). El fenómeno más llamativo es, por supuesto, el desarrollo de nuevas megaciudades de más de 8 millones de habitantes y más espectacularmente aún, hiperciudades que superarán los 20 millones (Davis 2014).

Y —siempre de acuerdo con cifras de las NNUU.—, afirma que hoy en día el 78.2 % de los habitantes de los países en desarrollo habita en áreas degradadas (Davis 2014).

Este proceso inédito de crecimiento urbano está trayendo consigo modificaciones sustanciales en las ciudades, tanto en lo que atañe a su morfología física, social y ambiental, y se desarrolla en un doble contexto de crisis civilizatoria global que

ahonda los abismos de la inequidad social y que pone en riesgo la propia sobrevivencia de los seres humanos en el planeta. También reafirma un proyecto de hegemonía ideológica neoliberal que ha envilecido la vida social, llevando a su máxima expresión el individualismo y el afán desmedido de lucro, que pretende poner en entre dicho cualquier posibilidad de transformación social. La reflexión que sigue a continuación nace de la certeza de que esto no es así; que existen vías de transformación social por transitar y, que en ellas, la ciudad tiene un papel que jugar.

Ningún análisis de la realidad es neutro. Si bien ésta no nace de los conceptos sino al revés, los hallazgos y las respuestas que encontramos guardan estrecha relación con las preguntas que formulamos, y con los enfoques que adoptamos. En el caso peruano, por ejemplo, muchos estudios urbanos han enfatizado una visión más bien descriptiva de la realidad, a partir de enfoques que intentan medir fenómenos sociales como la pobreza, observando el alza o la baja de unas pocas décimas estadísticas, que para la vida cotidiana no resultan en realidad significativas. Otros, más bien, han investigado las causas de los problemas sin percibir a la ciudad como un espacio con vida propia, susceptible de cambios. Unos terceros han intentado resolver problemas prácticos, alejados de cualquier tentación utópica. Para analizar algunas afirmaciones que aparecen como verdades absolutas, resulta útil explorar su origen y determinar a qué se refieren concretamente.

Con ese fin, el estudio hace un recorrido somero y parcial de algunos enfoques poniéndolos en contexto, como por ejemplo, el cultural, el antropológico, o el de la complejidad, que enfatizan la importancia que tienen el ser humano y las sociedades en el desarrollo de los procesos. Justamente, una de las ideas fuerza que atraviesa el trabajo es que la ciudad construida y el tejido social urbano, hoy aparecen divorciados, y que la ciudad

no le pertenece a sus habitantes, sobre todo a los más precarios, que se ven obligados a sobrevivir entre los intersticios que deja el mercado, reconstruyendo su propio mundo.

El significado de algunos conceptos de uso cotidiano como territorio, derecho a la ciudad, movimientos sociales, o actores, no es ajeno a estos enfoques. Así, el territorio puede ser entendido de manera descriptiva como el suelo que ocupa una población, como reflejo de las relaciones sociales o como el espacio histórico, producido y habitado. En el primer caso, el ordenamiento territorial se aproximará más a la idea del *zoning* como instrumento de planificación, en el segundo a una planificación funcional al sistema, y en el tercero, a la de auto organización de las comunidades. El derecho a la ciudad, a su vez, puede ser explicado como la realización de los derechos individuales que tienen los individuos en la ciudad o como el derecho colectivo de los habitantes a modificar la forma y la función de la ciudad. Los movimientos sociales pueden hacer referencia a los movimientos populares urbanos pero también a movimientos urbanos de contracultura; y los actores pueden aludir a los sujetos institucionalizados en un territorio o a procesos y a dinámicas del mercado o de los propios territorios.

Además, exploramos algunas características y problemas que tienen las ciudades hoy en día, particularmente en América Latina, así como la eficacia de las políticas que intentan hacerle frente a estos problemas, sea en la versión de ciudad sostenible o en la de ciudad competitiva, para responder la interrogante de cuál es el papel que juegan las estrategias de alivio a la pobreza en tales políticas. Interesa tomar en cuenta los casos de implementación de políticas públicas en América Latina, donde se puede evidenciar y analizar los distintos enfoques que se están asumiendo al respecto (Maquet Makedonski 2013).

Estos tres elementos están orientados a entender mejor el análisis de los fenómenos urbanos en Lima Metropolitana, y explorar los caminos a seguir en los próximos años en la perspectiva de la transformación social, en una época en la que, como reza uno de los capítulos, la utopía urbana es una barca que parece estar a la deriva. En esa perspectiva nos hacemos las siguientes preguntas: ¿El neoliberalismo y el individualismo son factores concluyentes que desvirtúan toda apuesta transformadora que surja de la barriada? ¿Son los espacios donde habitan los pobres en Lima, lugares de atraso y de miseria o espacios identitarios? ¿Pueden ser concebidos como lugares de esperanza? Nuestra hipótesis es que sí, en los términos que desarrollaremos más adelante, siempre que no se traten de iniciativas aisladas o de experiencias autárquicas, sino de prácticas abiertas al mundo, que formen parte de una corriente de transformación de la sociedad.

Cuando hablamos de transformación social nos estamos refiriendo a tres niveles interconectados que se alimentan entre sí: La transformación de la persona, que adquiere la capacidad y tiene la libertad de situarse como sujeto activo en la sociedad; la transformación de la comunidad, que implica la mejora de las condiciones de vida de sus habitantes, las modificaciones de las relaciones de poder, de los procesos de gestión y de gobierno; y la transformación estructural de la sociedad hacia otra más humana, fundada sobre nuevas bases de cooperación y solidaridad, con justicia y equidad. Entendemos a esta última como un proceso colectivo, abierto y flexible, en construcción permanente, desde abajo, que entrelaza a actores diversos y que da respuesta a algunas inquietudes que tienen plena actualidad: la necesidad de una sociedad con equidad y justicia social; de darle contenido a una democracia cada vez más vacía; y de encarar la crisis ecológica y civilizatoria, donde las necesidades infinitas de acumulación

del capital han terminado por poner en riesgo la sostenibilidad del planeta (Sanz 2017).¹

Como queda dicho, lo anterior no pone en cuestión ni mucho menos la importancia que tiene el esfuerzo por mejorar las condiciones materiales de vida de los habitantes de los barrios precarios. Muy por el contrario, este es el objetivo fundamental de todo proceso de transformación social. Pero este esfuerzo por sí solo no basta. Es necesario también analizar los problemas existentes, explorar sus posibles soluciones y desentrañar la forma cómo pueden hacerse efectivas.

El presente texto contribuye en esa perspectiva. Nace de las discusiones colectivas llevadas a cabo en el equipo de CEN-CA como aportes conceptuales al Plan Estratégico 2019-2022 y tiene un fin práctico: interrogarnos en torno al sentido que tiene el trabajo que realizamos, renovar nuestro compromiso de cambio social y actuar. Pero busca además extender esta discusión a aquellos que comparten con nosotros las mismas preocupaciones y tienen las mismas inquietudes. En los últimos años se ha venido desarrollando en el país un proceso de afirmación de derechos a partir de iniciativas diversas, que en determinados momentos han tendido a converger en acciones concretas. Así tenemos por ejemplo en Lima, a la Unión de Estudiantes de Arquitectura de Lima (UDEAL), al Movimiento Habla Castañeda, al Movimiento Ciudadano frente al Cambio Climático (MO-CICC), al Colectivo Hábitat Perú, al Colectivo de Incidencia y Acción Urbana (CIAUR), a la Plataforma de Agricultura Urbana, al colectivo Salvemos las Lomas, al Movimiento 16N, que agrupa a los anteriores, los mismos que a su vez se congregan en la Mesa de Concertación de Lucha contra la Pobreza de Lima

1. Con respecto a lo individual y lo colectivo, debemos decir que ellos no son compartimentos estancos o estados secuenciales. Son parte de un mismo proceso al interior del cuál uno y otro se alimentan mutuamente. A este respecto, ver Hochmann (1971).

Metropolitana. También han surgido iniciativas de preservación y disposición del servicio de agua, de defensa de los espacios públicos, de planificación participativa, de co-producción del conocimiento, entre otros, y propuestas como las que llevan a cabo instituciones como Lima Cómo Vamos o las propias universidades. Todas ellas expresan un despertar y una voluntad muy importantes para abordar los problemas que aquejan a la ciudad. No obstante, los barrios populares no suelen aún participar mucho de estos procesos a pesar de que son claves para la transformación urbana. Por eso, un encuentro entre estos dos mundos, que contemple el tiempo vivencial, la dinámica y los intereses de los habitantes de los barrios precarios, no como sujetos de experimentación y de análisis sino como actores del cambio, es fundamental. Demás está decir, por último, que éste es el inicio de un proceso de reflexión que deberá llevarnos a deconstruir las ideas acá vertidas, para reconstruirlas con la gente en un proceso de coproducción del conocimiento, y a delimitar los roles que juega cada uno de los actores en el proceso de interdependencias que nos permita avanzar en la transformación social.



Aproximaciones generales

I. Del reconocimiento del territorio al análisis de los sistemas complejos

El vocablo territorio en su origen está asociado a la noción de espacio habitado, que posee un centro y que se encuentra delimitado por fronteras (Larousse 2007).² Fue tomado tanto para el estudio de las plantas como del comportamiento animal. En el primer caso, en 1895, el botánico danés Eugenius Warming acuñó el concepto de «comunidades vegetales» en su libro *Plantensamfund*. En el segundo, el término fue introducido en 1920 por los ornitólogos Elliot Howard y Margaret Morse Nice a partir de estudios realizados a un ave denominada *Melospiza Melodía*. Posteriormente, el término sería popularizado por Robert Ardrey en su libro *El Imperativo Territorial*. Estos trabajos explicaron que tanto las plantas como los animales otorgan un sentido al territorio y luchan por él compitiendo por el alimento, la luz, los minerales del suelo y el agua. Como ejemplo está el caso del nogal que libera un compuesto que mantiene a las otras plantas lejos de su sombra, lo que le permite usar todos los nutrientes del suelo para él solo.

2. Del latín *territorium*, está formado por la raíz terra (tierra) y por el sufijo orio (pertenencia o lugar).

Warming puntualizó que en el mundo de las plantas el término «comunidad» implica diversidad y lucha, pero al mismo tiempo uniformidad y cooperación, que se hacen visibles cuando el ambiente físico (luz, calor, humedad, aire, nutrientes, suelo, agua) posibilita compartir los elementos existentes o cuando un número de formas diferentes se articulan en torno a un mismo componente vital. Años más tarde, R. Park y Roderick D. Mackenzie (1979) adaptaron este enfoque para el estudio de las comunidades humanas.³ De acuerdo con los estudios realizados por estos autores, al interior de los límites de todo territorio natural, las poblaciones tienden a distribuirse de acuerdo a formas típicas y definidas. De esa fecha a esta parte, el concepto de territorio ha sido examinado desde diversos puntos de vista y realizado un largo recorrido, definiéndose como un espacio habitado y con memoria, que cambia con el tiempo en la medida que se modifican las relaciones entre seres humanos, entre sociedades, entre ambos y con relación a la naturaleza. Sin embargo, debe considerarse el hecho que, a diferencia de los animales, los seres humanos no poseerían un ambiente específico de su especie «firmemente estructurado por la organización de sus instintos», y estarían caracterizados más bien por la plasticidad. No están, por lo tanto, atados a un lugar específico. Por el contrario, construyen su naturaleza, «se construyen a sí mismos» (Berger y Luckmann 1972: 66-67).

«La identificación de la noción de territorialidad plantea algunos problemas y su historia está por hacerse». Nos dice Claude Raffestin (2011) en *Por una geografía del poder*. Y agrega: Sobre todo consideramos que la heredamos directamente de los naturistas, quienes se preocuparon de la territorialidad animal y no de la territorialidad

3. En lo que llamaron la «Ecología Humana» que es como también se conoce a la Escuela de Chicago.

humana. (...) Esta noción, concebida hace tres siglos más o menos, no fue explicitada por los naturalistas sino hasta 1920, por ejemplo por H.E. Howard, que la definió como «la conducta característica adoptada por un organismo para tomar posesión de un territorio, y defenderlo contra los miembros de su propia especie». Muchos autores después de él, entre los que están John B. Calhoun, Karl von Frisch, H. Hedigery, Konrad Lorenz, desarrollaron notablemente esta idea de territorialidad animal (Raffestin 2011).

La geografía contemporánea ha desarrollado dos vertientes principales para el análisis territorial: la geografía física, descriptiva, basada en la información cuantitativa; y la geografía humana, que analiza la superficie terrestre y sus paisajes, tanto naturales como humanos. Este enfoque adquirió carácter científico en el siglo XIX, con los aportes de dos geógrafos alemanes: Alexander von Humboldt (1769-1859) y Carl Ritter (1779-1859). Esta rama de la geografía se especializó en las colectividades humanas y en las transformaciones producto de sus actividades. Su objeto de estudio son los paisajes humanizados. Está subdividida en grandes áreas de conocimiento: geografía de la población, geografía rural, geografía urbana, geografía política y geografía ambiental.

Incurсионando en el estudio de las corrientes contemporáneas dentro de la geografía, Claudia A. Baxendale sostiene que en los años setenta del siglo pasado primó en esta disciplina la «geografía radical», expresión proveniente de la Escuela de Frankfurt, que cuestionaba los paradigmas positivistas que habrían fracasado en su intento de resolver los problemas sociales existentes. Este enfoque pretendía integrar el desarrollo del conocimiento con la acción directa, orientando las investigaciones hacia fines «socialmente significativos». Así mismo, siempre según Baxendale, se apelaba a la historicidad para entender los fenómenos de la realidad. Al interior de esta corriente se distinguieron dos líneas principales: la geografía crítica marxista,

que considera el espacio como un producto determinado socialmente,⁴ y la «geografía de la percepción», que valora el espacio vivido y prioriza el análisis de las imágenes espaciales y de los mapas mentales que los individuos forman de su espacio. Bajo este paradigma, el análisis se traslada del espacio como concepto abstracto, al «lugar», como ámbito de la existencia real.⁵

La idea de planificación

Desde el punto de vista del urbanismo, el territorio es concebido a la vez como espacio físico con determinadas características (relieve, altura, clima) y espacio habitado, cobrando relevancia las transformaciones que en éste realiza el ser humano. Desde esta perspectiva, organizar y acondicionar el territorio constituirán dos de sus preocupaciones principales, toda vez que el espacio natural es resultado de múltiples intervenciones humanas orientadas a aprovechar mejor las condiciones específicas que ofrece el entorno.

En épocas más recientes el intento de ordenar el territorio fue una respuesta al inmenso desequilibrio entre el campo y la ciudad, originado por el industrialismo, y una búsqueda para atenuar sus efectos negativos en la ciudad (procesos acelerados de urbanización, implantación desordenada de empresas, habitaciones y equipamientos, entre otros). Situación extrema que obligó a formular las primeras normas de salubridad pública y ordenamiento espacial. Además dio pie al surgimiento en Inglaterra de la planificación urbana a mediados del siglo XIX, la misma

4. Entre los geógrafos que trabajan en esta perspectiva están Ives Lacaste, David Harvey, Richard Peet y Milton Santos.

5. Los geógrafos característicos de esta corriente han sido entre otros, Carl Sauer (estudios de geografía cultural en los años 20) y Yi-Fu Tan, que en los años 70 incorporó el concepto de «topofilia», que se refiere a los lazos afectivos que unen a los seres humanos con el territorio.

que buscaba, por razones de salud pública, separar la industria y el comercio de las zonas residenciales y reducir la densidad poblacional. En *Ciudades sin rumbo* José Luis Coraggio (1991), retomando a Christian Topalov, sostiene que los planes reguladores, que tienen su origen en la Europa del siglo XVIII, nacieron al convertir en asunto de Estado la salud pública que hasta ese momento estaba siendo afectada por decisiones privadas.

Esta preocupación, recogida por personajes como Owen, Fourier o Howard, sería profundizada en los años 20 del siglo XX por los arquitectos que dieron vida a los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM). De acuerdo a lo que proponía esta corriente, el urbanismo debía ayudar a organizar las funciones de la vida colectiva, la vivienda, el trabajo y el ocio. Los medios por los cuales se habrían de cumplir estas funciones, eran la distribución del suelo, el reglamento de circulación y la legislación. Estos conceptos se ratificaron en 1931 en el Congreso del CIAM, realizado en Atenas, que dio lugar a la «Carta de Atenas» que propuso una serie de medidas para enfrentar los problemas de las ciudades principalmente europeas.⁶

En los años cincuenta del siglo XX el plan regulador era el principal modelo de intervención pública en materia urbana, encargado de imponer orden a una realidad trastornada por un crecimiento urbano caótico e irracional. Ello no obstante, con el tiempo, la zonificación fue perdiendo fuerza por diversos motivos (como por ejemplo los costos cada vez más elevados del transporte, que acarrea el desplazamiento), a la vez que cobraban vigencia enfoques alternativos como el «participativo», que propuso dejar de lado el análisis exclusivamente espacial para

6. Mario Gaviria, en el prólogo del libro *Derecho a la ciudad* de Henri Lefebvre, recuerda cómo en los cursos de sociología en la universidad de Estrasburgo, Lefebvre sostenía que la «trampa» de la «Carta de Atenas» estribó en reducir las necesidades humanas a trabajar, habitar, circular y cultivar el cuerpo y el espíritu, dejando de lado lo simbólico y lo imaginativo, como necesidades humanas.

incorporar el aspecto social. Así, por ejemplo, el arquitecto John Friedman (2001) sostiene que la planificación es una forma de pensamiento, una manera de abordar los problemas sociales, un instrumento de la razón, que habría de permitir a la sociedad «orientar su desarrollo ulterior, asegurando en todo momento el bien social máximo».

Para los años setenta, los estudios sobre urbanismo y planificación en América Latina estuvieron muy influidos por la sociología urbana representada por Manuel Castells (2004), que en la *Cuestión urbana* criticó la planificación urbana, en tanto era concebida por él como un instrumento funcional a la lógica de apropiación del espacio por parte de las clases dominantes.

El territorio: sistema complejo

El crecimiento urbano que ha experimentado el mundo en los últimos cincuenta años ha llevado a la necesidad de reflexionar desde nuevos ángulos cómo y por qué crecen las ciudades. Una corriente importante es aquella que basa su análisis territorial en la teoría de los fenómenos complejos y que propone la construcción de modelos que permitan avizorar horizontes posibles.

Luis Mauricio Cuervo (1996), en *Ciudad y complejidad, la magnitud del reto*, hace referencia al documento *Ciudades y ciudadanía* del Viceministerio de Vivienda de Colombia dado a conocer en 1995, en cuya elaboración él participó, en el que se reconocen los múltiples esfuerzos por conceptualizar a la ciudad. En ese texto se señala lo absurdo de pretender la preeminencia de una ciencia sobre las demás. Además se propone una nueva definición de ciudad, la de ser un organismo u objeto complejo. «Este carácter complejo —dice Cuervo (1996)— se explica planteando que la ciudad es un fenómeno social que tiene unidad y

consistencia, que posee elementos que la integran y le dan coherencia, pero que al lado de ellos se producen dinámicas que estimulan la diversidad, que alimentan la diferencia, que coexisten sin confluir, sin tener unidad de sentido». Y reseña el documento del Viceministerio que sostiene que esta unidad, entendida como coherencia, articulación y armonía relativas, coexiste y se reproduce en medio de la diversidad, de la complejidad, de la diversidad. En el mismo artículo Cuervo (1996) critica la concepción de espacio del estructuralismo, según el cual no existe teoría específica del espacio sino una especificación de la teoría general de la estructura social, y agrega citando a Pradilla, que el concepto de espacio utilizado en la sociología urbana no explica las causas mismas, los orígenes, los factores que lo producen. Con ello, termina Cuervo (1996), el espacio estaría dado, sería un reflejo y sólo podría ser modificado a partir de una transformación de las relaciones sociales. En contraposición, apuesta por tomar el concepto de complejidad de las ciencias naturales para sostener que el concepto de espacio debe ser abordado con el aporte de las diversas disciplinas.

Una de las representantes de esta corriente es Denise Pumain,⁷ para quien la preocupación fundamental es encontrar una teoría que permita comprender la evolución de los sistemas territoriales y explicar el proceso ecológico y espacial que conduce a la organización y diferenciación de sus elementos constitutivos. Pumain (2003) constata que las diferencias de magnitud entre las ciudades se reflejan en una historia acumulativa de crecimiento urbano y en ciclos de desarrollo. Y se pregunta qué camino se debe seguir para pasar de la constatación de estas regularidades

7. Denise Pumain (nacida en 1946) es una geógrafa francesa, especialista en urbanismo y modelización en ciencias sociales. Es profesora en la Universidad Paris 1 Pantheon Sorbona y miembro del Instituto Universitario de Francia. Fundadora de la revista europea de geografía *Cybergeo*, codirige la revista *Espacio geográfico* y la colección «Villes» de *Anthropos*.

a la identificación de las «combinaciones» generadoras del cambio. Para responder a esta interrogante se apoya en la teoría de la auto-organización, que identifica dos niveles de análisis: el nivel microscópico, constituido por un gran número de elementos que interactúan, y el nivel macroscópico, y según el cual varias configuraciones son posibles a partir de componentes microscópicos similares debido a momentos de fluctuación durante los cuales los sistemas pueden evolucionar hacia diversas formas de organización de manera impredecible. Ello lleva a este enfoque a introducir los supuestos de irreversibilidad del tiempo, imprevisibilidad del futuro y singularidad de las trayectorias. La teoría de la auto-organización suma a ellos el argumento de la creación, según el cual dentro del propio sistema puede aparecer una nueva categoría de objetos o de atributos, una estructura entera o un nuevo sistema.

Para la geografía, siempre de acuerdo a Pumain (2003), esta proposición tiene diversos puntos de interés, por ejemplo, explicar cómo procesos idénticos pueden producir efectos y estructuras diferentes, recalcar la utilidad de incorporar en el análisis factores tales como libertad de elección de los actores o preferencias culturales; repensar la diversidad geográfica como el producto de procesos que se desarrollan al interior de ciertos marcos y temporalidades que se deben medir y jerarquizar.

Para el análisis de los fenómenos urbanos Andrés Lupiáñez González (2004) propone el examen de un sistema que surge en un territorio a partir de las interacciones que se producen entre las distintas localidades. En esta relación, el nivel macro influye en cada localidad a la vez que actúa como activador de desarrollo urbano en cada una de las ciudades involucradas.⁸

La geografía del poder

El título del presente acápite se refiere al libro *Por una geografía del poder*, escrito por Claude Raffestin en 1980, que dio un giro importante en la geografía política, marcada muchas veces por territorios sin actores, en el que se pone énfasis al hecho que toda relación implica un juego de poder. Dice Raffestin (2011) que la población no es un conjunto de habitantes ni tampoco de productores-consumidores, sino una sociedad con sus poderes, sus lenguas y sus creencias. Desde esta perspectiva, el territorio se convierte en una red de relaciones, los recursos son producidos, hay actores, estrategias, dominación. Para Raffestin (2011) el espacio es un dato y el territorio es ese dato socializado: un espacio para mi actividad y mío a la vez. Y distingue dos tipos de territorialidad: la territorialidad general, conformada por los valores, creencias, cultura; y la territorialidad restringida, que se puede aplicar al espacio físico. Este enfoque pone especial atención al tema de la diferencia. En efecto, retomando a Jean Gottmann (1973), señala que «los pueblos civilizados parecen haber aspirado desde muy temprano a la universalidad, pero siempre dividieron cuidadosamente el espacio entre ellos para distinguirse de sus vecinos» (Gottmann 1973:106). Anota además:

8. Lupiañez (2004) relata que: «En Barcelona, el Laboratorio de Modelización Virtual de la Ciudad surgió como una iniciativa del Centro de Política de Suelo y Valoraciones de la Universidad Politécnica de Cataluña con el respaldo de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona. El objetivo del Laboratorio es el de combinar las nuevas tecnologías dirigidas al análisis espacial, la gestión del territorio y la representación del urbanismo y la arquitectura, haciendo converger el modelado virtual arquitectónico y urbano con los sistemas de información geográfica. Durante sus tres años de existencia, se han logrado importantes avances en el campo de la representación virtual y se han elaborado distintos modelos de ciudad, entre los que caben destacar: la plaza del Fossar de les Moreres, el Paseo de Gracia, la reconstrucción de las ruinas del Born, la Barcelona del siglo XVIII y el modelo del proyecto de transformación urbana del frente litoral del río Besos que incluye las instalaciones del Fórum 2004».

La geografía humana no es la ciencia de los lugares o del espacio como quería Vidal de la Blanche. La Geografía humana consiste en hacer explícito el conocimiento del conocimiento y de la práctica que los hombres tienen de esta realidad que se llama espacio. En eso seguimos la concepción de nuestro amigo Luis Prieto, profesor de lingüística de la Universidad de Ginebra. ¿Y entonces? Entonces el paisaje de nuestra reflexión se modifica medianamente. Conocer y practicar una realidad material supone y postula un sistema de relaciones al interior del cual circula el poder, ya que éste es consustancial a toda relación (Gottmann 1973: 5).

El territorio es producto de los actores. Éstos generan el territorio partiendo de la primera realidad dada que es el espacio:

Hay pues un «juicio» del territorio en virtud del cual se manifiestan todo tipo de relaciones de poder que se traducen en tejidos, redes y centralidades, cuya permanencia es variable, pero cuya esencia no cambia en cuanto a categorías imprescindibles (...) El territorio es también un producto «consumido o si se quiere, vivido, por aquellos que, sin haber participado en su elaboración, lo utilizan como medio» (Gottmann 1973: 6).

II. Identidad y anonimato

Los impactos de la modernidad

El sociólogo alemán Georg Simmel (1999) a principios del siglo XX analizó el impacto de la modernidad en el hombre de su tiempo, como lo hicieron también, entre otros, Freud en el campo de la psicología, Nietzsche en el de la filosofía, y Marx, Durkheim o Weber en el terreno de la sociología. El paso del siglo XIX al XX había marcado un cambio de época radical en los terrenos de la ciencia, la tecnología, la economía, pero también de las ideas y de la cultura. El día se alargaba, las distancias se

acortaban; la vida rural dio paso a la vida urbana; la organización asociativa reemplazó a la comunidad; el mercado y el dinero devinieron la forma principal de relación social. En este contexto, el individuo en la ciudad, el inmigrante, el pobre, se encuentra solo y se siente desamparado. El mundo vive una etapa de expectativa pero también de desconcierto y de temor ante un futuro que se presenta incierto. Así, en la sociología, unos tendrán como objetivo principal identificar las patologías surgidas de las ciudades y curarlas: diferenciar lo normal de lo no normal observando el objeto de estudio, midiéndolo y comparándolo. Para otros, el objetivo será entender lo que subyace en los comportamientos sociales (Marx, Weber, Simmel).

Simmel (1999) fue uno de los primeros investigadores que trató el problema de la modernidad desde una óptica cultural, desarrollando una crítica sistemática a la racionalidad individualista e instrumental de la sociedad moderna; y se interesó en el análisis de las relaciones y de los procesos, emprendiendo una reflexión sistemática en torno a las consecuencias sociales que conllevaba el proceso de urbanización. Para Simmel (1999) el análisis de los fenómenos sociales debe empezar por el examen de las formas de relación, que tienen su origen en lo que él denomina la reciprocidad de la acción o «acción recíproca», definida como la interacción que se establece entre los seres humanos, la influencia que ejerce uno sobre el otro, y el producto que emerge de tal relación. Existen cuatro formas sociales principales en la propuesta de Simmel: formas permanentes (familia, Estado, iglesia, partidos políticos, instituciones en general); formas «formantes», que son los esquemas preestablecidos sobre la base de los cuales se constituyen las organizaciones (jerarquía, competencia, conflicto, asociación, herencia, entre otras); las «formaciones», que son las formas que constituyen el marco general al interior del cual se desarrolla la socialización (política,

economía, derecho, educación, religión); y las formas efímeras, que constituyen el rito de lo cotidiano (las costumbres).

La ciudad como escenario

Para Simmel (1999) el territorio es una consecuencia de la acción del hombre, que modela, modifica, humaniza el espacio vacío, y le otorga un sentido. Así, un reino no estará constituido por una extensión geográfica de tantas o cuántas millas cuadradas sino por las fuerzas psicológicas que reagrupan políticamente a sus habitantes bajo un centro de dominación:

No es la forma de proximidad espacial o de alejamiento lo que crea los fenómenos particulares de vecindad o distancia, aunque ello parezca indiscutible. Ellos también son consecuencia de contenidos puramente psíquicos. Así, cuando un cierto número de personas juntas viven aisladas al interior de determinados límites espaciales, cada una de ellas llena con su sustancia y con su actividad el lugar que le es inmediatamente suyo; y entre este lugar y el de su vecino subyace un espacio vacío. Desde el instante en el que estas dos personas entran en relación recíproca, el espacio existente entre ellos aparece pleno y animado (Simmel 1999).

Simmel (1999) sostiene además que el territorio sobre el que una ciudad ejerce influencia no se detiene en sus fronteras geográficas sino que —de una manera más o menos perceptible— se extiende por todo el país mediante ondas intelectuales, económicas y políticas.

Esta es una clave para entender la noción de frontera. Dice Simmel (1999) que, para uso práctico, el espacio se divide en segmentos que son marcados por fronteras. Pero tomamos rara vez conciencia del hecho de que la extensión de estos espacios particulares —y de sus fronteras— responde a la intensidad de las relaciones que se establecen tanto a su interior como entre

ellos. Las fronteras no son delimitaciones naturales; dependen de los hombres, de sus necesidades, de sus intereses, de la circunstancia particular que los envuelve.

Su estudio sobre la ciudad explica el tipo de intercambio social que allí se genera, así como sus posibles consecuencias en la formación de la personalidad. Simmel (1999) veía en las metrópolis el espacio por excelencia en el que cristalizaban nuevas conductas de organización social, que marcarían la vida en las grandes ciudades a partir de la industrialización. La realidad metropolitana era para él el dato histórico y sociológico, punto de partida para un estudio de la sociedad moderna. Simmel (1999) desplaza el análisis de las ciudades de los datos estructurales o económicos a la esfera de las relaciones sociales, con especial énfasis en las formas a través de las cuales estas relaciones son creadas por los habitantes urbanos. En esta perspectiva de análisis, irá trabajando conceptos relacionados con el anonimato, la libertad, la individualización, la superficialidad y la selección, como elementos centrales de la realidad urbana. Uno de sus puntos principales de análisis gira alrededor del dinero como medio obligado de intercambio en la ciudad. La relación entre dinero y cultura impregna la naturaleza de la vida social urbana hasta la última de sus interacciones. Este valor de cambio fomenta el anonimato y la individualización, privilegia la racionalidad sobre la emotividad y cosifica las relaciones sociales.

Reconoce que en la metrópoli predomina la superficialidad de los contactos urbanos como forma para hacer frente a la realidad fragmentaria y racionalizada de las grandes ciudades: el dinero como medio de intercambio, la sucesión sin límites de impresiones o situaciones imprevistas y la división del trabajo, conducen al habitante a mantener relaciones sociales basadas en la externalidad, el pragmatismo y la especialización. Ante la complejidad y la fragmentación —de situaciones, de opciones,

de contactos— el individuo responde racionalizando y racionando sus interacciones, manteniéndolas en un plano superficial y esquematizado.

Algunas formas urbanas significativas

Los individuos se encuentran en una posición comprometida pero ambivalente, a la vez interna y externa, de cercanía y de distancia con la comunidad. Por un lado, tienden a identificarse con la vida de su grupo de referencia, entremezclarse, fundiendo allí los contenidos de su propia vida. Pero por el otro, observan cómo de esta relación en el grupo surgen «entidades» autónomas, externas y distantes, que adquieren independencia y que se manifiestan de manera más neta en la medida en que la sociedad se hace más compleja, crece la diferenciación y se establecen diversas escalas entre individuos. El pobre, por ejemplo, ocupa un lugar claramente delimitado en esta escala: la asistencia que la comunidad le brinda pero que el pobre, en la gran mayoría de casos, no está en condiciones de exigir, hace de él un objeto pasivo de caridad para el grupo que lo lleva a vivir a menudo en una situación de *corpus vile*, distanciado de la colectividad y excluido por ella. Como el pobre, el extranjero es otro ejemplo de ambivalencia, exterioridad y relación cercana.

En muchos pasajes de la historia, el extranjero, léase el inmigrante, ha tomado la forma del comerciante. En tanto que la economía está orientada hacia la subsistencia o que un círculo geográficamente cercano intercambia sus propios productos, la comunidad no tiene necesidad de comerciantes intermediarios en su interior. Un comerciante no puede perfilarse sino a partir de productos que son fabricados en el exterior del círculo. Si no es posible ir a comprar estos productos, es necesario que llegue a la comunidad un comerciante que, por lo general, es un extranjero al

grupo. Por su propia naturaleza, el extranjero no es en principio un poseedor de tierra, no sólo en el sentido físico del término sino también en el sentido metafórico. Es esta posición la que le confiere su característica específica de movilidad, de proximidad y de distancia. Pero, además, como no tiene raíces que lo aten a los componentes particulares o a las tendencias divergentes del grupo, adopta globalmente la actitud especial de «hombre objetivo».

La inmigración de por sí aísla al inmigrante. Por eso, los comprometidos en esta empresa establecen entre sí una asociación estrecha que sobrepasa las diferencias habituales entre seres humanos. Las amistades de viaje, que para el futuro quedan como tales, permiten una intimidad y una franqueza que no son fáciles de explicar por razones sólo de interés. Para ello parecen concurrir tres elementos: el desarraigo del medio habitual; las impresiones comunes del momento; y ser conscientes de la separación inevitable.

La nueva sociología urbana norteamericana

A contracorriente de los enfoques cuantitativos de la sociología, predominantes a inicios del siglo XX, los exponentes de la Escuela de Chicago recogieron la aproximación cualitativa de la sociología alemana para el análisis la ciudad.⁹ Dos figuras destacadas al interior de esta corriente fueron Isaac Thomas y Robert Park. El primero reflexionó en torno a la importancia de la comunidad en el territorio y el segundo llamó la atención sobre la «racionalización» de la actividad humana en la ciudad, el espíritu competitivo y el desarrollo de relaciones secundarias.

Otro representante de esta corriente, Luis Wirth, escribió en 1938 un trabajo paradigmático *El fenómeno urbano como*

9. Como sabemos, las ciudades norteamericanas, particularmente Nueva York y Chicago, crecieron exponencialmente por la llegada masiva de inmigrantes europeos.

modo de vida, donde definió a la ciudad desde una perspectiva que incide en el análisis de las interrelaciones que se establecen a su interior: «La ciudad es una forma específica de asociación humana con un modo de vida distintivo» (With 1988). Algunas características de estas interrelaciones serían la variedad, la diversidad, la «lejanía» entre unos y otros, los contactos superficiales, los roles segmentados, el anonimato, la erosión de la solidaridad social, la desconfianza, la individualización, y la soledad.

En la *Tradition Sociologique de Chicago* J. M. Chapoulie (2001) relata las impresiones de Max Weber acerca de Chicago en 1904, a partir de una carta escrita por éste, que refleja la realidad de la ciudad en esa época y que nos ilustra acerca del contexto en el que se inserta el desarrollo de la Escuela de Chicago:

Una de las ciudades más sorprendente es Chicago. Al borde del lago hallamos algunos barrios residenciales agradables y de bella apariencia, la mayoría con casas de piedra de estilo imponente y macizo, y de un golpe, atrás, viejas casuchas de madera como se encuentra en Helgoland. Vienen después las habitaciones de los obreros y la suciedad inimaginable de las calles. No existe pavimentación o bien es miserable, los rascacielos, el estado de las calles es espantoso (...). Hasta donde alcanza la vista es un inmenso reservorio humano. Saliendo del centro seguimos Halsted Street en toda su longitud, interminable, —veinte millas inglesas creo— a lo largo de casas apiladas con inscripción en griego —xenodocheion, etc.—, fondas chinas, reclames poloneses, pollerías alemanas, hasta los mataderos. Allá, a todo lo lejos que podamos ver desde la torre de la sociedad Armour y &, no hay más que una inmensa extensión de inmundicias, y rebaños que mugen y balen. Pero en el horizonte, porque la ciudad se extiende millas y millas antes de perderse en los suburbios, hay iglesias y capillas, chimeneas que humean (acá todos los grandes hoteles tienen su ascensor a vapor) y casas de todo tamaño. Son en su mayoría casas pequeñas para por lo más, dos familias (...) y su limpieza varía de acuerdo a la nacionalidad de los habitantes.

Se ha desencadenado el infierno en los mataderos: Una huelga ha fracasado, con una cantidad de italianos y de negros rompe huelgas; disparos cotidianos con decenas de muertos de un lado y del otro; un autobús ha sido volcado y una docena de mujeres han muerto aplastadas porque un no sindicalizado había tomado un sitio; ha habido atentados con dinamita contra el metro aéreo, y un vagón se ha descarrilado antes de sumergirse en el río. Junto a nuestro hotel un dispensador de tabaco ha sido asesinado en pleno día; algunas calles más allá tres negros han atacado y desvalijado un autobús a la caída de la noche, etc. Mirándolo bien es una extraña profusión de culturas.

Se encuentra acá una mezcla inigualable de nacionalidades. A lo largo de las calles los griegos lustran las botas de los yanquis por cinco céntimos. Los alemanes les sirven la mesa, los irlandeses se ocupan de su política y los italianos de sus trabajos de excavación más sucios. A excepción de los barrios verdaderamente residenciales, toda esta enorme ciudad —más extensa que Londres— parece un hombre desollado al que se le ven funcionando las vísceras. Porque se puede ver todo: En la tarde, por ejemplo en una calle periférica del centro, las prostitutas son expuestas en una vitrina iluminada con electricidad, con indicaciones de precio. Una de las particularidades de la ciudad, como Nueva York, es la persistencia de una cultura específica judeo-alemana. Los teatros proponen El mercader de Venecia en yiddish (con un Shylock victorioso, por otro lado) y piezas auténticamente judías (...).

Donde vamos nos sentimos impresionados por el carácter palpitante del trabajo sobre todo en los mataderos con su «océano de sangre», donde varios miles de bovinos y de cerdos son descuartizados cada día. Desde que el buey entra sin desconfianza en el matadero, es apaleado con un mazo hasta que se derrumba y entonces es atravesado con un gancho de fierro, y empieza su viaje ante una serie de obreros que retiran las vísceras, lo despellejan, etc. Y éstos son siempre servidos por una máquina que marcha acorde con la cadencia del trabajo, que hace pasar al animal delante de ellos. Se constata un rendimiento absolutamente increíble en esta atmósfera cargada de vapor, de olores de excrementos, de sangre y de piel; hice el camino conversando con un joven que me servía de guía por cincuenta céntimos, para no terminar

enterrado por la basura. Acá se puede seguir al cerdo del establo a la salchicha o a la lata de conservas.

A la cinco, después del trabajo, la gente debe hacer por lo general varias horas de trayecto para llegar a sus casas. La compañía de autobús ha quebrado; desde hace años ella ha sido gerenciada, como es la usanza, por un receiver que no tiene interés en activar el proceso de liquidación, y que por consiguiente, no compra nuevos buses. En todo momento los viejos buses tienen desperfectos. Aproximadamente cuatrocientas personas cada año fallecen por esta causa o quedan inválidas. Según la ley cada deceso le cuesta a la compañía cinco mil dólares (para la viuda o los herederos), cada lesionado le cuesta diez mil dólares (para el interesado) si la compañía no toma ciertas medidas preventivas. Pero la compañía ha calculado que cuatrocientas indemnizaciones le cuestan menos caro que las medidas preventivas deseables y por consecuencia, no se molesta en tomarlas (Weber en Chapoulie 2001).

Chapoulie (2001) relata que Chicago pasó de tener 4,500 habitantes en 1840 a 2 millones 700 mil en 1920 en un contexto de sucesivas oleadas migratorias, sobre todo, europeas que se organizaron en comunidades por lugar de proveniencia, que no hablan el mismo idioma, que son en su mayoría sumamente pobres, y que pelean entre sí y con los nuevos llegados por la ocupación del territorio. Surgen iniciativas y movimientos de diverso tipo que intentan aliviar esta situación y se crean casas en los barrios más pobres para asistir a los inmigrantes. Una de ellas, Hull House, fundada en 1881 será paradigmática. Fue fundada por Janne Adams, hija de un senador cuáquero, acompañada de Florence Kelley, residente y simpatizante socialista, que contribuyó a traducir al inglés las obras de Engels. La creación de la universidad de Chicago, en 1892, se ubica en los comienzos de este movimiento, fundando el Instituto de Ciencias Sociales, encargado de dar formación a los trabajadores sociales pertenecientes a los organismos de benevolencia. Años después los estudiantes de sociología fundan un asentamiento en el barrio obrero bajo la

dirección de Mary Mc Dowell, antigua residente de Hull House. Chapoulie (2001) también hace referencia a que otro lazo entre movimiento de reforma y sociología fue el movimiento de información social, extendido ya entonces en varios lugares, que proponía soluciones a partir del diagnóstico de la situación de los sectores populares. En 1910 y 1911 tres artículos de Sophonisba Breckinridge y Edith Abbott describieron las condiciones de hábitat de los inmigrantes de un barrio de Chicago.

Hacia 1915 Isacc Thomas escribe *El campesino polaco en Europa y América*, a partir de una vasta recopilación de la correspondencia de los inmigrantes polacos. Esta obra, que estudia las actitudes, las historias personales, las tradiciones, para entender el comportamiento de los inmigrantes ante una situación como la que vivían, se constituirá como lectura obligatoria para la sociología americana de esa época.

La ecología humana

En 1912 Robert Park ingresó al departamento de sociología de la universidad de Chicago. Había hecho estudios de filosofía y fue redactor periodístico antes de migrar a Europa donde tuvo la oportunidad de conocer a Simmel. En 1916 publicó *Propuestas de investigación sobre el comportamiento humano en medio urbano* y en 1921 *Introducción a la ciencia de la sociología*, llamada popularmente la «Biblia verde», por el color de la carátula de la primera edición.

La discusión que propone Park, recogida después por diversos autores, plantea que en la ciudad se origina un modo específico de vida y que los fenómenos de proximidad–densidad tienen consecuencias morales de importancia significativa para el individuo en medio urbano. Luis Wirth retomará este enfoque en *El urbanismo como modo de vida*, escrito en 1937.

En relación al territorio, Park recoge lo dicho por el profesor Eugenius Warming y afirma:

La ecología, que busca describir la distribución efectiva de plantas y animales, en la superficie del globo, es, sin duda, desde un cierto punto de vista, una ciencia geográfica. Y sin embargo, la ecología humana en el sentido que los sociólogos quisieran darle a ese término, no se confunde con la geografía, ni aún con la geografía humana. Lo que nos interesa es la comunidad más que el hombre, las relaciones entre los hombres, más que su relación con la tierra sobre la cual ellos viven. Al interior de los límites de todo territorio natural, las poblaciones tienden a distribuirse siguiendo formas definidas y típicas. Todo grupo local da a luz una configuración más o menos definida de sus componentes individuales. La forma que toma esta configuración, o en otros términos, la posición de unos individuos en relación con los otros en la comunidad constituye, en la medida en que esta posición puede ser descrita en términos generales, lo que Durkheim y su escuela llaman el aspecto morfológico de la sociedad (Park 1979).

La metrópoli de los individuos

La preocupación por el deterioro de las ciudades, que se enfrentan a problemas de cada vez mayor magnitud, la ineficacia de la planificación convencional y las formas mercantiles que adquiere su modernización, han traído consigo importantes reflexiones críticas, como por ejemplo la que hizo Jane Jacobs, que en 1961 publicaría un libro considerado como pragmático en materia de urbanismo en Estados Unidos: *Muerte y vida de las grandes ciudades*. En este libro realiza una dura crítica al proceso de modernización de las ciudades norteamericanas de post guerra y el poco interés por aliviar los sufrimientos de los sectores de menores recursos, enfilando sus cuestionamientos a los modelos de ciudad «sin gente», que alentaron tanto Ebenezer

Howard como Le Corbusier, adoptados y adaptados en Estados Unidos (Jacobs 2011). Como en Europa, en Estados Unidos los suburbios eran considerados como peligrosos. Maden y Marcuse en su libro *Defensa de la vivienda*, cuenta lo siguiente:

Langdon Post, el primer presidente del Departamento de Vivienda de la ciudad de Nueva York, entendía el problema de la vivienda en su sentido más amplio. Enfrentémonos directamente a los hechos —escribió en 1936—. Todas las revoluciones germinan en los suburbios; todos los disturbios son disturbios de los suburbios (...). Tal y como yo lo veo, es un problema de vivienda... o habrá que atenerse a las consecuencias (Madden y Marcuse 2018: 103).

No olvidemos que el barón Haussmann, encargado de modernizar París en la época de Napoleón III, también había buscado destruir los barrios rebeldes y peligrosos reemplazándolos por grandes paseos y avenidas donde no era fácil hacer barricadas. En su texto, Jacobs (2011) a partir de ejemplos concretos destaca el papel de la gente, de la participación y de los barrios en los procesos de mejoramiento urbano. Esta reflexión de Jacobs era una expresión del estado de ánimo que alentó el surgimiento del movimiento por las reformas civiles, que tuvo su punto más alto en la protesta contra la participación norteamericana en la guerra de Vietnam. Desde otro ángulo, otro aporte importante es el ensayo de la urbanista y socióloga francesa Françoise Choay, *El reino de lo urbano y la muerte de la ciudad*, en el que se pregunta si «¿no es tiempo de admitir sin remordimientos la desaparición de la ciudad tradicional [soporte estático de intercambio de bienes, informaciones y afectos] y de interrogarse también sobre aquello que la ha reemplazado, en breve, sobre la naturaleza de la urbanización y sobre la no ciudad en que parece haber devenido el destino de las sociedades occidentales avanzadas?» (Choay 2009: 106).

En la actualidad el debate acerca de la ciudad y del tejido social ha adquirido nuevas dimensiones. La revolución tecnológica y de la información y la expansión del capitalismo a nivel mundial han traído consigo el desarrollo de algunas tendencias que impactan de manera importante en la sociedad. Algunas de las más importantes son la consolidación del mercado como eje organizador de la vida, que impone estilos, modas, valores, que alienta el consumismo; la exacerbación del individualismo y el debilitamiento del tejido social; y la pérdida de referentes espaciales.

El sociólogo francés Alain Bourdain¹⁰ sostiene que los discursos que analizan la ciudad como un objeto abstracto e inmóvil, resumido en cifras y en modelos, no solucionan el problema principal que dificulta la comprensión de la naturaleza y la dinámica de los territorios: el dualismo, que consiste en hacer de la ciudad el resultado de un determinismo social, económico o político, donde la «materialidad urbana» trata a la ciudad como el contenedor y la vida social como el contenido. Esta distinción soportaría cada vez menos la prueba de los hechos (Bourdain 2005: 11). Sostiene que la metrópoli de hoy es un conjunto material e inmaterial que crea una civilización específica, la «civilización de la metrópoli». Retoma el hilo conductor de dos artículos paradigmáticos: *Metrópolis y mentalidad* (Simmel 1903) y *El urbanismo como modo de vida* (Wirth 1938). Como se recuerda, para Simmel la metrópoli de fines del siglo XIX y comienzos del XX era antes que un objeto, una esfera dónde se forjaba una nueva manera de concebir la vida, marcada por la racionalidad donde cobra importancia la experiencia individual y se cristalizan las «figuras sociales» y el «tipo metropolitano». R. Park y Luego L. Wirth, como expresiones significativas de la Escuela de Chicago, llevaron este enfoque a Norteamérica y

10. Alain Bourdain, sociólogo y urbanista, profesor en la Universidad de París VIII, director del Instituto Francés de Urbanismo.

enfataron en las características culturales de los grupos sociales y la densidad social. Pero Bourdin agrega un nuevo elemento: para la civilización metropolitana consumir se habría convertido en un valor en sí mismo.¹¹ Y por lo tanto, los actores principales en la gran ciudad serían aquellos que poseen el poder para influir de manera decisiva en las mentes y en los corazones de millones de personas, indicándoles qué deben consumir y qué no, cuándo y por qué; los que imaginan los productos; inventan los comportamientos; formulan las nuevas exigencias de consumo; aquellos que con su producción simbólica alientan el movimiento; y, por supuesto, los que poseen los capitales y acumulan las ganancias que este movimiento genera.

En relación con el segundo tema, el de la individualización, Zygmunt Bauman (2000) en *La modernidad líquida* sostiene: «La desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las agencias de acción colectiva suelen señalarse con gran ansiedad y justificarse como efecto colateral anticipado de la nueva levedad y fluidez de un poder cada vez más móvil, escurridizo, cambiante, evasivo y fugitivo. Pero la desintegración social es tanto una afección como un resultado de la nueva técnica del poder, que emplea como principales instrumentos el descompromiso y el arte de la huida. Para que el poder fluya el mundo debe estar libre de trabas, barreras, fronteras fortificadas y controles». Y continúa: «Los poderes globales están abocados al desmantelamiento de esas redes en nombre de una mayor y constante fluidez, que es la fuente principal de su fuerza y la garantía de su invencibilidad. Y el derrumbe, la fragilidad, la vulnerabilidad, la transitoriedad y la precariedad de los vínculos y redes humanos permiten que esos poderes puedan actuar» (Bauman 2000: 19). Bauman (2000) sostiene que esta nueva realidad es

11. Esta cultura del consumo incluye por igual a aquellos que pueden adquirir un producto y a aquellos que no lo pueden hacer pero que aspiran a tenerlo.

sobre la que cabe actuar y va más lejos, cuando agrega que la otra cara de la individualización parece ser la «corrosión y lenta desintegración del concepto de ciudadanía». Cada quien mira su propio interés, se ocupa de sus propios asuntos, experimenta sus propios caminos y busca su propia satisfacción. En ese contexto, el espacio de concurrencia por antonomasia es el «templo del consumo»,¹² el lugar sin lugar. Este camino conduce a la tesis de Marc Augé (1993) quien hace la diferencia entre los lugares antropológicos, identitarios, relacionales, históricos, que crean lo social orgánico, de lo que él llama los no lugares, que crecen de la «contractualidad solitaria», que generan espacios fuera de lugar, imaginarios, inventados. Para Augé (1993) los no lugares son trayectos, recorridos, lugares de tránsito y de anonimato por donde los individuos transitan y no interactúan.¹³

La noción de espacio parece que también debe ser redefinida. Para Bauman (2000) el poder se ha vuelto extraterritorial y prescinde, gracias a la revolución tecnológica, de la dependencia que otrora tuvo del espacio y de su necesidad de controlarlo físicamente, y la relación del individuo con el espacio se ha vuelto

12. El premio Nobel de Literatura Mario Vargas Llosa, en su recopilación de artículos sobre cultura aparecidos en el diario el País de España sostiene en el artículo que le da nombre al libro, que vivimos hoy la «civilización del espectáculo», caracterizada por el reino de la publicidad, que ejerce un «magisterio decisivo en los gustos, la sensibilidad, la imaginación y las costumbres». En esta civilización del espectáculo, la información es otro componente central, inclinándose cada vez más por la infidencia, el chisme, el escándalo, la calumnia, el infundio, la magnificación del hecho delictivo, los desastres o los deportes. Se trata, señala, de entretener a la gente a cualquier cosa con programas chatarra en la televisión o con la masificación de la pornografía en las redes.

13. Un punto de vista distinto tiene el sociólogo y urbanista francés Francois Ascher (1995), que en *Metápolis* sostiene que el barrio ha perdido su capacidad de interacción social toda vez que la proximidad social que permite los intercambios y la interacción ya no se encuentran necesariamente en relación con la proximidad física. En ese sentido, el barrio respondería a la existencia de una población cautiva o golpeada por la exclusión. Propone más bien como espacio de intercambio, lo que él denomina la metápolis, que se define como el conjunto de lugares donde todos o una parte de los habitantes y las actividades económicas están integradas en el funcionamiento cotidiano de una metrópoli.

más flexible y menos identitaria. Bourdain (2005), por su parte, cuestiona la noción de territorio concebido en los términos convencionales como sinónimo de arraigo o equilibrio.

Augé (1993) sostiene que la sociedad actual plantea dos paradojas para cuya solución no se tienen todavía respuestas certeras: la primera nos presenta por un lado a un mundo que se ha vuelto nuestro punto de referencia común y, por el otro, uno en el que se multiplican las reivindicaciones de identidad local y regional. La segunda, es la de un mundo cada vez más unificado pero dividido, uniformizado pero diverso. Situación inédita, de trascendencia insospechada, que lo lleva a proponernos volver a pensar el espacio como categoría de análisis y al individuo como habitante de universos sin territorios.

El territorio como expresión simbólica

Desde el punto de vista de la antropología, Alvaro Bello nos dice:

Aunque las formas de apropiación instrumental y simbólica del espacio aparecen a simple vista como ámbitos separados, en realidad son parte de un mismo proceso social y cultural (...). La apropiación simbólica del espacio, expresada por ejemplo a través de las redes de parentesco, el sentido de pertenencia, la topofilia o apego al territorio, o los proyectos etno políticos con base en el territorio, constituyen expresiones de la apropiación simbólica que crean realidades objetivas para las personas, son guías para la acción, mundos de sentido común, constituidos a través de disposiciones y largos procesos de interiorización (Bello 2011).

En otra parte, Bello precisa que «trabajos recientes han reconocido que la naturaleza y el espacio son construcciones sociales en permanente cambio y que varían según las especificidades culturales y los contextos históricos en que se insertan los sujetos» (Bello 2011).

Raymond Ledrut (1968) desarrolla la idea de espacio social como expresión de colectivos humanos donde la vida discurre signada por la proximidad espacial. La ocupación con relativa permanencia de su espacio lo convierte en territorio propio, sujeto a normas y valores del grupo humano que lo habita. Y Jean Remy y Liliane Voyé (1976) desarrollan el concepto de «territorialidad», que permite interrelacionar los comportamientos humanos con su manera de concretarse en un contexto espacio-temporal, posibilitando a un grupo humano resolver en el espacio sentidos tales como orden, no orden, peligro, no peligro, por ejemplo.

Esta forma de entender los territorios, permite relacionarla con otros significados utilizados como el de «barrio». Relata el profesor colombiano Pedro Buraglia (1998) que ya a fines del siglo XIX el sociólogo alemán Ferdinand Tönnies había dado cuenta del languidecimiento de la vida comunitaria, como consecuencia del crecimiento de las ciudades y de cómo esta preocupación tomó cuerpo en la Escuela de Chicago y en propuestas como el Plan de Londres: «En el caso de América Latina a menudo se menciona el barrio como un componente característico de las estructuras urbanas, aunque con un significado generalmente marginal o popular», dice, y termina: «(...) En efecto, el barrio, como asiento de una determinada comunidad, sirve como marco de vida de la actividad humana: Su escala permite la interacción y solidaridad entre individuos, el aprendizaje, la expresión política, el desarrollo de una base económica y diversos niveles de privacidad necesarios para la vida familiar y doméstica».

Los actores en el territorio

El profesor Michel Crozier¹⁴ atribuye un grado alto de autonomía a los seres humanos, permitiéndoles adaptarse e inventar

soluciones en función de las circunstancias. Esta autonomía les otorga la característica esencial a su papel de actores, concebidos como individuos que actúan dentro de un sistema social (Weber 1997 y Parson 1966). El comportamiento y las reacciones humanas no son cabalmente predecibles, entre otros factores, porque poseen una información limitada de la realidad y por lo tanto, tienen una posibilidad restringida para tomar decisiones de manera totalmente racional. En ese sentido, la acción individual y colectiva, que orienta el comportamiento de los actores,¹⁵ se realiza de manera secuencial a partir de aproximaciones sucesivas y respuestas que se van aprendiendo con la experiencia. En la perspectiva de una vida social armónica, para Croizier (1977) el primer reto que tiene la acción colectiva así definida es el logro de niveles sostenibles de cooperación en una perspectiva de vida en común, en un contexto en el que existen objetivos divergentes y hasta contradictorios, que por lo general se terminan resolviendo por coacción o por negociación en el marco de relaciones de poder y de dependencia, de cooperación y de conflicto.

El tema del actor será abordado también a inicios de los años sesenta del siglo XX por los seguidores de la corriente denominada «Interaccionismo Simbólico». Philippe Cabin (2000) anota: «Contra el funcionalismo, los interaccionistas postulan que el hecho social no es un dato sino un proceso que se construye en el marco de situaciones concretas.¹⁶ Es en la dinámica de la interacción entre las personas y a través del sentido que dan los individuos a sus acciones que se puede acceder a la esencia

14. Miche Crozier, sociólogo y profesor universitario francés, considerado como el padre del análisis estratégico. Escribió en 1977 *L'Acteur et le Système*.

15. Esto corresponde a soluciones específicas creadas o instituidas, conscientes o «naturalizadas», y que están dirigidas a desarrollar una acción común que permita aprovechar un espacio o una oportunidad.

16. Idea que ya había sido desarrollada a principios del siglo XX por el psico-sociólogo George Herbert Mead (1863-1931).

del juego social». Uno de los principales representantes de esta corriente fue el sociólogo canadiense Erving Goffman, que analizó las interacciones sociales en la vida cotidiana. Retomando la metáfora teatral, Goffman (1973) dividió los lugares sociales en «regiones»: «Las regiones anteriores (la escena), son aquéllas donde se desarrollan las representaciones: Los actores son confrontados con el público y deben cumplir con sus roles sociales (como el profesor en la clase), y las regiones posteriores (detrás del escenario) cerradas al público donde el actor puede relajar su control o preparar su futura presentación».

También tomamos como referencia para definir el concepto de actor, a Alain Touraine. Para Touraine (1987 y 1998) el actor social es el sujeto, individual o colectivo, reconocido por la sociedad que influye en los procesos de toma de decisión. Sobre la base de esta definición, el movimiento social vendría a ser la «conducta colectiva organizada de un actor luchando por la dirección social de la historicidad (campo formado por los actores sociales en el contexto de sus luchas), en una colectividad concreta» (Touraine 2006a: 255). Acá, el movimiento social no sería sólo una respuesta a contradicciones objetivas, sino también el portador de un «contramodelo» social y cultural que plantea otra sociedad, aunque no lucha por el poder directamente.

En otro texto, Touraine (2006b) sostiene que en el mundo actual el control de las instituciones sociales y políticas sobre los procesos sociales está disminuyendo rápidamente, debido a la autonomización cada vez mayor de la esfera de la economía sobre el resto de la organización social. Además, afirma que la única fuerza capaz de resistir y hacer frente a la lógica impersonal del mercado¹⁷ no es ningún principio trascendental, como

17. Y a la lógica igualmente impersonal de la identidad comunitaria que sostiene a los nacionalismos que son según el autor el otro peligro que enfrenta la organización social actual.

pudo haber sido en la pre-modernidad, sino el esfuerzo de individuos y grupos para defender y construir su propia experiencia personal de vida, que es la defensa del consumo de bienes materiales o culturales patrocinados por el mercado, sumada a la construcción de una experiencia de vida individualizada en el marco de una sociedad de masas, que amenaza permanentemente los proyectos individuales y subordina a los individuos y grupos a lógicas externas.

No siempre resulta fácil identificar a los actores, así definidos, que actúan en un territorio. Es más, en los centros urbanos importantes, capitales de departamento o metrópolis, la identificación de los actores puede revestir gran complejidad debido —entre otros factores— al número de sus habitantes, a la densidad poblacional o al hecho de que constituyen aglomeraciones compactas (a diferencia del mundo rural donde predomina la dispersión). Pero también porque las ciudades tienen hoy en el plano espacial una naturaleza poli-céntrica, sin fronteras definidas, que se extienden a las áreas peri-urbanas; atravesadas por vías metropolitanas y grandes equipamientos donde coexisten áreas de modernidad, sectores excluidos, e islas de gran abundancia. Siguiendo esta intrincada ruta, para Claude Raffestin (2011) el territorio es un espacio de relaciones de poder entre los actores.

El mercado

Como hemos visto, para Alain Bourdain (2005) el gran actor en las metrópolis es el mercado. Carlos Marx en 1844 en el *Tercer manuscrito económico filosófico* explicaba cómo funciona: «En el capitalismo cada individuo especula sobre el modo de crear en el otro una nueva necesidad para obligarlo a un nuevo sacrificio, para sumirlo en una nueva dependencia, para desviarlo hacia

una nueva forma del placer y con ello a la ruina económica. Cada cual trata de crear una fuerza esencial extraña sobre el otro, para encontrar así satisfacción a su propia necesidad egoísta (...). La necesidad de dinero es así la verdadera necesidad producida por la Economía Política. La cantidad de dinero es cada vez más su única propiedad importante». Añade que la enajenación se produce cuando «mi medio de vida es de otro y mi deseo es la posesión inaccesible de otro». Pero también cuando cada cosa es otra que ella misma. Y termina señalando que la riqueza entregada al goce, que considera el trabajo ajeno como presa a conquistar, reduce la capacidad del hombre como ser dotado de voluntad propia. Max Weber, por su parte, en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* sostenía que el capitalismo se identifica sobre todo con el deseo de ganancia. Y agregaba que dentro de un orden capitalista de la economía, cualquier esfuerzo individual no encaminado al logro de esta ganancia, fracasaría sin remedio. Al buscar el lucro, toda empresa basa su actividad en un cálculo que le garantice la ganancia, que no es un medio para una necesidad sino un fin pues esta es la meta de su vida (Weber 1991: 23)

Serge Latouche (2010) explica que tres de los mecanismos más importantes de actuación del mercado son la publicidad, la obsolescencia programada y la difusión del crédito. Esta substancia del capitalismo se encuentra hoy día exacerbada. No hablamos sólo de los aparatos electrónicos cada vez más sofisticados cuya aparición suscita fenómenos de masa sorprendentes. Sino de productos de mayor impacto para el ser humano en el terreno de la salud, de la alimentación o del ambiente, que son dañinos (aerosoles, tabaco, comida chatarra) o que están llamados a reemplazar componentes naturales por productos químicos con un afán estrictamente mercantil.

Esta ciudad, construida alrededor del consumo de masas, se expresaría espacialmente en los grandes centros comerciales y

de servicios, los «no lugares» a decir de Augé (1993), donde los consumidores son sujetos pasivos de la dinámica predominante; y en las grandes vías que permiten la movilidad característica del mundo del consumo. Pero también se expresa en los centros históricos, organizados para el turismo, donde la vida cotidiana ha sido trastocada por una multitud de negocios; en los espacios públicos; en los lugares de esparcimiento. «Ciudad sin ciudadanos», ha dicho Françoise Choay (2009), en la que los actores principalmente son locales o temáticos, expresivos de espacios y de sujetos fragmentados, dominados por el consumo y por la voracidad de aquellos que lo promueven.¹⁸ Así planteada la situación, los habitantes organizados parecen tener alguna posibilidad de influir en los procesos locales o sectoriales pero poca para hacerlo en cuestiones metropolitanas, nacionales y globales, que es donde se decide hoy la vida y el futuro de las poblaciones locales.

El Estado y la democracia

El Estado es el encargado de organizar el territorio para hacerlo funcional a las necesidades de un poder que es hegemónico y que, por lo tanto, transforma en «universal» la percepción de sus propias necesidades. Percepción que lleva al poder a organizar la toma de decisiones sin tener en cuenta la voluntad general o las necesidades vistas desde la perspectiva de otros actores.

En torno al Estado, Raffestin (2011) señala que «El Estado trata de organizar sin cesar el territorio nacional haciendo nuevos cortes, nuevas implantaciones y nuevos enlaces (...). Esta producción del territorio se inscribe perfectamente en el campo del poder de nuestra problemática relacional». En este marco, la democracia tal como está hoy concebida se debate en una crisis

18. Individualismo, precarización del empleo, falta de oportunidades, debilitamiento de los lazos familiares, entre otros factores.

cada vez más profunda. Porque no ha logrado resolver esta tensión existente entre intereses económicos y equidad, que impide una realización plena de la ciudadanía;¹⁹ porque en palabras de McPherson (1991), es incapaz de responder a las demandas ciudadanas y se vacía, cada vez más, de contenido. O porque, como afirma Alain Touraine (1995), las decepciones de la humanidad han sido tan profundas y los totalitarismos tan traumáticos que nos hemos acostumbrado a una concepción «más bien modesta» de la democracia, que ha terminado reduciéndose a la observancia de normas y de procedimientos. Atilio Borón (2003) sostiene que en el plano teórico la respuesta a esta crisis ha sido, antes que un esfuerzo sincero por entender las limitaciones, la consagración de una visión empobrecida, «Reducida en el saber convencional de la academia a un mero método para elegir qué grupo de la clase dominante ejercerá este dominio» (ver también a Schumpeter 1964 y Dahl 1989). Si bien la democracia ha devenido en una referencia universal obligada, ha perdido su sentido crítico e innovador y se ha hecho profundamente conservadora, intolerante, coercitiva. Como consecuencia, a decir de McPherson (1991), padece de dos males fundamentales: apatía en materia de participación política y falta de interés de la ciudadanía en los asuntos públicos.

En el caso de América Latina, el «Consenso de Washington» planteó, en el marco de las políticas de ajuste estructural, que el Estado estaba sobredimensionado, que era ineficiente y que era necesario reducirlo y privatizar los servicios públicos y los sectores estratégicos, dejando toda iniciativa de inversión

19. Según Marshall (1965), existen derechos de primera generación, los civiles y los políticos, y de segunda generación, los económicos, sociales y culturales, cuyo no reconocimiento es una causa fundamental de la tensión mencionada. Otros autores hablan hoy de derechos de tercera generación, que conciernen a la nación, colectividades o la propia humanidad (autodeterminación, paz, medio ambiente), e incluso de cuarta generación (la bioética).

al sector privado. En muchos los países de la región el Estado fue desmantelado y las empresas públicas vendidas. La principal consecuencia económica fue el incremento de la pobreza. Los organismos multilaterales insistieron que el efecto era de corto plazo y, por lo tanto, soportable. Pero no fue así. Un informe de la CEPAL (2004) demostró que a esa fecha la incidencia de la pobreza en América Latina se encontraba prácticamente en el mismo nivel que en 1997.

La inestabilidad política y el malestar económico de los sectores populares y de las clases medias, el desgaste del autoritarismo y el hartazgo ciudadano ante la corrupción instalada en las más altas esferas de poder, fueron factores que llevaron a que en la década del 2000 se produjeran cambios políticos importantes en diversos países de la región, que propusieron un nuevo enfoque para la reforma del Estado. No obstante, esta reforma, cuando pudo hacerse, no se implementó como hubiera sido necesaria.

El territorio, antes que terreno de aplicación de políticas estructuradas desde arriba o esfera de elaboración de respuestas a escala micro, es el espacio donde es posible concertar y enhebrar las iniciativas público privadas. Por tanto, las relaciones entre los distintos niveles de gobierno deben ser redefinidas. Contraria al criterio convencional de subsidiariedad, la gobernanza concebida en su acepción original, propone el principio de subsidiaridad activa²⁰ que estima que la cuestión central que debe abordar el sector público es la respuesta eficaz a las exigencias de la sociedad. Para lograrlo, propone pasar de la «responsabilidad compartimentada» a la «responsabilidad compartida», colaborativa y solidaria, en torno a las necesidades y expectativas del territorio, expresadas en los procesos de planificación participativa.

Los movimientos sociales

Para Alain Touraine (2006a) el actor es el movimiento social. Consta, además, que los análisis sociales sobre América Latina en la actualidad presentan a los actores populares como desintegrados, atropellados por una dominación que viene del exterior, «sin reconocer la existencia y la acción de una clase que participa de un campo histórico, que lucha por el control y la reapropiación del conocimiento y del modo cultural». A partir de su definición de «movimiento social», como sinónimo de movimiento de contracultura,²¹ encuentra que al interior de una

20. En la doctrina social de la Iglesia Católica, la subsidiariedad es el principio que norma y limita el papel del Estado en nombre de la autonomía y autodeterminación. Según el mismo, el Estado debe intervenir cuando advierte que los particulares no realizan alguna labor importante orientada al bien común y debe abstenerse de hacerlo cuando el sector privado o los individuos sean capaces de realizarla. Por consiguiente, allí donde la sociedad puede bastarse por sí misma el Estado debe abstenerse de intervenir. La subsidiariedad establece también que el sector público debe abordar una determinada problemática en la esfera más próxima a los involucrados. Por tanto, la autoridad central asume su función subsidiaria cuando participa en aquellas cuestiones que, por diferentes razones, no puedan resolverse eficientemente en el ámbito local o más inmediato. Hecho suyo por el pensamiento liberal, el principio de subsidiariedad ha sido interpretado como sinónimo de inhibición obligada del Estado en toda iniciativa económica que a la corta o a la larga le plantee algún tipo de competencia al capital privado. En el marco de las políticas de ajuste estructural, este principio fue esgrimido para justificar la privatización de los servicios locales al tiempo que se ajustaban los presupuestos de salud y educación por ejemplo, y se alentaba el surgimiento de emprendimientos privados de dudosa calidad. Aplicado a la labor estatal, el principio de subsidiariedad reivindica la autonomía de la esfera local en la toma de decisiones que involucran a un determinado territorio. De acuerdo con ello, decisiones importantes que afectan la vida y el futuro de los territorios deberían ser consultadas y compartidas con ellos. Sin embargo ello no ocurre así. Sobre la base de las competencias exclusivas de sus sectores, el poder central concentra gran parte de las decisiones fundamentales. Mientras ello ocurre con las decisiones importantes, en la esfera cotidiana el argumento de la autonomía exime al poder central de su compromiso de hacer frente a determinados problemas, en cuya solución efectivamente podría tomar parte de manera activa junto con la sociedad local.

21. Expresado en una pluralidad de formas organizativas, que prefigura formas sociales distintas: movimiento feminista, movimiento ecologista y movimientos urbanos.

sociedad fragmentada como la actual sí pueden existir movimientos sociales, que se erigen como actores en pugna contra la civilización del consumo. En la visión de Touraine no se debe confundir a estos movimientos con los movimientos circunscritos a luchas reivindicativas, acciones de protesta o estallidos sociales, aunque estos estén en contacto o directamente implicados. Y, por lo tanto, tampoco conferir la calidad de actor a quien en realidad no lo es, alentar esperanzas en torno a resultados que no se van a producir e invisibilizar a los movimientos sociales realmente existentes, transversales a la fragmentación de la que hemos hablado.

Es interesante constatar que en *La ciudad y las masas*, Manuel Castells (1986) se termina adhiriéndose a esta definición que hace Touraine de movimiento social, liberándola de su connotación de clase, al catalogar al movimiento feminista como un movimiento social lo que puede llevar a incluir también en la definición a los habitantes o al precariado, como señala Harvey. Aunque a decir verdad, Touraine no pone el acento en la noción de clase, por lo menos, en América Latina. Como recordamos, en *La Parole et le Sang*, Touraine (1998) realiza un vasto análisis de la realidad latinoamericana señalando que para nuestra región no son aplicables las categorías convencionales de análisis social, toda vez que tiene un modo particular que combina el conflicto de clases con las luchas nacionales y populares, expresivas de nuestra realidad social.

Las prácticas innovadoras

Desde otra perspectiva, para Suren Erkman (1998), periodista y profesor en la universidad de Lausana, un actor de primer orden en el territorio puede ser, y ya lo es de hecho en algunos casos, la empresa. Relata Erkman que en septiembre

de 1989 la revista *Scientific American* publicó un número especial consagrado a la gestión del planeta. En este número, Robert Frosch y Nicholas Gallopoulos, vice-presidente de investigación y responsable de motores de la General Motors, respectivamente, publicaron el artículo *Estrategias industriales viables*. En dicho artículo, ambos autores afirmaban que debería ser posible poner en marcha métodos de producción industrial que impliquen una disminución sustancial del impacto negativo en el ambiente. Esta hipótesis los condujo a introducir la noción de «ecosistema industrial». Desde esa fecha se han hecho una serie de estudios y propuestas y se ha redefinido el término de muchas maneras. Todas coinciden en que la noción «ecosistema industrial» permite tener una visión global, integrada de todos los componentes del sistema industrial y de sus relaciones con la biósfera.

Un ejemplo paradigmático de lo que se puede lograr en ese sentido, dice Erkman, es el parque empresarial de la ciudad danesa de Kalundborg, donde se ha construido una simbiosis entre distintos procesos productivos que se nutren y apoyan unos a otros. Sobre la base de la experiencia de Kalundborg, apareció en la década de los años noventa el concepto de parque eco industrial, donde las empresas operan para la utilización adecuada de los recursos y valorizan y reutilizan los desechos. En 1997 se habían constituido unos quince parques de este tipo en Estados Unidos, así como en Canadá, Holanda y Austria.

«Una idea cercana a la de los parques eco industriales —dice Erkman— es la de la «biocenosis industrial». En biología el concepto de biocenosis se refiere al hecho de que en los ecosistemas las diferentes especies de organismos se encuentran de acuerdo con asociaciones particulares. Es posible extender este concepto a los complejos industriales buscando determinar las mejores asociaciones. Por ejemplo, en vez de implantar de manera aislada una unidad de producción de caña de azúcar, se

debería pensar desde el comienzo en conformar un complejo integrado orientado a utilizar de manera óptima todos los flujos de materia y de energía ligados a la explotación de la caña de azúcar. En los años ochenta, dentro del campo de la economía espacial, se había empezado a sostener, a partir de experiencias de concentración espacial de las empresas innovadoras, que la vinculación entre las empresas era en gran medida el resultado de la existencia de un entorno territorial con características específicas favorables y animador de redes locales de desarrollo. En la vida cotidiana, sin embargo, la actividad económica continúa funcionando a la usanza tradicional, con poca responsabilidad social, buscando maximizar las ganancias en tiempos relativamente cortos. Ante ello, los actores locales reaccionan en cada caso de acuerdo a necesidades e intereses definidos, tanto en el campo como en la ciudad.

El territorio

En *Territorios: pensar localmente para actuar globalmente* (Maquet Makedonski, Calame y Ranson 2005) señalábamos que el actor no tenía que ser forzosamente un objeto formalizado en una institución. Podía también ser una relación, un proceso, una voluntad, una capacidad de actuar conjuntamente, negándose a jugar un rol pasivo, de limitarse a reaccionar ante fenómenos o sucesos que vienen de afuera y nos son extraños. De suerte que un actor se hace a través de una construcción social más allá de la institucionalización formal, a partir de objetivos comunes basados en una ética común y en una estrategia de acción. En el texto citado se recopilaron una serie de experiencias relacionadas con el papel proactivo de redes, asociaciones y colectivos que en diversas partes del mundo llevan a cabo acciones orientadas al empoderamiento territorial. Por ejemplo, en la revalorización

de sabiduría tradicional, se relata que los sistemas tradicionales «sasi» de gestión de los recursos estipula la prohibición de cosechar algunos productos con el objetivo de preservarlos. Estas reglas que son aprobadas en reuniones de consejo, tienden también a guardar intacta la estructura de la vida social distribuyendo los beneficios de los recursos entre todos los habitantes. Se relata también que en Durban se ha podido desarrollar una estrategia orientada a integrar el comercio informal en la planificación económica y urbana. En Camerún, los daños ocasionados por los derrames de petróleo, que no querían ser asumidos por la empresa, llevaron a que la población se agrupe y obligue a los responsables a cumplir con un plan de compensaciones. Y en Lima, en Lurigancho-Chosica, se destacó la creación de una mesa de concertación interinstitucional que analizó los principales problemas de la localidad y elaboró programas y proyectos orientados a un desarrollo sostenible.

El derecho a la ciudad

La preocupación por la relación entre ciudad y sociedad aparece también en el pensamiento marxista. En 1968, a partir de su propia experiencia en Francia, Henri Lefebvre enjuició al modernismo de Le Corbusier, tal como lo había hecho Jane Jacobs en Estados Unidos. La aparición de gas natural en los altos pirineos franceses hizo que la empresa que lo explotaba decidiera crear la ciudad de Mourenx donde se alojaría la nueva población laboral. A partir de esa experiencia de ciudad artificial, Lefebvre (2013) desarrollará una crítica a la ideología urbanística y a la carta de Atenas. La trampa de la carta, decía, era que reducía la vida a habitar trabajar, circular y cultivar el cuerpo y el espíritu, manifestando su incapacidad para alcanzar la totalidad de la integralidad humana. Por el contrario, para él la ciudad era

la proyección viva de toda la sociedad global sobre el terreno, donde se plasmaban los conflictos, expresados en la estructura y en la forma urbana.

Para Lefebvre (2013) el espacio no es el resultado de una evolución «natural», sino social y sus transformaciones corresponden a circunstancias históricas concretas. Cada sociedad produce el espacio que le es más propicio, y este espacio así creado contribuye a producir la sociedad. Fenómeno que no se refiere solo a los atributos físicos que adquiere el territorio, sino también a las representaciones que nos hacemos del espacio y a las prácticas reales que allí se desarrollan. Por eso, si bien el poder tiene mayor capacidad de producción del espacio gracias al manejo de las leyes y de los capitales, el espacio producido por él no es necesariamente determinante e inamovible: el espacio no es sólo algo material, participa en crear e instituir los imaginarios. Ordenando su enfoque, Lefebvre (2013) distingue tres tipos de espacio: el de la práctica, que es el espacio percibido (sensible-físico) referido a las prácticas cotidianas; el de las representaciones, que es el espacio concebido (abstracto-mental), que corresponde a los discursos que se producen en relación a concepciones sociales, culturales, etc.; y el de la representación, que es el espacio vivido (relacional-socializado), es decir es el espacio codificado, decodificado, recodificado por la propia vida social que puede ser utilizado como resistencia simbólica.

En *El derecho a la ciudad*, Lefebvre (1978) explica que las ciudades que sucedieron al feudalismo habían sido obras y no productos, donde los habitantes estaban enraizados y se sentían parte de ellas. El valor de cambio, la generalización de la mercancía por obra de la industrialización, modificó el espacio, tendió a destruir este valor de uso y subordinó a sus propios fines tanto a la ciudad como a la realidad urbana, que habían sido los refugios del valor de uso (Lefebvre 1978: 20-23). La ciudad y la sociedad

urbana, como dos aspectos inseparables del proceso de urbanización, se divorciaron y con el crecimiento del fenómeno urbano, que cubre gran parte del territorio en los países industriales (que cruza las fronteras nacionales), se observa un tejido urbano en el que muchos núcleos antiguos se deterioran y estallan y los habitantes se ven obligados a desplazarse hacia lejanas periferias. Para Lefebvre (1978) esto es grave porque el tejido urbano no se limita a su morfología: Es la armazón de una manera de vivir, la sociedad urbana donde los núcleos urbanos no desaparecen roídos por el tejido invasor o integrados a su trama. Resisten transformándose, y continúan siendo centros de vida intensa, consumo de lugar y lugar de consumo (Lefebvre 1978: 26-27). Para él, la ciudad puede ser definida como la realidad urbana y lo urbano como la realidad social, distinguiendo entre morfología material y morfología social (Lefebvre 1978: 67).

Lefebvre (1972) define como «revolución urbana» al «conjunto de transformaciones que se producen en la sociedad contemporánea para marcar el paso desde el período en el que predominan los problemas de crecimiento e industrialización (modelo, planificación, programación) a aquel otro en el que predominará ante todo la problemática urbana y donde la búsqueda de soluciones y modelos propios a la sociedad urbana pasarán a primer plano» (Lefebvre 1972: 11-12). La lucha por la ciudad es, por tanto, la lucha por dotar de significado y de forma a la ciudad. Quizás uno de sus aportes más innovadores en el pensamiento marxista haya sido su aseveración acerca de que además del proletariado, y dada la importancia de las ciudades, era viable pensar en una estrategia urbana para modificar la sociedad en la que los nuevos actores podían ser los habitantes.

Manuel Castells, otro exponente importante del enfoque marxista, dirá en los años setenta, refiriéndose a la Escuela de Chicago, que «la cultura urbana no es un concepto, es un mito

que cuenta ideológicamente la historia de la especie humana» (Castells 1976: 55). Para él la ciudad era una aglomeración de medios colectivos de consumo necesarios para la reproducción del capital (Castells 1976: 60). Refiriéndose a la planificación urbana, a partir del análisis concreto de políticas aplicadas en diversos países, Castells (2004) concluye que la planificación urbana es un instrumento de dominación, de integración, de regulación de las contradicciones de clase. En la misma perspectiva, E. Henry criticará las tesis marginalistas porque no dejaban «ver» claramente las significaciones económicas y sociales de las estructuras sociales y urbanas, y valorará más bien la importancia política de las luchas reivindicativas situadas en la esfera del consumo colectivo (Henry en Vidales 1975: 49). Entendía como Castells que estas luchas, articuladas con las representaciones políticas populares en una coyuntura específica, habrían de permitir la configuración de momentos de explosividad política y social. Así, al no existir planificación posible dentro del régimen social y político vigente, asignaba a los movimientos reivindicativos un rol específico en la confrontación política global entre las clases, particularmente en los períodos de crisis política aguda.

El francés Jean Lojkin, discrepando en su época con Castells señala lo siguiente:

Si reducimos como propone Castells, lo urbano a la reproducción de la fuerza de trabajo, osea a la vivienda y a los equipamientos sociales, planteamos a priori una separación entre la esfera de lo económico y la esfera de lo social. La consecuencia nos parece particularmente grave para el análisis de los movimientos sociales urbanos ya que desde un principio se les niega la posibilidad de impugnar directamente no sólo el poder económico de la clase dominante, sino también la forma de reproducción del consumo y la propia formación social (Lojkin 1979: 296-297).

En los años ochenta Castells dará un viraje reivindicando la importancia de los movimientos ciudadanos, de los gobiernos locales y de la planificación participativa. Así por ejemplo, del movimiento ciudadano español post franquista dice: «(...) Se constituye en una forma original de participación popular en la ordenación del territorio, desarrollo regional, en el freno a la concentración urbana, en la consolidación de la democracia, en la construcción de un nuevo camino hacia el socialismo» (Castells 1979). En ese entonces Castells replantea su percepción acerca del conflicto urbano (circunscrito hasta ese entonces a la constatación de la existencia de «movimientos sociales urbanos») y sugiere la posibilidad de un «poder local» basado en municipios democráticos. En esa línea, en *La ciudad y las masas*, rescatará las experiencias históricas de organización social y política basadas en el territorio como elementos sustantivos para la formulación de lo que llamó «cambio social urbano».

En América Latina la CEPAL, en la década de los años cincuenta del siglo pasado, planteó algunas premisas para el desarrollo como la puesta en marcha de reformas agrarias, la participación activa del Estado en la economía, la intervención en la balanza de pagos y el establecimiento de controles a la importación de productos extranjeros. Diversas experiencias de los años cincuenta, que buscaban una mejor distribución del ingreso a partir del crecimiento productivo y de la ampliación del mercado interno, se basaron en estos postulados. Sin embargo, en la década de los años sesenta el balance no parecía positivo. La mayoría de países no había hecho avances significativos en el camino de su «desarrollo», ampliándose, por el contrario, la brecha existente entre países ricos y países pobres. En este marco surgieron iniciativas de cambio social que se asentaron en los lugares más deprimidos del campo y en las ciudades que experimentaban un rápido proceso de crecimiento urbano. En el contexto

de la guerra fría, los organismos internacionales y los países del norte reforzaron el apoyo económico y financiero a la región y promovieron la modernización en sus estructuras internas. La base teórica que sustentó esta necesidad de modernización de estructuras fue el enfoque estructural funcionalista, que postulaba que el subdesarrollo era el resultado de la subsistencia de ciertos patrones tradicionales no funcionales al desarrollo. Para determinar la propuesta se establecieron algunos métodos de análisis, como por ejemplo el de índices patrón, del que Talcom Parsons (1968) fue uno de sus principales exponentes: se trataba de unidades contradictorias que permitirían determinar los grados de desarrollo (particularismo versus universalismo; difusión versus especificidad por ejemplo). A partir de allí, se buscaba «difundir» los patrones culturales del desarrollo erradicando los niveles de atraso existentes.

Las principales corrientes de reflexión urbana, que surgirán en ese contexto, fueron la encabezada por Gino Germani (tradición versus modernidad) y la de la marginalidad, que tuvo como principal representante al sacerdote belga Roger Veckemans, fundador en Chile de DESAL, que sostenía que la desintegración social y política era la causa estructural más importante del subdesarrollo. Para él la integración de las grandes mayorías nacionales en una forma moderna de institucionalidad democrática devenía en un imperativo para el desarrollo. Dice Veckemans: «La integración social es un proceso por el cual la comunidad logra percibir sus problemas en forma armónica, y participar responsablemente y en forma activa en la solución de los mismos. Es necesario crear condiciones que hagan posible la organización de la sociedad de manera que dicha aspiración llegue a realizarse efectiva y armónicamente». (Veckemans 1970: 49-50) Desde una óptica distinta, José Nun redefinió la noción de «marginalidad» dándole una connotación de «nueva

estratificación social». Basándose en una relectura de *El Capital* y de lo que Marx denominó ejército industrial de reserva, desarrolló el concepto de «sobrepoblación relativa».

Hacia fines de los años 60, surgió en diversos círculos intelectuales (algunos comprometidos originariamente con CEPAL) la teoría de la dependencia, que sostenía que la causa del subdesarrollo y de la exclusión no era la falta de integración social o el apego a la tradición, sino la forma de relación internacional establecida por el capital dentro de la división del trabajo a nivel mundial. Aníbal Quijano, por ejemplo, afirmaba: «Las sociedades latinoamericanas ingresaron en la historia del desarrollo del sistema universal de interdependencia, como sociedades dependientes, a causa de la colonización ibérica. Su historia puede ser trazada en gran parte como la historia de las sucesivas modificaciones de la situación de dependencia, a lo largo de la cual, las diversas sociedades de la región han venido alcanzando diversas situaciones, sin lograr salir hasta el momento de este marco general» (Quijano 1966: 14).

El enfoque de la dependencia sostenía que había sido el debilitamiento de los lazos económicos entre Estados Unidos y América Latina, debido primero a la crisis del 30 y después a la segunda guerra mundial, lo que había generado condiciones económicas favorables que permitieron cambios políticos en favor de las mayorías y el proceso de industrialización independiente del siglo XX. Sin embargo, con el fin de la guerra de Corea la expansión metropolitana entró de nuevo en auge, revitalizándose el modelo de subdesarrollo que se había debilitado en esos años.

En este contexto, el pensamiento marxista tuvo un rápido desarrollo en los análisis sociales referidos a la cuestión urbana, destacando los postulados de Castells (1974 y 2004), que vivió en Chile y que escribió varios textos que serán muy importantes

para la época. De ellos bebió buena parte de la izquierda latinoamericana que acompañó a los movimientos de pobladores y promovió los cordones industriales. Fueron años de intensa lucha política y movilización social, que fueron decayendo poco a poco debido a una serie de circunstancias. El profesor argentino José Luis Coraggio (1991) ha analizado de manera más exhaustiva las razones de este declive y del surgimiento del interés por lo local en América Latina. En el capítulo IV de *Ciudades sin rumbo*, plantea que este tránsito estuvo acompañado por una serie de consideraciones, tales como el agotamiento del Estado como motor del desarrollo; el nuevo potencial de la sociedad civil y de los movimientos ciudadanos; el despertar de la democracia; y la búsqueda de utopías sociales acordes a los nuevos tiempos que vivía el mundo. Este conjunto de cuestiones orientadas a la búsqueda de nuevos paradigmas —dice Coraggio—, tuvo su origen en el rechazo a los «lugares comunes» del pensamiento social y en la evidencia del fracaso de las estrategias desarrollistas y neoliberales. Finaliza diciendo que el interés por los «equilibrios ecológicos por lo cotidiano, por lo local», surge también en un contexto de crisis de sistema que reclama respuestas ante nuevas situaciones que las propuestas antes esgrimidas ya no eran capaces de responder (Coraggio 1991: 124).

En el año 2012 David Harvey (2013) publica: *Ciudades rebeldes, del derecho a la ciudad a la revolución urbana*, retomando el hilo de Lefebvre en *El derecho a la ciudad*, que según Harvey respondía al dolor existencial de la crisis de la vida cotidiana en la ciudad y al intento de proponer una forma de vida alternativa menos alienada, más significativa y más gozosa, aunque dialéctica y conflictiva, abierta al futuro y a los encuentros, reivindicando el derecho a la ciudad (Harvey 2013: 6). Para Lefebvre (2009), en efecto, la lucha por la transformación social asumía con frecuencia una dimensión urbana que había de proponer un fondo

y una forma urbana distinta a las actuales ciudades sin ciudadanos.²² Pero ello no podía suceder sin la creación de un vigoroso movimiento anticapitalista que tuviera como objetivo principal la transformación de la vida cotidiana de la ciudad.

Harvey (2013) sostiene, sin embargo, que hoy el «precarizado» ha reemplazado al proletariado. Dice Harvey: «En caso de haber algún movimiento revolucionario en nuestra época, al menos en nuestra parte del mundo (a diferencia de China, en pleno proceso de industrialización), será el “precarizado” problemático y desorganizado, quien la realice. El gran problema político es cómo se pueden auto organizar y convertirse en una fuerza revolucionaria grupos tan diversos» (Harvey 2013: 12). Es más, agrega Harvey, que el contexto de un mundo en acelerado proceso de urbanización llevó al propio Lefebvre a ampliar el concepto de derecho a la ciudad, al derecho a la vida urbana y luego al derecho al espacio.

Harvey termina diciendo que el derecho a la ciudad es un significativo vacío: «Todo depende de quien lo llene y con qué significado», los financiadores y los promotores, los sin techo y sin papeles, «inevitablemente tenemos que afrontar la cuestión de qué derechos deben prevalecer, al tiempo que reconocemos como decía Marx en *El Capital* que entre derechos iguales lo que decide es la fuerza» (Harvey 2013: 13). De acuerdo con ello, amplía más tarde Harvey, que «el derecho a la ciudad es mucho más

22. Allí señala: «La Comuna representa hasta nosotros la única tentativa de un urbanismo revolucionario, atacando sobre el terreno los signos petrificados de la vieja organización, captando las fuentes de la sociabilidad —en ese momento el barrio— reconociendo el espacio social en términos políticos y no creyendo que un monumento pueda ser inocente (demolición de la columna Vendôme, ocupación de las iglesias por los clubes, etc.). Aquellos que relacionan tales actos con el nihilismo y la barbarie deben confesar que en contrapartida ellos se disponen a conservar todo lo que consideran como “positivo”, es decir todos los resultados de la historia, todas las obras de la sociedad dominante, todas las tradiciones: todo lo adquirido, comprendida la muerte y el congelamiento» (Lefebvre 2009).

que un derecho de acceso individual o colectivo a los recursos que ésta almacena o protege; es un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos» (Harvey 2013: 20).

Espacios de Esperanza

Años antes, en el 2,000, David Harvey había publicado *Espacios de esperanza*, traducido por la editorial AKAL en el 2003. En este libro Harvey, recusando al estructuralismo marxista a partir de una relectura de *El Capital* de Marx, reivindica a la persona como ser actuante y pensante, con capacidad de influir en el curso de los acontecimientos. Antecedente importante para el desarrollo de las tesis de Harvey, fueron las reflexiones hechas por el filósofo marxista Ernst Bloch (2004) en su libro *El Principio de la esperanza*. En él, Bloch (2004) sostenía que el impulso más importante del ser humano es el impulso de futuro, originado por la necesidad de satisfacer una necesidad básica como es la sobrevivencia material. Este deseo se manifiesta en el sueño pero también estando despiertos en forma de esperanza, nutrida de una capacidad transformadora que se alimenta de situaciones concretas. Es la utopía que emerge a partir de lo que se está haciendo, la búsqueda de la tierra prometida que se hace caminando y que permite construir el nuevo mundo. Más tarde, el teólogo alemán Jürgen Moltmann (1972) escribió *Teología de la esperanza*, que tuvo una gran influencia en la iglesia de base y que jugó un rol muy importante en el Concilio Vaticano II y después en Medellín. El propio Gustavo Gutiérrez, padre de la teología de la liberación, toma como uno de los referentes más importantes en su libro, que lleva el mismo nombre, a Jürgen Moltmann a quien considera como uno de los teólogos más importantes de la segunda mitad del siglo XX, que recusando los males de la sociedad había dicho que la promesa de futuro es

más importante que todo pasado y que la iglesia debe participar activamente en los asuntos terrenales para ayudar a construir un mejor mundo.

Harvey, en sus *Espacios de esperanza*, sostiene:

Quienes tienen el poder del dinero son libres de elegir entre mercancías de marca (incluidas prestigiosas ubicaciones adecuadamente aseguradas, valladas y servidas), pero a la ciudadanía en su conjunto se le niega cualquier elección colectiva del sistema político, de las formas de relación social o de los modos de producción, consumo e intercambio. Si el caos parece imposible de cambiar es simplemente porque de hecho «no hay alternativa». Es la racionalidad suprema del mercado frente a la estúpida irracionalidad de todo lo demás. Y todas esas instituciones que podrían haber ayudado a definir alguna alternativa han sido suprimidas —con notables excepciones, como la iglesia— o intimidadas hasta la sumisión. Las personas no tenemos derecho a elegir en qué ciudad queremos habitar.

Y continúa:

¿Pero cómo es que nos hemos persuadido hasta tal punto de que «no hay alternativa»? (...) A buen seguro, la ideología y las prácticas del neoliberalismo competitivo hacen su trabajo silenciosamente, eficaz e insidioso, dentro de las grandes instituciones —los medios de comunicación y las universidades— que moldean el contexto imaginativo en el que vivimos. Lo hacen prácticamente sin que nadie lo note. La corrección política impuesta por el salvaje poder del dinero (y la lógica de competencia del mercado) han hecho mucho más por censurar la opinión dentro de estas instituciones de lo que nunca consiguieron las abiertas represiones del marcantismo (Harvey 2003: 182).

Harvey sostiene que esto no es así, que en realidad sí hay alternativa y que si bien nos encontramos insertos en mundos institucionales y en entornos concretos, también es cierto que el ser humano tiene la capacidad de modificar esas relaciones: los proyectos que responden a la pregunta de qué queremos de

nuestras ciudades son proyectos que se refieren a posibilidades humanas, donde cada uno de nosotros tiene algo que pensar, que decir y que hacer al respecto (Harvey 2003: 186).

Esta línea de reflexión lleva a Harvey a reivindicar el derecho a la utopía: «El rechazo a la utopía en los tiempos recientes —señala— descansa en parte en una aguda conciencia de su conexión interna con el autoritarismo y el totalitarismo. Pero el rechazo al utopismo basándose en tales argumentos ha tenido también el desafortunado efecto de frenar el libre juego de la imaginación en la búsqueda de alternativas» (Harvey 2003: 190).²³ Ahora bien, dice Harvey que la mayoría de las utopías de forma espacial llevadas a la práctica se han alcanzado mediante la ayuda del Estado o de la acumulación de capital, y las que optaron por mantenerse al margen terminaron absorbidas por el flujo dominante. Lo que coloca como objeto de análisis ya no necesariamente a la utopía en sí misma sino a los procesos sociales que fueron movilizados en su construcción. A partir de lo cual nos invita a pensar más bien en un «utopismo de proceso» temporal, que no prefigura una forma espacial definida sino que propone un camino, una ruta. Esta opción se topa, no obstante, con la existencia de un poder estatal garante del libre mercado y de un interés de este mercado de apropiarse del espacio. Para hacer frente a los peligros y límites tanto del utopismo espacial como del utopismo de proceso, Harvey propone lo que él llama el «utopismo espacio-temporal» o «utopismo dialéctico». Con ese objetivo, retoma el término de «heterotopía», acuñado por primera vez por el filósofo francés Michel Foucault en su libro *La palabra y las cosas*, referido a espacios en los cuales las diferencias,

23. Lewis Mumford (2013) en *Historia de las utopías*, escrito en 1922, advirtió acerca de lo que él llamó la vocación autoritaria de las utopías, aunque rescató de ellas su sentido de prospectiva y su enfoque global de los problemas que aquejan a las sociedades. Karl Popper, por el contrario en *La sociedad abierta y sus enemigos*, sostuvo que la utopía ha sido la culpable de los peores crímenes de la humanidad.

la alteridad, y «lo otro» podrían florecer o ser construidos más allá del mundo de las normas y de las estructuras que aprisionan la imaginación humana: espacios de ordenamiento alternativo, organización de un fragmento del mundo social de manera diferente a lo que lo rodea y que les permite ser considerados como un ejemplo de forma alternativa de hacer las cosas. Pero esto no es suficiente. «Foucault —dice Harvey— pone en tela de juicio y ayuda a desestabilizar (espacialmente en el ámbito del discurso) pero no proporciona claves sobre cómo se podría elaborar algún tipo de alternativa (...) y por mucho que luchásemos por paisajes e instituciones flexibles, la fijeza de la estructura tiende a aumentar con el tiempo haciendo que las condiciones de cambio sean más escleróticas en lugar que menos» (Harvey 2003: 214).



Lo local y lo global

Enfoques desde la economía

En principio, la economía es una disciplina que se ocupa de estudiar cómo las sociedades deben administrar sus recursos con el objetivo de producir bienes y servicios, y distribuirlos para el bienestar de sus miembros. Según ella, el territorio (junto con el clima) forma parte del ambiente natural en el que se desenvuelven las actividades productivas. Comprende el suelo (o superficie externa de la tierra, relieve orográfico) y el subsuelo (capas internas de la tierra). En él convergen los recursos naturales, el ser humano, que aporta el trabajo necesario para producir los bienes o prestar los servicios así como el talento o fuerza motriz de la economía.

Ahora bien, en un contexto en el que la actividad económica está regida por la búsqueda de beneficio, el interés de esta disciplina en materia territorial es el examen de las condiciones que hagan posible menores costos de extracción de la materia prima, de su transformación y de su comercialización. Johann Heinrich von Thünen, en *El Estado aislado*, en 1820 planteó que el hombre trata de resolver sus necesidades económicas en el entorno inmediato reduciendo sus desplazamientos al mínimo y sugirió como idea central que por ello la renta variaba en relación

con la distancia de los productos con respecto al mercado. A este tipo de renta le llamó renta de localización. A principios de siglo XX, la Escuela de la Localización plantearía las causas que explicarían los patrones de distribución espacial de las manufacturas en el marco del proceso de industrialización, señalando que la distancia influía en la formación de preferencias por parte de los consumidores y, por tanto, en las decisiones de localización de las empresas.

En los años comprendidos entre las dos guerras, el foco de interés se desplazó en otras direcciones. En primer lugar, en el análisis de las pautas que determinan los usos del suelo en las zonas urbanas. El centro de esta corriente fue la Universidad de Chicago donde profesores tales como Park (1999) propusieron un enfoque ecológico para entender las pautas de localización dentro de las ciudades. Esta perspectiva de análisis estimuló el desarrollo de estudios sociológicos y demográficos en torno a las ciudades, tales como los de Homer Hoyt (1939) cuyos trabajos acerca del proceso de cambio en la forma de las zonas residenciales dentro de la ciudad parecen haber recibido la influencia de las nociones ecológicas de competencia, invasión y sucesión. Este interés de los ecólogos, en el uso del suelo de manera concéntrica en las ciudades, llevaría a que otros estudios se preocuparan por entender la lógica que animaba la zona central de la ciudad y la formación de «jerarquías». Durante la década del 40 destacan los trabajos de August Losh, en el desarrollo de la teoría general de la localización, y de Edward Ullman que enfatizó la necesidad de profundizar la teoría del lugar central al estudio del tamaño y extensión de las ciudades. Más tarde, él y Chauncy D. Harris estudiarían las formas de distribución del uso del suelo dentro de las ciudades, desarrollando las propuestas de «anillo concéntrico» y «sector» como parte de la teoría de los «núcleos múltiples».

En diversos estudios cuestionaron la idea de que las decisiones se basaban casi exclusivamente en una información adecuada y que, por el contrario, muchas decisiones pueden ser consideradas como «sub óptimas». Para ello, analizaron dos conceptos de la teoría del proceso de toma de decisiones: el estado de la información y la actitud de aquel que toma una decisión frente al riesgo.

Luis Mauricio Cuervo (1996) señala que en general la teoría neoclásica presenta dos dificultades: a) La definición de espacio. Dice que para definirlo, aunque usualmente se utilice la noción de distancia expresada en términos de costos de transporte, el abanico de variables para una definición adecuada es en realidad mucho más amplio. b) La interacción entre decisiones individuales puede provocar una cadena de acciones y reacciones, que quite una base suficientemente certera para establecer el equilibrio deseado.

Con relación al primer problema, se puede establecer que cada caso interpretado como una apuesta teórica hace posible aislar las reacciones elementales entre dos variables, dando lugar al encuentro hipotético de un punto de localización óptima. Pero el segundo, dice Cuervo (1996), pone a prueba la racionalidad neoclásica misma, construida sobre la base de la independencia y racionalidad de las decisiones individuales.

Como respuesta a los límites de la teoría neoclásica, autores como Harry Richardson y Philippe Aydalot han buscado una definición diferente de espacio dando lugar a la aparición de conceptos como externalidad o deseconomías. Estos conceptos toman como punto de partida la existencia de una serie de interrelaciones económicas altamente influenciadas por la localización. Las externalidades, las economías y deseconomías de aglomeración reinterpretan las implicancias económicas de la interrelación cercanía-lejanía. Las externalidades establecen

que la vecindad de los agentes económicos en la realización de sus actividades propicia la transmisión no monetaria de costos y beneficios. Así por ejemplo, la congestión y la contaminación se encuentran entre los principales costos de la concentración espacial de la actividad económica; mientras que la difusión de las innovaciones o el uso compartido de la infraestructura básica se cuentan como beneficios externos de las aglomeraciones. Y en lo que compete a las economías y deseconomías de aglomeración, se señala que ellas surgen de la agregación o no de costos y beneficios individuales, que se reflejan en condiciones propicias o negativas producto de la concentración espacial.

A finales de los años sesenta, la Teoría del Intercambio Desigual propuso entender el funcionamiento de las economías subdesarrolladas sin compararlas a las economías capitalistas avanzadas, toda vez que aquellas tendrían una forma de funcionamiento radicalmente distinta a las segundas (Amin 1975). Según esto, los espacios periféricos tienen modos de funcionamiento diferentes a los espacios centrales ya que los procesos de acumulación a escala mundial se generan y dirigen desde los espacios centrales, mientras que se proyectan sólo de manera deformada en los espacios periféricos. En los mismos, las decisiones de los agentes productivos se encuentran muy condicionadas por el funcionamiento global del sistema económico. Como consecuencia, se produce en estos espacios un proceso de implantación de industrias modernas en respuesta de la «deslocalización» de algunas actividades industriales. Pero según Amin (1975), las mismas constituirían enclaves aislados sin conexión con el tejido económico local.

La crisis de los años setenta del siglo pasado puso en cuestión las visiones sobre la relación entre economía y territorio. La Teoría de la Localización parecía incapaz de explicar por qué economías sin dotaciones de recursos naturales (por ejemplo

Japón) sobresalían en industrias que, a priori, necesitaban cantidades ingentes de productos (siderurgia o construcción naval).

De esa época a esta parte los diferentes autores reconocen, cada vez con mayor frecuencia, algunos elementos centrales para el análisis territorial: que los cambios en las esferas globales, sin responder o ser el resultado de cambios acaecidos por separado en cada una de las empresas, tienen una proyección sobre las empresas individualmente consideradas; que estas transformaciones en la forma de organizar la producción tienen un efecto sobre la repartición de la actividad industrial a lo largo del territorio. Es decir, las dinámicas territoriales observables pueden explicarse a partir de las transformaciones inducidas sobre los sistemas de organización industrial por los procesos de reestructuración y globalización; que en este proceso de cambio, el territorio, entendido como espacio social, no juega un papel pasivo. En palabras de Veltz «las empresas se ven obligadas (en su lucha competitiva) a actuar sobre mecanismos sociales, históricos y geográficos, completamente irreductibles a las representaciones que ellas mismas realizan de la eficacia económica. La economía más avanzada funciona, cada vez más, sobre elementos extraeconómicos. El territorio juega, por supuesto, un papel esencial en esta dinámica» (Veltz 1995).

Entre las múltiples aportaciones encuadradas dentro de este grupo, habría que destacar aquellas que consideran que las nuevas formas de los procesos de acumulación de capital favorecen básicamente al capital transnacional, y las que opinan que los cambios en los sistemas de acumulación a escala mundial abren nuevas posibilidades de desarrollo de sistemas productivos basados en las pequeñas y medianas empresas.

El desarrollo local

Con la crisis del modelo fordista de los años setenta y el desarrollo científico y tecnológico de los ochenta, la reflexión de la economía en torno a los territorios tomará dos caminos: el desarrollo económico local y la Economía del Archipiélago (que veremos después). El concepto de desarrollo local no es originario de América. Según el profesor Joan Sanchis Palacios (1999), la política económica impulsora del desarrollo económico local arranca en Europa a comienzos de los años 80 con la aprobación en julio de 1982 del Programa de Iniciativas Locales para la Creación de Empleo (ILE) de la OCDE (1982-1985).

«Pasos Sucesivos —continúa Sanchis (1999)— fueron la resolución de la CEE de julio de 1984, planteando la contribución de las ILE a la lucha contra el paro y la recuperación de la actividad económica y la consolidación explícita de las ILE dentro del Plan de acción de las Pymes aprobado por el Consejo de la CEE en octubre de 1986. Los programas LEDA (Local Economic Development Action) en 1986 y SPEC en 1990, la iniciativa LEADER (Liaisons Entre Actions de Développement et Economie Rurale) en 1991 y las redes ELISE en 1985 y MIRIAM en 1991, marcan el comienzo del desarrollo local a nivel comunitario». Y agrega que en España la promoción del desarrollo local se inició con la orden ministerial del 21 de febrero de 1986 sobre regulación de iniciativas locales de empleo: «Se puede considerar —explica Sanchis— como punto de partida de la política económica local en España la transformación de INESOP (un centro privado de control de calidad creado por las empresas de calzado de Elda) en una sociedad de investigación en 1978» (Sanchis 1999: 153).

En América Latina el interés por lo local se explica, en parte, por los cambios operados en las concepciones de desarrollo

derivadas de la crisis de los años setenta (ILPES 1998). Como ha sido dicho, el período de post-guerra en América Latina estuvo caracterizado por el crecimiento económico, por la difusión y la aceptación generalizada de las ventajas que supuestamente ofrecía el modelo de desarrollo de los países industrializados. La economía de la región se orientaba de forma unilateral hacia factores y recursos extra regionales, con la consecuente dependencia de los centros de poder internacionales.

El modelo vigente hasta entonces (que tenía como eje principal promover y atraer la inversión extranjera) colapsó en la época de crisis económica evidenciando sus limitaciones para dar una respuesta eficaz a los problemas del empleo y desarrollo de la región. Esta comprobación condujo a un progresivo cambio de actitud y a la aparición de nuevas propuestas de desarrollo, revalorizando el potencial endógeno y el papel del territorio como algo más que un mero soporte de actividades inconexas.

El pensamiento de lo local llegó a la región latinoamericana en un contexto definido por Juan Luis Llorens, Francisco Albuquerque y Jaime del Castillo (2002). Estos autores plantean que la quiebra del modelo predominante de finales de los años setenta se produjo en medio de una crisis económica generalizada en un período en el que primaron los ajustes estructurales, la liberalización económica y la apertura creciente a los flujos internacionales. «La concentración de recursos y las políticas en el saneamiento financiero interno (fiscal) y externo (balanza de pagos) —dicen— supuso un retroceso en las políticas de fomento social (educativas, de vivienda y de salud) que dejó desasistidas a las colectividades locales y un ajuste financiero que impactó negativamente al sector productivo. [En ese contexto] la estrategia de reforzamiento del mercado como mecanismo de asignación de recursos, la reducción de subsidios y controles estatales y la privatización de las empresas públicas produjeron una reducción del

papel y presencia del Estado» (Llorens, Albuquerque y Castillo 2002).

Esta situación explica en buena parte por qué se generalizaron en América Latina importantes iniciativas informales de desarrollo económico en los ámbitos locales en respuesta al contexto económico adverso. Francisco Albuquerque señala que «buena parte de las iniciativas de desarrollo económico local han surgido como reacción a la crisis económica y falta de políticas adecuadas desde el nivel central del Estado» (Albuquerque 2004).

Los enfoques referidos al desarrollo local responden a preguntas diferentes que buscan resolver los problemas que cada uno de ellos considera principales. Así por ejemplo, lo local entendido como respuesta a la crisis y al desempleo pone énfasis en la importancia que tienen los emprendimientos económicos y en la creación de condiciones adecuadas para el desarrollo exitoso de tales emprendimientos. El desarrollo local, asociado a las políticas de ajuste, ha priorizado el diseño de estrategias para transferir los costos de los servicios y de los programas sociales a la comunidad, y la focalización de los programas antipobreza. Lo local, desde la perspectiva de construir nuevas formas de relación con lo global, ha puesto el acento en el aumento de la competitividad. El desarrollo local como regulación horizontal acentúa la importancia de la escala local en su sentido económico e identitario, ante el fracaso de las lógicas de articulación sectoriales y verticales. Y lo local, como expresión de búsqueda de nuevos paradigmas, examina las condiciones internas y las relaciones externas necesarias para construir un poder alternativo que otorgue sentido a los procesos de reestructuración del Estado y descentralización.

Emprendimientos económicos, privatización y focalización, competitividad, afianzamiento del tejido territorial, poder alternativo, son cinco claves que contienen la noción de desarro-

llo local. A diferencia de la noción territorio, en torno a la cual las diferentes disciplinas profesionales han terminado llegando a un cierto acuerdo conceptual, las de desarrollo local se han ido acercando, a partir de la labor práctica, a ciertas definiciones que se refieren ante todo a estrategias y procedimientos. En esa dirección, entre otros, destaca el *Manual* reproducido por el ILPES (1998) que fuera editado por primera vez por el gobierno vasco en 1994. Dicho documento concibe el desarrollo local como resultado del compromiso de la población local, que sustituye la concepción de espacio como simple contigüidad física por la de espacio como solidaridad activa. «Para ello es preciso que se produzcan cambios básicos en las actitudes y comportamientos de los grupos e individuos que componen la sociedad civil» (ILPES 1998: 11). Más adelante se reemplaza el concepto de «desarrollo local» por el de «desarrollo económico local» (dándose a entender que ambas expresiones pueden ser utilizadas indistintamente) y se define de la siguiente manera: «El desarrollo económico local puede definirse como aquel proceso reactivador de la economía y dinamizador de la sociedad local que mediante el aprovechamiento eficiente de los recursos endógenos existentes en una determinada zona, es capaz de estimular su crecimiento económico, crear empleo y mejorar la calidad de vida de la comunidad local» (ILPES 1998: 12). Sobre esta base se plantea que el proceso tiene tres objetivos generales: a) La transformación del sistema productivo local; b) el crecimiento de la producción; y c) la mejora del nivel de vida y de empleo de la población, con el fin último de crear puestos de trabajo cualificados para la población, alcanzar una estabilidad económica local y construir una economía local diversificada (ILPES 1998: 13).

El desarrollo a escala humana

La idea de desarrollo local, que parte de Europa como respuesta a la crisis económica de los años setenta, tiene como uno de sus exponentes a Vázquez Barquero (1988) que define al desarrollo local como un proceso de crecimiento económico y de cambio estructural que conduce a una mejora en el nivel de vida de la población local, en el que se pueden identificar tres dimensiones: una económica, en la que los empresarios locales usan su capacidad para organizar los factores productivos locales con niveles de productividad suficientes para ser competitivos en los mercados. Otra sociocultural, en que los valores y las instituciones sirven de base al proceso de desarrollo. Y finalmente, una dimensión político-administrativa en que las políticas territoriales permiten crear un entorno económico local favorable, protegiéndolo de interferencias externas e impulsar el desarrollo local.

Es paradójico que esta nueva política europea haya partido o, mejor dicho, haya tomado prestada —sacándola de contexto— una de las respuestas más radicales a la crisis del modelo, publicada en 1973 en plena crisis del petróleo: *Lo pequeño es hermoso*. Este libro del economista germano-británico Ernst Friedrich Schumacher (2001), a la postre se convertiría en paradigmático. Su influencia llegó a América Latina en la segunda mitad de la década de los 70y fue parte de un movimiento intelectual crítico a las nociones de desarrollo predominantes en aquel entonces. Además, recibió la influencia, entre otros, del economista austriaco Leopold Kohr (Premio Nobel Alternativo en 1990) por sus aportes concernientes al desarrollo a escala humana.

En *Lo pequeño es hermoso*, Schumacher (2001) denuncia la dilapidación de los recursos naturales que hacen las sociedades occidentales debido a una ideología consumista, y la degradación

ambiental consecuencia de un crecimiento indiscriminado de la industria. Agrega que el modelo económico, tal como está planteado, tiene un límite: si todos consumiéramos la misma proporción de bienes que los habitantes de los países ricos, el planeta colapsaría. Afirma también que quienes más sufren con esta ilusión del consumo ilimitado son los países menos desarrollados. La historia demuestra que, por lo general, el consumo de los países del primer mundo se basa en el no consumo de la población de los países pobres. Plantea como alternativa la necesidad de que el ser humano asuma un nuevo estilo de vida, con métodos de producción distintos y con pautas de consumo diferentes, «un estilo de vida diseñado para la permanencia». Para ello, según él, se debe retomar la idea de lo pequeño, de lo local, de lo flexible, que permita adaptarnos a la realidad y encontrar respuestas diversas a problemas específicos. Este enfoque, que llega a Inglaterra desde la India,²⁴ constituye un aporte precursor frente a otros estudios que se harían más tarde, particularmente el informe de la Comisión Brundtland, *Nuestro futuro común* (1987), que enriquecieron el debate en la Cumbre sobre la Tierra realizada en Río en 1992.

El desarrollo como sinónimo de libertad

El economista Amartya Sen hacia fines de la década de los años sesenta centró sus preocupaciones en la reflexión en torno a la persistencia de la pobreza extrema en los países en desarrollo, y propuso introducir en el análisis nociones tales como justicia y libertad, persuadido de que el pensamiento económico occidental no contempla el tema de los valores y se olvida de las

24. Gandhi planteó que una forma de enfrentar al Imperio era luchar contra las grandes ciudades y enfatizar lo local no sólo como dimensión sino sobre todo como forma de vida.

necesidades de las grandes mayorías. Afirma, en ese sentido, que el desarrollo es sinónimo de libertad. Dice Sen (2000) en *Desarrollo y libertad*:

El desarrollo puede concebirse como un proceso de expansión de las libertades reales de que disfrutaban los individuos (...) El crecimiento del PNB o de las rentas personales pueden ser desde luego un medio muy importante para expandir las libertades de que disfrutaban los miembros de la sociedad. Pero las libertades también dependen de otros determinantes como las instituciones sociales y económicas (por ejemplo los servicios de salud y de atención médica) así como los derechos políticos y humanos (entre ellos la libertad de participar en los debates y escrutinios públicos). (...) El desarrollo exige la eliminación de las principales fuentes de privación de libertad: La pobreza y la tiranía, la escasez de oportunidades económicas y las privaciones sociales sistemáticas, el abandono en que pueden encontrarse los servicios públicos y la intolerancia o el exceso de intervención de los estados represivos. A pesar de que la opulencia mundial ha experimentado un aumento sin precedentes, el mundo contemporáneo niega libertades básicas a un inmenso número de personas, quizás incluso a la mayoría. A veces la falta de libertad inmediata está directamente asociada a la pobreza económica que priva a los individuos de la libertad necesaria para satisfacer el hambre, para conseguir un nivel de nutrición suficiente, para poner remedio a las enfermedades tratables, para vestir dignamente o tener una vivienda aceptable, o para disponer de agua limpia o de servicios de saneamiento. En otros casos, la privación de la libertad está estrechamente asociada a la falta de servicios y atención social. (Sen 2000)

Para Amartya Sen (2000) la riqueza no tiene valor en sí misma sino que constituye un medio para que las personas puedan ejercer sus capacidades con libertad. Y el desarrollo debe evaluarse no por el nivel de riqueza monetaria que se detente, sino por la capacidad de llevar una vida digna de valorar y por el grado de libertad que se posee. Desafortunadamente, dice Sen, la realización de esta aspiración se encuentra reducida por la

ausencia de oportunidades que tienen los seres humanos para desplegar sus capacidades, sean éstas políticas, económicas o sociales. Es paradójico, anota Sen, que en un mundo en el que el incremento de la productividad y el avance de la ciencia y de la tecnología han dado saltos que eran inimaginables un siglo atrás, sigan existiendo el hambre, la desnutrición, las enfermedades crónicas y la insalubridad, que guardan relación directa con las desigualdades que genera el funcionamiento del sistema económico actual, basado en el fetiche del dinero y en el utilitarismo a ultranza, enfoque reduccionista que no presta atención a los derechos y libertades, es indiferente a la distribución de la riqueza y no tiene en cuenta la situación personal, social ni cultural de los individuos.

En contraposición, Sen (2000) propone un desarrollo basado en la satisfacción de las necesidades de los seres humanos, en la realización de derechos y en la superación de los problemas que limitan su libertad para su realización como personas. Desde esta perspectiva, los indicadores que utiliza la economía para medir el desarrollo de un país o de una región, llámense PNB o ingreso per cápita, son insuficientes y resultan engañosos.

La noción de libertad de Sen está orientada a que el ser humano sea capaz de ser y de actuar recuperando el dominio sobre su vida, ante una civilización que ha impuesto unos «no valores» tales como el individualismo (realización personal a cualquier precio), el consumismo y la competencia descarnada, que predominan sobre la idea de vida en comunidad, el respeto a la vida, la dignidad de las personas, la libertad y la solidaridad.

A mediados de los años setenta surgió el enfoque de las «Necesidades básicas», que postulaba que el objetivo del desarrollo era proporcionar a los seres humanos la oportunidad de vivir una vida plena. En 1976 la OIT adoptaría este enfoque señalando que en el año 2000 debería haberse logrado un adecuado

cumplimiento de las necesidades básicas, entendidas como mínimos necesarios para el consumo, acceso a servicios esenciales, trabajo, entorno saludable y participación.

La economía del archipiélago

En los años noventa la profundización del proceso de globalización agregó nuevas complejidades al tema del territorio. Citando a Giddens (1990) definimos a la globalización como la intensificación de relaciones sociales a escala transnacional que vinculan localidades distantes: «De tal manera que eventos locales son modelados por sucesos ocurridos a muchos kilómetros de distancia y viceversa». En el plano económico, amplía los márgenes de libre comercio y facilita el movimiento de capitales a nivel planetario. Existen en América Latina, entre otras, dos visiones en torno a este fenómeno.

—La globalización vista como una amenaza porque profundiza la marginación de los territorios y localidades no consideradas como útiles para las inversiones. Existe la preocupación de que la globalización de los mercados y capitales ahonde las brechas existentes entre ricos y pobres o las relaciones asimétricas centro periferia entre los países, ocasionando el resurgimiento exacerbado de localismos, particularismos, y fundamentalismos religiosos. Como otros han enfatizado, se trata de una globalización de naturaleza neoliberal.²⁵

25. Perry Anderson (1996) anota que el neoliberalismo constituye una reacción teórica y política vehemente contra el Estado del bienestar, motorizada originalmente por Friederich Hayek y luego por la Sociedad de Mont Pèlerin, fundada en 1947, y en la que intervinieron entre otros Milton Friedman y Karl Popper. Según Anderson, el neoliberalismo no sólo atacó cualquier regulación del mercado por parte del Estado sino que además argumentó que la desigualdad es un valor positivo para dinamizar el crecimiento y la acumulación privada.

—La globalización vista de manera optimista como una definición más bien neutra («expansión de los mercados»). Desde esta visión, constituiría una oportunidad para el desarrollo sobre todo para algunos territorios de acuerdo a ciertas características específicas. Esta afirmación parte de los siguientes supuestos: la globalización es un fenómeno irreversible; la globalización es sinónimo de modernización; fuera de la economía actual de mercado no existen alternativas válidas; los que no se asimilen a esta nueva realidad de los mercados están condenados al ostracismo, estancamiento, subdesarrollo y pobreza.

Otra forma de encarar la relación entre economía y territorio es la que podríamos llamar, retomando a Pierre Veltz, la «Economía del Archipiélago», según la cual existe una estrecha relación entre innovaciones tecnológicas, formas de organizar la producción, reformulación de los flujos económicos y redefinición de los territorios. Según Veltz (1995) el proceso de globalización puede ser entendido como un concepto estratégico, organizacional y geográfico que se produce en el marco de una apertura de los mercados y que conlleva a cambios socioculturales de suma importancia a nivel mundial. En ese contexto, en los años noventa las nuevas tendencias territoriales marcan un proceso de expansión y modernización de las grandes áreas metropolitanas y de organización de los territorios en red o en forma de archipiélago. Algunas de sus principales características serían:

—El reemplazo de los territorios —zona por territorios— red (Castells 1999);

—El surgimiento de una nueva división territorial del trabajo a nivel global;

—La «fluidez» de los intercambios y los flujos que hacen entrar en crisis las estructuras fijas, los lugares tradicionales organizados en base a jerarquías rígidas, a diferencias centro-periferia bien determinados, y configurados casi exclusivamente a

partir de las distancias físicas («redes de empresas» y «empresas en red»);

—La transformación de las ciudades, que compiten por la localización de las inversiones incluso por encima de los países de origen;

—La evolución de los territorios a diferentes velocidades y la existencia de bolsones «no funcionales» a la globalización de la economía. Podría decirse que se está produciendo una diferenciación territorial marcada por la oposición atraso/modernidad, promovida por la selectividad del capital y por consiguiente, la fractura de antiguas solidaridades entre territorios y la articulación por encima de los marcos nacionales, de las regiones exitosas;

—Desarrollo de sistemas productivos locales basados en pequeñas empresas;

—Divorcio creciente en el territorio entre el espacio de las empresas y la vida cotidiana, desarrollo de circuitos diferenciados de circulación de bienes y de personas y construcción de realidades espaciales segregadas;

—Generación del «efecto túnel», corredores interconectados por sistemas de circulación de alta velocidad donde la conexión entre territorios obvia o ignora a aquellos que se encuentran en el camino (Ascher 1995).

Las ciudades en red

En la ponencia *La tercera revolución urbana en América Latina*, Carlos de Mattos (2008) reseña el proceso que culminó con la nueva estructura productiva global y destaca algunos aspectos enfatizados por Sassen (2007) en *Sociología de la globalización*, principalmente los siguientes:

—La operación estratégica de cada una de las economías que se globalizan no busca la conexión con su entorno, sino el acceso a una economía conformada por «múltiples lugares especializados concretos». La globalización, tal como está planteada, desterritorializa por lo tanto al mundo y lo divide en fragmentos;²⁶

—Esta es la base para el desarrollo de un nuevo patrón de urbanización donde las áreas urbanas pasan a formar parte, con desigual presencia e intensidad, de una «red global de ciudades» o macro regiones urbanas. No todas estas regiones ofrecen condiciones igualmente ventajosas para la valorización de los capitales en competencia. Por eso los atractivos conexos que ofrecerán son también desiguales.

La repercusión fundamental de este fenómeno —dice de Mattos (2008)— es que en estas macro regiones urbanas se observa, cada vez con mayor nitidez, el impacto de la interacción que existe entre el «mundo de los flujos y el mundo de los lugares», entre la ciudad invisible (relacional) y la ciudad visible (material). Relación que pisa tierra «en determinados lugares donde las economías de aglomeración existentes pueden ofrecer ventajas para su crecimiento y expansión». El resultado es un territorio urbano o «red primaria metropolitana» organizado en diversas sub centralidades, que constituyen la base de una estructura policéntrica donde gana terreno la peri urbanización (lo «urbano generalizado», donde pierde nitidez la diferencia campo ciudad), y en la que pierden importancia las nociones de proximidad y relación centro-periferia.

Y finaliza de Mattos (2008), retomando un estudio de Chion sobre Lima, en el que éste dice lo siguiente: «El único

26. De Mattos (2008) indica que según la UNCTAD mientras en 1993 se contabilizaba un número total de 37 mil empresas multinacionales con 175 mil filiales, en el año 2007 el total de esas empresas había ascendido a 78,400 y el número de filiales, a 780,000.

centro metropolitano que Lima mantuvo por muchas décadas, se ha desdoblado en múltiples centros especializados y redes de actividades informacionales, industriales, comerciales y culturales. Estos centros han generado una alta densidad de actividades y flujos de capital y de información, creando una nueva jerarquía espacial metropolitana» (Chion 2002).

En *Inventario de ciudades* Peter J. Taylor señala que por lo menos once ciudades latinoamericanas, dentro de las cuales se encuentra Lima, ya forman parte de esta red mundial de ciudades. ¿Cómo se da el crecimiento de ellas? En el caso de México la mayor parte del crecimiento ya no se da dentro del perímetro urbano sino que se ha trasladado a ciudades medias y pequeñas dentro de una región metropolitana ampliada, como es el caso de la ciudad de Querétaro.

Ciudades inteligentes

La nueva configuración territorial en época de globalización está acompañada de una serie de problemas graves e importantes que Inmaculada Caravaca y Antonio García (2009) analizan en el artículo *El debate de los territorios inteligentes: el caso del área metropolitana de Sevilla*. Entre otros, destacan:

1. El desarrollo de una urbanización expansiva y voraz que ocupa suelos de manera creciente, en algunos casos, de alto valor agrícola.

2. El deterioro del paisaje, incluso en espacios considerados como de alta calidad ambiental, que a escala local se vuelve homogéneo y «banal». Como consecuencia, se observaría una pérdida de identidad y de diversidad de los territorios.

3. En ese contexto, los hitos patrimoniales naturales y culturales se encuentran en una situación de vulnerabilidad y de fragilidad. Los referentes se descontextualizan y a veces constituyen

elementos molestos para los inversionistas inmobiliarios.

4. El proceso acelerado de nueva urbanización —insuficientemente controlado— potencia algunos riesgos considerados como naturales (erosión de laderas, inundaciones).

5. Aumenta en grandes proporciones la demanda de energía y de agua potable debida tanto a la acentuación del proceso de urbanización como del contexto de un sistema abiertamente consumista en el que el primero se desarrolla, que ponen en riesgo la sostenibilidad misma de la trama urbana u obliga a grandes inversiones, siempre con una mayor depredación del ambiente.

6. En las ciudades globalizadas se pierden o no tienen sentido los «saberes» ancestrales debido a la uniformización y automatización de los procesos constructivos.

7. La creciente acumulación de desechos y vertederos, cuyos costos de evacuación y de tratamiento se elevan significativamente como consecuencia de la dispersión de los asentamientos.

8. En el plano social se puede mencionar la primacía de lo privado sobre lo público, los nuevos modos de entender los espacios públicos; el paso del papel del ciudadano al de consumidor o cliente; y la pérdida de protagonismo de los ciudadanos frente a la construcción de su hábitat; sin hablar ya de los espacios de exclusión, no funcionales a la globalización, que abundan en América Latina.

Estos problemas territoriales, creados en buena medida por la globalización, paradójicamente constituyen trabas para el desarrollo y consolidación de los capitales en las grandes aglomeraciones metropolitanas. Desde esta perspectiva, se entiende por «territorios inteligentes» a aquellos que logran hacer frente con éxito a estas dificultades y se hacen competitivos frente al resto. En el plano económico, a partir de un manejo adecuado de los recursos; en el plano tecnológico, mediante los esfuerzos por innovar; y en el plano de la ejecución, tomando en cuenta los

resultados obtenidos. De éstos, el primer elemento resulta clave por cuanto en principio el territorio inteligente ha sido definido como el territorio del conocimiento, y por consiguiente, de la competitividad, en los que juegan un rol protagónico los niveles de estudio y la especialización profesional. Pero también se menciona la existencia de otros recursos sumamente importantes en el territorio como, por ejemplo, el patrimonio cultural y natural, que son necesarios de cuidar tanto como el recurso humano o el capital. En segundo término, el concepto de «innovación» ha ido adquiriendo —en este contexto— una importancia cada vez más extendida entre los economistas que estudian la relación empresa-territorio. Este esfuerzo por la innovación, que caracterizaría a una «ciudad inteligente», suele medirse por lo general por el número de patentes registradas en un año en la región de la que se trate. Por último, Caravaca y otros (2005) se refieren a la importancia de los resultados obtenidos, toda vez que a pesar de altos estándares educativos y tecnológicos en un territorio, los problemas que han sido enumerados no resueltos pueden hacer poco atractivas o seguras las inversiones potenciales, como podría ser el caso de Sevilla dónde —según los autores— el modelo de crecimiento urbano está basado en un aprovechamiento intensivo de recursos que no toma en cuenta aquellos que le son propios.

Caravaca y otros (2005) mencionan, por último, que existen dos énfasis existentes al momento de tratar el tema de los «territorios inteligentes»: aquellos que los perciben desde una perspectiva sobre todo tecnológica y «economicista», que explora las mejores condiciones que garanticen la competitividad empresarial; y los que enfatizan los planos social e institucional que promueven la utilización eficiente y racional de los propios recursos para mejorar las condiciones de vida de la población y estimular el desarrollo de todos los ciudadanos, y a partir de allí insertarse en mejores condiciones al contexto internacional.

La utopía urbana: una barca que parece a la deriva

Si el espacio es por esencia una producción social que a su vez crea sociedad, los territorios son espacios vivos, complejos, relacionales por excelencia. Están formados por la historia de sus habitantes y la de sus antecesores, por sus tradiciones, por sus culturas, por sus sueños, por sus temores y por sus intereses. Las relaciones que establecen son a la vez de competencia y de cooperación; siguen cursos que no pueden ser establecidos con anticipación de manera definitiva. Se modifican con el tiempo como producto de impulsos, que se mueven tanto en su interior como en el exterior. Para López de Souza, «El territorio no es el sustrato, el espacio social en sí, sino un campo de fuerzas, las relaciones de poder espacialmente delimitadas y que operan, por lo tanto, sobre un sustrato referencial» (López 1995: 97).

Con la mundialización han adquirido contornos menos definidos, tienen fronteras difusas, pueden ser discontinuos y están más unidos al mundo que antes por una red de relaciones que genera nuevas interdependencias. Pierre Calame (2003) en *La Démocratie en Miettes* recalca el cambio de escala que han adquirido estas interdependencias, avizora nuevas formas de territorialidad capaces de modificar la relación entre lo global y lo local y constituirse en factores claves en el concierto global,

capaces de influir sobre el conjunto así como el conjunto influye sobre ellos. En mayo del 2005 la Fundación Charles Léopold Mayer publicó *Territorios: pensar localmente para actuar globalmente*, con el objetivo de explorar el sentido y la posibilidad que tiene hoy día el llamado desarrollo sostenible, desde un enfoque territorial y —en ese marco— de examinar las relaciones e interdependencias existentes entre las dimensiones social, política, económica, ecológica y cultural. Para lograr este cometido acompañamos el estudio con una diversidad de experiencias que revelaban la iniciativa de las colectividades locales, así como con una serie de instrumentos que permitieran valorar mejor estas experiencias. La idea era no sólo acercarnos a una escala, por lo general, poco valorada como lo local, sino también invitar a pensar acerca de qué significa la política vista desde una perspectiva local y repensar, desde estas bases, el desafío de la gobernanza. Una idea central que acompañó el trabajo es que el territorio no tiene por qué ser sólo una reminiscencia del pasado o un refugio de los más débiles, sino que, por el contrario, puede devenir en el cimiento de la sociedad del futuro porque lo local y lo global son dos caras de la misma moneda. Pero en este caso lo local entendido no como el último peldaño de un sistema de organización social jerárquico, sino como el nudo de un sistema de relaciones organizado en red. Por eso enarbolamos la consigna: «pensar localmente para actuar globalmente», en contraposición a la idea generalizada que reza que lo pertinente es pensar globalmente pero limitarnos a actuar localmente, que subvalora la importancia del pensamiento local así como la posibilidad de actuar en red, globalmente (Maquet Makedonski, Calame y Ranson 2005).

Pero esto no parece fácil. En la nueva pugna por la hegemonía mundial, múltiples regiones del planeta están sumidas en conflictos armados y viven en medio de la violencia, mientras las naciones en pugna buscan controlar espacios considerados

como estratégicos lo que incrementa la pobreza y suscita desplazamientos forzados, incertidumbre de futuro. Por otro lado, el mundo experimenta una importante ola extractivista que vulnera los equilibrios ambientales y los derechos de los territorios afectados; así mismo, la revolución de las comunicaciones está permitiendo un flujo de información ilimitado que conecta con el mundo aún al poblado más pequeño y que promueve procesos de uniformización cultural que universalizan estilos de vida y modelos de comportamiento.

En otro orden de cosas, las sociedades padecen hoy de graves problemas como son el cambio climático, la desertificación, la escasez de agua, que no pueden ser abordados sólo desde una perspectiva local y regional, y que por su magnitud corresponden a la esfera de la gobernanza mundial. De suerte que, en general, los territorios no parecen tener hoy día condiciones propicias, por lo menos por sí solos, para jugar un rol protagónico en la escena mundial. Es más, el despojo de los espacios habitados, la deslocalización de la industria, de la mano con la mundialización y las migraciones masivas que observamos, están haciendo que el propio concepto de territorio tal como lo hemos definido haya sido hoy día puesto en cuestión.

Existen, no obstante, numerosos lugares que están luchando en defensa de sus derechos e identidad territorial. Y también, por cierto, otros en los que germina una ola de nacionalismos y de regionalismos encabezada por aquellos países que se sienten amenazados por los cambios del mundo actual.

La última frontera

En la actualidad por lo menos un habitante de cada dos vive en ciudades. A mitad del siglo lo harán tres de cada cuatro. Según proyecciones de Naciones Unidas, en el año 2025 de ocho

mil trescientos millones de habitantes a nivel mundial, cinco mil millones vivirán en ciudades y de ellos, cuatro mil lo harán en veintisiete urbes de países en desarrollo con más de ocho millones de personas. Philippe Haeringer (1993) denomina a este fenómeno «megalopolización», donde el crecimiento urbano se estaría autonomizando de las condiciones económicas y sociales que dieron origen a las ciudades, constituyendo un fenómeno en sí mismo, más allá de la capacidad de éstas de acoger o no de manera adecuada a nuevos contingentes de habitantes. Estas megalópolis son hoy día lugares de vida obligados, universos de los cuales no se puede escapar porque no tienen fin, y que habrían terminado por devorar a la ciudad. En este contexto, la relación campo ciudad se redefine, las fronteras entre uno y otra se hacen borrosas debido a la extensión de las ciudades y a sus conurbaciones, al punto que en algunos casos se puede hablar del campo dentro de la ciudad o de la ciudad-campo, donde la ciudad se reproduce indefinidamente. Este hecho es significativo porque quiebra la relación de las sociedades con la tierra, modifica los modos de vida de la gente y marca el inicio de una nueva etapa para las ciudades, en la cual la dinámica de lo urbano es por excelencia el escenario de la vida cotidiana, tanto para los que viven en la ciudad como para los que no.

Una ciudad sin ciudadanos

En las ciudades la relación entre éstas y la sociedad urbana no es menos incierta que en los territorios en general. Y es que se están ahondando los abismos entre la ciudad como sinónimo de lo moderno y la ciudad concebida como expresión de la identidad urbana sintetizada en sus barrios, en sus calles, en sus lugares de encuentro.

Con relación a esto, Choay (2009) nos recuerda un discurso pronunciado por el barón de Haussmann, prefecto del departamento del Sena entre 1853 y 1870, que recibiera el encargo de Napoleón III de modernizar París:

¿Está bien hablar propiamente como de una comuna, de esta inmensa capital? ¿Qué relación une a los dos millones de habitantes que aquí se apretujan? ¿Se puede acaso observar entre ellos afinidades de origen? ¡No! La mayor parte pertenece a otros departamentos, muchos a países extranjeros, en los cuáles conservan a sus parientes, sus más caros intereses y a menudo la mayor parte de su fortuna. París es para ellos como un gran mercado de consumo, un inmenso campo de trabajo, una arena de ambiciones o solamente una cita de placer. No es su país (Haussmann 2000: 199).

Desde esa época son muchos los autores que han puesto el énfasis en analizar los efectos que tiene la ciudad sobre el individuo y a denunciar la deshumanización que traía la modernización funcionalista de la ciudad, crítica expresada de distinta manera a través del tiempo por personajes tales como Jacobs, Lefebvre o Choay (1994), que ha llegado a decir que se debe hablar de «fenómeno urbano» donde se forjan circuitos en los cuales zonas enteras de la ciudad han sido olvidadas. Y Ascher (1995) sostiene que hoy día los intercambios sociales se llevan a cabo en ámbitos que no necesariamente recogen la vida urbana, lugares del anonimato les llama Augé (1993), que discurren en ciudades donde el actor principal es el mercado y en las cuales los habitantes son consumidores antes que ciudadanos con derechos.

En contraste, se afirma la importancia de los lugares de cercanía como espacios de identidad y de vida comunitaria, que posibilitan la regeneración del tejido social, idea que proviene de las ciencias sociales de la que encontramos rastro en *Lo pequeño es hermoso*. Lugares de cercanía que están siendo destruidos o reconvertidos para usos turísticos y o mercantiles, sometidos a

procesos de gentrificación y que se transforman en lugares de exclusión.

Espacio escindido, sociedad fragmentada

La nueva configuración del espacio no se debe sólo al crecimiento urbano incontrolado, sino también a las necesidades propias de los procesos de producción capitalista en la era de la globalización, que han dado lugar a la «deslocalización». Carlos de Mattos (2008) señala que hoy día cada ciudad pugna por ser parte de la nueva configuración global y que esa pugna consolida la división entre sectores modernos, capaces de insertarse y de competir en el mundo globalizado y otros que deben replegarse a la economía de subsistencia o a la producción en el pequeño mercado local, desarrollándose a gran escala el fenómeno de la informalidad.

En *Prospective de la Ville* Therese Spector (1998) da cuenta de un artículo de Mike Davis donde éste relata que en Los Ángeles los espacios públicos son cada vez más raros, los parques están cada vez más descuidados y las playas cada vez más segregadas. Las bibliotecas y los espacios de juego cierran, las asociaciones locales de jóvenes son prohibidas, y las calles están cada vez más desoladas y peligrosas. Los nuevos barrios ricos de Los Ángeles toman cada vez más la forma de fortalezas, con sus altavoces, los accesos controlados por puestos de vigilancia y la policía pública y privada que se entremezcla de manera indiferenciada. Spector (1998) también retoma el relato de Robert López que sostiene que aproximadamente cuatro millones de norteamericanos, mayoritariamente blancos y conservadores, viven en universos cerrados, protegidos por barreras, con vigilantes y reglas interiores draconianas.

Manuel Castells (1995) afirma que estamos delante de un nuevo tipo de dualismo urbano. En el primer mundo este dualismo guarda relación con los procesos simultáneos de crecimiento y de declive de industrias y de empresas, que genera por un lado la economía formal basada en la información y, por el otro, la economía informal basada en la fuerza de trabajo no calificada. La amplia mayoría de trabajadores no calificados comparten, dice Castells (1995), un espacio excluido altamente fragmentado, donde se edifican comunidades defensivas que luchan entre sí para ganar una mayor parte en los servicios y para reservar la base funcional de sus redes sociales. Las áreas des-cualificadas de la ciudad sirven como refugio para el segmento ilegal de la economía informal y como reserva para la fuerza de trabajo desplazada.

Los movimientos de resistencia

Ciudades sin fronteras, anónimas, escindidas, dominadas por el mercado, por la publicidad y por el espectáculo, de consumidores antes que de ciudadanos, hostil, agresiva, violenta. A la luz de lo que hemos podido ver, las miradas esperanzadoras no parecen tener sustento y las iniciativas propuestas son ineficientes para hacer frente a las tendencias de mercantilización de las ciudades metropolitanas, al debilitamiento de su tejido social urbano, a la banalización de la cultura y a la distorsión de la noción de desarrollo. Lo que en realidad está en cuestión es un modelo civilizatorio que ha entrado en crisis, que reclama un cambio sustancial de paradigmas y de modos de vida.

Cientos de millones de personas alrededor del mundo que viven en ciudades, carecen de agua, de saneamiento, de electricidad, habitan en lugares inapropiados, están bajo amenaza permanente de desalojo, cuando no huyen de la violencia y de la miseria; tienen viviendas construidas con materiales precarios,

no tienen empleo estable, sobreviven gracias a ocupaciones ocasionales, carecen de acceso a la salud y a la educación. En nuestras ciudades, la pobreza está presente por todos lados a toda hora del día, salvo en los barrios exclusivos, como también lo está en ciudades como Mumbai, Kuala Lumpur o Nairobi, sede de Hábitat Naciones Unidas, se expresa en el espacio y da origen a los movimientos de resistencia urbana que tanto han preocupado a las autoridades en todas partes del mundo.

En *En defensa de la vivienda* Madden y Marcuse (2018) relatan importantes experiencias de resistencia como también antes lo había hecho Castells (1986) en *La ciudad y las masas*. Por ejemplo, la huelga de arrendatarios en Glasgow en 1915, que congregó a más de 20 mil hogares; fenómeno que también se produjo en Nueva York, Buenos Aires, Chicago y Santiago. Madden y Marcuse (2018) también relatan el caso de la huelga de inquilinos en San Luis en 1969 y las luchas contra los desahucios y ejecuciones hipotecarias por ejemplo en Chicago, Ciudad del Cabo, y en Madrid. Castells (1986), por su parte, se refiere al movimiento de los inquilinos en Veracruz en 1922, al movimiento ciudadano post franquista en España, y a los casos de Lima, México y Santiago de Chile, entre otros. La lucha contra los desalojos es otra estrategia de resistencia de los habitantes en todo el mundo. Ello obligó a las propias Naciones Unidas a crear un equipo especial para prevenirlos y tratarlos, que después fue desactivado.

El informe: *Conflictos de suelo urbano y desalojos forzosos en América Latina y El Caribe*, elaborado por Raquel Ludermir y María Luisa Alvarado (2017), proporciona una visión general de los conflictos por el suelo urbano en América Latina y El Caribe, empezando por definir la naturaleza de estos conflictos, y da cuenta de la situación en Honduras, Colombia, Brasil, Paraguay, Argentina, Ecuador y República Dominicana:

— Conflictos entre ocupantes y supuestos propietarios privados —como en el caso de la prescripción adquisitiva— o entre dos o más demandantes. Este tipo de conflicto puede darse en las áreas urbanas donde las familias pobres y vulnerables son exprimidas por las necesidades inmobiliarias de la clase media y otros planes urbanísticos. También puede darse en las zonas rurales con el acaparamiento de tierras con fines comerciales, encaminando a las familias desalojadas hacia la pobreza urbana.

— Conflictos con las autoridades gubernamentales, a menudo relacionados con intervenciones a gran escala y/o mega proyectos. En muchas ocasiones, el interés público justifica desalojos masivos sin planes adecuados de reasentamiento, aunque varias evaluaciones posteriores han indicado una amplia gama de beneficios privados resultantes de las intervenciones e inversiones públicas.

— Conflictos intrafamiliares como en casos de herencia o sucesión de las tierras; y cuando se produce violencia patrimonial contra las mujeres en procesos de regularización de la tenencia.

— Conflictos relacionados con conflictos violentos, civiles y/o armados, como en Colombia, con millones de desplazados internos.

— Desastres y los efectos del cambio climático podrían también conllevar conflictos de suelo o empeorar los actuales.

Agrega que en el año 2014, al menos 4'285,745 personas fueron desplazadas en América Latina y el Caribe, según un informe de la Red por el Derecho a la Vivienda y la Tierra - Coalición Internacional para el Hábitat (HLRN-HIC por sus siglas en inglés). En esta cifra se incluyen las 272,301 personas desalojadas forzosamente en Haití o las que se vieron afectadas por la destrucción de los campamentos de desplazados internos tras el terremoto de 2010; entre ellos, personas y comunidades desplazadas ya en varias ocasiones. Colombia muestra el mayor

número de desalojos donde el conflicto armado entre gobierno, oposición y narcotraficantes ha supuesto cuatro millones de personas desplazadas. Muchos de estos hogares se han congregado en las principales ciudades en forma de asentamientos informales y se enfrentan a amenazas regulares de desalojo forzoso y a una constante invasión de los intereses del desarrollo. En Brasil otras 250,000 personas han sido desalojadas, se han visto afectadas o amenazadas de desalojo durante el período previo a la Copa Mundial y los Juegos Olímpicos. Los desalojos ocurrieron principalmente en áreas donde el valor del suelo va en aumento y en las zonas cercanas o en el camino desde/hacia el aeropuerto, el estadio y los centros turísticos debido a la implementación de infraestructura pública y proyectos urbanísticos privados. Los desalojos forzosos y violentos han ocurrido a pesar de que muchas familias vivían en propiedades debidamente registradas, con títulos legales y documentos de propiedad.

En el año 2011 la Alianza Internacional de habitantes tomó la iniciativa de crear el Tribunal Internacional contra los Desalojos, que se ha venido reuniendo cada año a partir de esa fecha para analizar y proponer medidas a los casos que le llegan de asentamientos que se encuentran en peligro de desalojo. La séptima sesión del Tribunal se llevó a cabo entre los días 12 y 17 de marzo del 2018, realizado en el marco del Foro Social Mundial, en Salvador de Bahía, en Brasil. El comité analizó 39 casos que involucran a 230 mil familias, de los cuáles cinco fueron seleccionados para su examen en las sesiones del Comité en Brasil. Los casos seleccionados fueron los de Quilimbo Ilha dos Mercês, Cidade das Luzes, Canabrava-Buritizeiro, Populacao en situacao de Rua y Povo Sem Medo. El primer caso, Quilombo Ilha dos Mercês, se sitúa a 50 km de Recife, en el municipio de Ipojuca, donde 800 familias sufren intentos sistemáticos de desalojo por el Complejo Industrial Portuario SUAPE, empresa Pública que se

ha apropiado de un área de 13,500 hectáreas para la instalación de un puerto y de un parque industrial, sin tener en cuenta que se trata de un terreno ancestral de las comunidades de Quilombo. El caso de la Cidade das Luzes, 12 mil personas ocuparon en el 2014 un terreno abandonado de propiedad particular en el barrio de Taruma, en Manaus, que resisten ante reiterados intentos muy violentos de desalojo. El tercer caso, Canabrava-Buritizeiro, involucra a una comunidad tradicional pesquera situada en la margen izquierda del río San Francisco en el municipio de Buritizaro-MG, que pretende ser desalojada con fines de modernización agrícola. El cuarto caso que ocupó al Tribunal fue el de la población en situación de calle. Finalmente, el quinto caso, Povo Sem Medo compromete a ocho mil familias que ocuparon terrenos el primero de septiembre del 2017 en el centro de Sao Paulo, terreno privado que había estado desocupado por más de cuarenta años.

Agnés Deboulet (2016) da cuenta también de la existencia de una cierta convergencia dada entre luchas sociales y luchas urbanas en medio oriente a partir del fin de la década de los años 90. Relata, por ejemplo, que en Marruecos junto a la liberalización política las luchas urbanas llevaron a la creación de una coordinación nacional de barrios populares en el 2010. Pero también nos habla de otra forma de resistencia de las asociaciones relacionadas con el Slum Dwellers International (SDI). Dice que en aquellos lugares en los que los habitantes no tienen los medios para realizar una lucha antagónica y frontal, dirigen sus prioridades hacia el consumo de bienes y servicios de mejor calidad y hacia la búsqueda de una mayor legitimidad a partir de la negociación con el Estado. El estudio también da cuenta de otras experiencias en Asia, África y América Latina que demuestran la variedad de situaciones de resistencia que existen alrededor del mundo. En *La ciudad y las masas* de Castells (1986) encontramos también un vasto repertorio de luchas sociales a través de la historia.

Apuntes sobre la realidad latinoamericana

La realidad descrita en el caso de la ciudad latinoamericana ha sido estudiada por diversos autores. Mencionamos acá la compilación hecha por Rolando Cordera, Patricia Ramírez Kuri y Alicia Zicardi (2008): *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*, donde a partir del análisis de casos los autores sostienen que en el marco del actual proceso de globalización neoliberal que se inauguró en nuestra región, con los programas de ajuste estructural e implementación del llamado Consenso de Washington, vivimos un proceso marcado de exclusión social, espacial y de incremento de la vulnerabilidad en buena parte de las ciudades de América Latina, que ha traído consigo desempleo, inseguridad, desplazamiento de los habitantes, crisis de vivienda y del transporte. Cordera, Ramírez y Zicardi (2008) afirman en ese sentido:

Sin duda la ciudad se ha transformado profundamente como consecuencia de los cambios que han provocado en su economía los procesos de globalización y la aplicación de políticas neoliberales. En lo fundamental, en las grandes ciudades la desindustrialización cede paso a la expansión de un sector de servicios polarizado, en el interior del cual adquieren mayor importancia las actividades financieras y de la informática, demandando mano de obra

de alta calificación, a la vez que se expanden las actividades informales y la precariedad laboral que se expresa principalmente en el comercio que invade las calles y los espacios públicos y donde también suelen realizarse actividades delictivas, en particular distribución y venta de drogas(...). De esta forma los ciudadanos de la ciudad deben aprender a vivir en un espacio en el que se concentran todo tipo de riesgos, donde la vida comunitaria se halla en franco deterioro en donde están dadas todas las condiciones para un debilitamiento de la cohesión social y para un incremento de las formas de violencia e inseguridad». Los autores precisan que la dinámica de la globalización, que gira en torno a las necesidades del mercado mundial, desordena la vida de los territorios, genera mayor desigualdad y suscita una situación de conflictividad permanente con los actores locales por la explotación y uso de los recursos, las características de la producción, etc., dado que no toma en cuenta ni el derecho de las personas, ni el hábitat de la población, ni la sostenibilidad ambiental de las intervenciones (Cordera, Ramírez y Zicardi 2008).

En América Latina observamos una apropiación agresiva del espacio por parte de los poderes fácticos. El negocio inmobiliario crece; se hace de la plusvalía urbana; aparecen zonas exclusivas de la ciudad; los negocios se localizan de manera inopinada ocupando espacios públicos; la administración municipal ejecuta obras que no benefician al ciudadano; los urbanizadores informales lucran con los terrenos públicos para satisfacer la demanda de los excluidos. El ciudadano común observa con impotencia cómo el espacio en el que habita, que lo circunda o en el que realiza sus actividades laborales o recreativas, se reduce cada día, asignado a otros usos, o comprometido en venta, y los pobres urbanos se ven circunscritos a vivir en zonas inadecuadas. De acuerdo con lo anterior, las ciudades son espacios escindidos donde se encuentran los lugares de la modernidad con aquellos donde habitan la pobreza y la exclusión. Y de un lado y del otro, barrios con identidad, cada vez menos frecuentes, que se resisten a morir.

Naciones Unidas no es ajena a esta problemática. En relación con América Latina, señala en *Los Rostros de la pobreza en ciudades de América Latina y El Caribe* que la naturaleza depredadora del entorno es uno de los principales desafíos que enfrentan las ciudades metropolitanas, en tanto que ellas son generadoras de grandes volúmenes de desechos y consumidoras de ingentes cantidades de agua y de energía, lo que las hace cada vez menos sostenibles y más vulnerables. A ello se suman la contaminación por vertimiento de aguas residuales y la contaminación de los ríos; la presencia de partículas peligrosas en el aire, como consecuencia del transporte y de la generación de energía eléctrica a base de carbón o aceites pesados o la propia producción industrial. El informe indica también que las ciudades de la región experimentan un crecimiento descontrolado donde los patrones de ocupación del suelo y de desarrollo urbano están lejos de ser sostenibles. Esto provoca la pérdida de cobertura vegetal y la fragmentación de los ecosistemas, que sumado a la contaminación por residuos causa daños irreparables en la biodiversidad. Esta realidad viene acompañada de una situación de pobreza estructural: una gran parte de la población vive en lo que se define como «urbanización de la pobreza», caracterizada por la precariedad material en términos de vivienda, de servicios, de agua, y saneamiento, disposición de desechos, transporte, estancamiento en el acceso a la propiedad y violencia. Situación que no depende —concluye— principalmente del crecimiento o decrecimiento de los indicadores macro económicos de la región latinoamericana sino que es consecuencia de una situación de exclusión estructural, en la cual el riesgo y la vulnerabilidad forman parte de un contexto cotidiano para la mayoría de la población. Esta urbanización de la pobreza plantea no solo un entorno material de grandes dificultades, sino también uno psicológico y espiritual que han sido desarrollados desde diversos ángulos, en

trabajos tales como *Cicatrices de la pobreza* de César Rodríguez Rabanal o *Teología de la liberación* del padre Gustavo Gutiérrez.

Por eso el acápite 11 de los *Objetivos de Desarrollo Sostenible* plantea la necesidad de construir ciudades sostenibles, que aseguren viviendas adecuadas para todos, transportes seguros, asequibles, accesibles y sostenibles, urbanización inclusiva, protección del patrimonio cultural, reducción de los efectos producidos por los desastres, y de los impactos ambientales negativos, ampliación de las zonas verdes, reconciliación de las ciudades con su entorno e implementación de planes y políticas inclusivas. Pone el acento en los conceptos de inclusión social y de sostenibilidad ambiental, para que las ciudades tengan la capacidad de reproducirse garantizando condiciones de vida adecuadas sin dilapidar los recursos fundamentales de las cuales dependen, y en la necesidad de un compromiso político con el desarrollo urbano inclusivo que permita generar los mecanismos adecuados para facilitar esta inclusión, que comprenda decisiones participativas, rendición de cuentas, acceso universal a los servicios, ordenamiento del territorio y reconocimiento de las funciones de los gobiernos nacionales y locales. Según Hábitat de Naciones Unidas, los tres pilares de la nueva Agenda urbana, planificación urbana, legislación y financiación municipal, proporcionarán un marco importante para las posibilidades de resiliencia y de desarrollo en un contexto urbano. «Sin una buena planificación urbana, —dice— las inversiones pobres y contraproducentes pueden reemplazar a las que son rentables y sostenibles. Sin legislación y buen gobierno, el panorama de inversiones es más incierto y los buenos planes son más difíciles de implementarse. Sin finanzas, incluso los planes mejor diseñados nunca llegarán a buen puerto y podrían ignorar los impactos a largo plazo del cambio climático en más decisiones de inversión inmediata, causando un círculo vicioso de la generación del riesgo». Y concluye: «Mientras

más gente y activos se concentran en las ciudades, hay una gama cada vez más compleja de choques y tensiones que pueden influir, negativa o positivamente, sobre la resiliencia».

Un estudio que data del 2016 hecho por la empresa Arcadis junto con el Centro de Investigación de Economía y Finanzas, explora el grado de sostenibilidad de 100 ciudades del mundo utilizando 32 indicadores que le han permitido elaborar un ranking que mide su sostenibilidad (Eco Inteligencia 2019). De acuerdo con ello, los tres pilares de la sostenibilidad serían: primero el aspecto social mide el desempeño social incluyendo la calidad de vida, tasa de salud (esperanza de vida y obesidad), educación (alfabetización y universidades), desigualdad de ingresos, equilibrio entre el trabajo y la vida, el índice de dependencia, crimen, vivienda y costos de vida; segundo el medio ambiente que captura de factores «verdes» como la energía, la contaminación y las emisiones: clasifica a las ciudades en función del consumo de energía y la cuota de energía renovable, espacios verdes dentro de las ciudades, tasas de reciclaje y compostaje, emisiones de gases de efecto invernadero, catástrofes naturales, agua potable, saneamiento y contaminación del aire; tercero el económico que evalúa el ambiente de negocios y la salud económica, examina el desempeño desde una perspectiva de negocios combinando medidas de infraestructura de transporte (ferrocarril, aire y congestión de tráfico), facilidad de hacer negocios, turismo, PIB per cápita, la importancia de la ciudad en las redes económicas mundiales, y conectividad en condiciones de acceso a móviles y de banda ancha y tasas de empleo.

Sobre esta base, plantea que las diez ciudades más sostenibles del planeta serían Zurich, Singapur, Estocolmo, Viena, Londres, Frankfurt, Seúl, Hamburgo, Praga y Munich. En relación con América Latina, Santiago de Chile aparece en el puesto 71, Sao Paulo 79, Buenos Aires 80, Río 82, Lima 83, y México

84 de 100. Otros estudios en el mismo sentido son los que nos ofrecen la Universidad de Navarra (IESE 2017), que elabora periódicamente índices de desempeño de ciudades, y la consultora A.T. Kearney (2018), que colocan a Buenos Aires, Ciudad de México, Bogotá y Santiago en los primeros lugares de sus rankings. Curiosamente, la OMS (2016) señala que justamente México DF, Bogotá y Santiago de Chile, son algunas de las ciudades más contaminadas de la región y que las otras no están muy lejos de serlo.

Para sopesar los datos y terciar en el debate, un estudio patrocinado por Siemens basado en variables tales como calidad de la energía, emisiones de dióxido de carbono, uso de la tierra, calidad de las construcciones, manejo de los desechos y del agua, transporte y calidad del aire, arroja conclusiones diferentes. Como resultado de este ejercicio las ciudades latinoamericanas más sustentables serían Curitiba, Belo Horizonte, Brasilia, Medellín, Porto Alegre, Puebla, y Quito.

Ahora bien, más allá de estas opiniones contradictorias al interior de un espectro amplio, otros discursos ponen el acento en la noción de «competitividad» urbana que parece distinta a las anteriores: según ésta, ciudades competitivas serían aquellas que han logrado reducir los factores que dificultan o que desalientan las inversiones, y que —por el contrario— ofrecen mejores oportunidades para el ingreso de capitales, considerando variables tales como tiempo de desplazamiento, disponibilidad de energía, transporte, acceso al financiamiento y mano de obra. La idea es que el crecimiento económico permitirá elevar la productividad, crear empleos y aumentar los ingresos. Acerca de ello, un estudio del Banco Mundial plantea lo siguiente:

Las ciudades más competitivas tienen varios rasgos en común: Un crecimiento económico acelerado. En el 10 % superior de las ciudades más competitivas, el producto interno bruto (PIB) per cápita anual aumentó un 13,5 %, en comparación con un 4,7 % en una ciudad promedio; Un aumento del empleo

excepcional. En el 10 % superior de las ciudades más competitivas, la tasa de empleo anual creció un 9,2 %, mientras que en el restante 90 %, el porcentaje llegó solo a un 1,9 %; Un incremento de los ingresos y la productividad. En el 10 % superior de las ciudades más competitivas, el ingreso promedio disponible de los hogares aumentó un 9,8 % al año; son imanes que atraen la inversión extranjera directa (IED). El 5 % superior de las ciudades más competitivas obtuvo la misma cantidad de IED que todo el 95 % inferior. Las ciudades competitivas son (...) Saltillo (México), Meknes y Tánger (Marruecos), Coimbatore (India), Gaziantep (Turquía), Bucaramanga (Colombia), Onitsha (Nigeria), y Changsha (China). (...) Las ciudades no siempre transforman sus economías para llegar a ser competitivas. Con frecuencia, simplemente mejoran lo que ya hacen. Las ciudades competitivas han encontrado productos y mercados nicho en bienes y servicios comerciables, más que en la venta al por menor o en los servicios públicos. Para estimular el crecimiento económico, las ciudades exitosas se enfocan en tres fuentes de crecimiento: expandir las empresas existentes, crear empresas nuevas y atraer capitales (Banco Mundial 2015).

En este discurso, vigente en la mayoría de administraciones urbanas, no aparece claramente explicitada la variable ambiental que se mantiene sujeta a las urgencias del mercado, poniendo en riesgo el futuro a costas de las ganancias del presente. En torno a ello, no debemos olvidar que el discurso de ciudad competitiva es la territorialización del consenso de Washington aplicado a las ciudades, que aboga por la eficiencia urbana promoviendo la privatización de los servicios públicos, el manejo de suelo y de los espacios públicos mirando a la posibilidad de nuevas posibilidades de inversión y al fortalecimiento del negocio inmobiliario, asignando al Estado un rol subsidiario y facilitador en materia de vivienda. Preceptos que en los años dos mil intentaron ser morigerados en algunos países, con éxito variado, pero que aplicados como norma general han sido una causa importante de la crisis urbana que vive hoy América Latina.²⁷

Para hacer frente a esta contradicción entre sostenibilidad y competitividad, y abordar los problemas de una ciudad latinoamericana escindida, que involucran en mayor medida a los pobres, han sido ensayadas diversas estrategias: la focalización de la pobreza y la generalización de los programas de emergencia, la titulación de tierras, el mejoramiento de barrios, y el incentivo a las ciudades intermedias en un intento de volverlas sustentables. Políticas que no están orientadas a modificar la situación de segregación socio espacial existente, sino a paliar los efectos devastadores de la pobreza en todos y cada uno de los países de la región. Constatamos entonces que existen unas propuestas para volver a las ciudades sustentables y competitivas, hasta donde sea posible que estos dos conceptos contradictorios sean capaces de dialogar, y otras propuestas para atender a aquellos sectores de la ciudad que por su localización espacial y por sus niveles socioeconómicos no pueden ser ni sustentables ni competitivos, los mismos que, paradójicamente, abarcan a la mayoría de la ciudad: la «política de dos caras» diríamos, retomando una conocida frase de Gustavo Riofrío. Así, en un estudio del BID del 2012, *Ciudades para todos, la experiencia reciente en programas de mejoramiento de barrios*, los autores reconocen:

La visión integrada de las relaciones entre pobreza y hábitat confiere al tema de la focalización territorial una importancia particular en el diseño y ejecución de programas de reducción de la pobreza. Así, las políticas urbanas y sociales más recientes ya no se centran solamente en la producción de viviendas sino en la resolución integrada de las múltiples carencias que enfrentan los pobres. Tal enfoque permite además orientar territorialmente las intervenciones, agregando una dimensión espacial a los programas sociales. (...) La proliferación de soluciones habitacionales informales en la región es el resultado

27. Un análisis completo de este proceso puede ser consultado en Brand (2009), en especial la parte III, «Espacialidad y Vivienda».

de una combinación de factores en que predomina el alto costo relativo de la tierra y de las viviendas en relación con los ingresos de una gran cantidad de residentes de las ciudades, lo cual los excluye del mercado formal. La respuesta frecuente de los grupos de menores ingresos ha sido ocupar tierras vacantes (públicas o privadas) o comprar lotes en subdivisiones ilegales para levantar sus hogares con su propio esfuerzo. Esto da origen a los denominados asentamientos informales que han estado en permanente expansión en la región. Es así como en varios contextos nacionales, la tasa de crecimiento de la vivienda generada por el sector informal es igual o superior a la de las viviendas convencionales (Brakars, Greene y Rojas 2012).

El BID parece ser menos optimista en la eficacia de los programas de regularización. En otra publicación del 2012, Bouillón, retomando diversos estudios sostiene, entre otras cosas, que los programas de titulación no han aumentado el acceso al crédito formal y que la inversión en vivienda informal no requiere que la gente tenga títulos de propiedad.





REFLEXIONES PRELIMINARES

Transformaciones urbanas

De la lectura hecha parece haber una coincidencia en aceptar la tendencia actual a la individualización del ser humano, al debilitamiento del tejido social urbano, a la des-territorialización de las relaciones sociales, a la importancia que cobran la sociedad en red, la comunicación virtual y el imperio del mercado. Los principales teóricos de la ciudad comprometidos con el cambio en la actualidad, concuerdan con estas mutaciones que habrían tenido las ciudades y la sociedad urbana. Pero critican el modelo de urbanización capitalista que ha llevado a las ciudades a la crisis en la que se encuentran hoy día y —analizando la realidad y apelando a la historia— proponen como viables, alternativas de transformación que ataquen la raíz de estos problemas.

Por otro lado, el recorrido hecho nos demuestra que el fenómeno de la individualización no es nuevo. Por el contrario, ha sido planteado en diversos momentos sin que su existencia enerve o anule la posibilidad de la transformación social. Es más, cuando recapitulamos a los actores encontrábamos que la falta de participación política se debe, no tanto al espíritu individualista de la época, sino a que la democracia, tal como existe actualmente, no corresponde a las necesidades, a los intereses ni al imaginario de la mayoría de la población.

En este contexto, los habitantes se habrían transformado en usuarios y la formulación de respuestas a los problemas urbanos, en soluciones técnicas que no toman en consideración a la sociedad urbana y que, por lo tanto, no solo son poco eficaces sino que además perpetúan la situación de inequidad existente. Así planteadas las cosas, el sentido de pertenencia, factor importante en la definición de territorio, parece estar más bien ausente en las grandes ciudades, realidad a la que los sectores más vulnerables no parecen escapar. El estudio del Instituto Francés de Cooperación al que hemos aludido, analizando la realidad de Brasil, encuentra que en los casos estudiados en estos sectores existe, en efecto, un grado importante de labilidad.

Discursos excluyentes y resistencias

Las acciones de resistencia actuales no parecen estar cerca de la lucha por el derecho a la ciudad entendida como la lucha por dotarla de nuevos significados y por decidir sobre ella. Tampoco hacia el tránsito a una ciudad más humana vía la autoorganización social. Sin embargo, sí parecieran inclinarse hacia la democratización de la ciudad por acción de los movimientos sociales urbanos, tal como los define Touraine. Lo que encontramos de manera más general, hoy por hoy, son movimientos defensivos de los habitantes de los barrios precarios que intentan reivindicar un derecho concreto mediante acciones de movilización o de negociación, afirmando su ser como actores.

Esta situación de lucha permanente de los habitantes revela la poca disposición de los poderes públicos para abordar los problemas, así como su ausencia de voluntad política para darles solución: la ciudad es un escenario permanente de conflictos sociales que confrontan intereses distintos. Hoy día, los intereses que prevalecen han hecho de la ciudad una mercancía

sujeta a los vaivenes del mercado. En este marco, las políticas públicas proponen avanzar en la construcción de una ciudad sustentable, inclusiva o competitiva, postulados contradictorios tal como están formulados, y entre los cuales por lo general termina predominando el segundo. Ambos enfoques aceptan la situación actual de los barrios populares como una situación dada y acaso inevitable. Para éstos, la salida será entonces el mejoramiento de barrios como una estrategia de alivio a la pobreza. De esta manera, se observa la existencia de políticas generales para la ciudad, por un lado, y de otras distintas para los barrios pobres: la política de dos caras, en un contexto donde la informalidad es mayoritaria, los niveles de pobreza no cesan de crecer y existe un alto grado de vulnerabilidad, sobre todo ahora que los efectos del cambio climático se han trasladado a las ciudades.

Nuevos enfoques

Entre el estructuralismo marxista presente en la Escuela Francesa, que apostaba por todos los cambios o por ninguno haciendo predominar la estructura por sobre la acción colectiva, y el positivismo —cuyo rastro encontramos en el funcionalismo norteamericano de posguerra— que estudiaba los fenómenos sociales como objetos y no como procesos, y que tenía como objetivo corregir los desajustes del sistema, existen otras formas de acercarse a la realidad urbana. Hemos hecho mención, por ejemplo, a la micro-sociología, nombre con el que también se llamó a la Escuela de Chicago, que se desarrolló en relación directa con el análisis de la problemática de las comunidades de migrantes europeos en Chicago. Al enfoque que pone el acento en el territorio como espacio construido y que enfatiza la relación entre morfología urbana y morfología social. A la escuela cultural, que nos habla de la soledad del ser humano en una ciudad

mercantilizada. Al enfoque antropológico y a la importancia de las relaciones de proximidad. Al de la complejidad que rescata la importancia de la diversidad sin perder de vista dos principios que parece esencial aprender a reconocer: la emergencia (el producto de la relación entre dos elementos es cualitativamente distinto a la suma de sus partes constitutivas) y la impredecibilidad (el producto emergente no puede ser previsto de antemano: Condiciones similares de inicio pueden dar lugar a cursos diferentes, dependiendo de una multiplicidad de factores). O el de los actores, donde Michel Crozier le atribuye a los seres humanos la capacidad de autonomía y de adaptación para inventar soluciones en función de las circunstancias que se presentan e influir en el curso de los acontecimientos y en el resultado final.

Estas miradas, desarrolladas en contextos concretos, nos permiten entender que leer la ciudad y actuar en ella es un esfuerzo polivalente y multidisciplinario. Nos sirven de referencia para ampliar la perspectiva de nuestro propio análisis y nos curan en salud contra el determinismo, mal que acompaña aun a muchos análisis sociales.

Perspectivas de transformación social

En lo que respecta a las perspectivas de futuro en materia de transformación social, en las tres acepciones anotadas (individual, comunitaria y estructural) Manuel Castells (2013), en una entrevista al Diario Clarín de Buenos Aires, enfatiza la importancia que tienen los movimientos sociales como animadores de la transformación social: «Todos los grandes cambios en Europa y en gran parte del mundo salieron de los movimientos sociales de los años 60» (Castells 2012), sostiene. Postura que refuerza lo que ya había planteado en *La ciudad y las masas*, donde, retomando las ideas de Touraine, había resaltado la importancia de

los movimientos sociales urbanos como movimientos de contracultura: «la conducta colectiva organizada de un actor luchando por la dirección social de la historicidad» (Castells 1986). Harvey (2003), por su parte, enfatiza la necesidad de promover nuevos lazos sociales y por construir «lugares de esperanza», espacios alternativos que permitan a los desposeídos jugar un papel activo como actores del cambio. En *Espacios de esperanza*, relatando una experiencia de organización social en Baltimore, Harvey da algunas pistas a partir de lo allí hecho, donde la población reivindicando derechos se trazó un objetivo que trascendía la lucha por el hábitat. En este caso fue la lucha por el derecho a un salario justo, que involucró a toda la ciudad y que permitió el desarrollo de alianzas donde jugaron un papel importante la iglesia y la universidad. Lo que remite a pensar que de lo que se trata es de animar a partir de experiencias concretas, corrientes más vastas de pensamiento y de acción, fuera de las cuales cualquier experiencia transformadora tendría poco futuro.

José Luis Coraggio (1991) alerta, sin embargo, contra tres peligros: a) la confusión posible entre las tácticas de sobrevivencia que desarrolla la población y la ruta a seguir en la perspectiva de la transformación social; b) el diseño de proyectos en incubadora fuera de contexto, que no tienen viabilidad de futuro; y c) la asunción de antemano de la ineluctabilidad de la participación estatal, como sostiene Vásquez Barquero (1988), que basa el desarrollo local en la capacidad de los productores para organizar los factores productivos y en la existencia de un entorno económico local favorable que supone el apoyo de las instituciones públicas competentes. Harvey (2003) parece tomar nota de estas advertencias, pero retomando la idea de Lefebvre respecto de la producción social del espacio, afirma que sí es posible emprender estrategias alternativas y emancipadoras autónomas a partir de referentes materiales explícitos en lugares concretos.

En términos andinos, podrían denominarse «lugares del buen vivir» que consideran la vida como lo más importante, que conciben al ser humano como parte de la naturaleza y que buscan el equilibrio entre el sentir bien (*allin munay*), aspecto espiritual; y el pensar bien (*allin ya hay*), aspecto intelectual, lo que da como resultado el hacer bien (*allin ruay*), aspecto material, con lo que se lograría un estado de armonía.

Desde una perspectiva similar, Sanz (2017) habla de la vía de los contrapoderes sociales a partir de la creación de diversos espacios de autonomía basados en principios de solidaridad y cooperación donde se afirma «un modo diferente» de hacer. Vía que no puede estar divorciada de la de la movilización social y la del acceso institucional como estrategias interconectadas en la perspectiva de la transformación social.

En todos los casos nos encontramos en un escenario en el que las ideas dominantes afirman la inviabilidad de cualquier cambio, no solo porque los actores sociales no pueden sino porque no quieren, toda vez que son «individualistas y egoístas», y en el que —además— las utopías han sido proscritas porque habrían demostrado a través de la historia ser la fuente de autoritarismo. A contracorriente de este pensamiento, los autores citados sostienen que el cambio sí es posible y basan su afirmación no solo en las lecciones de la historia sino también en la experiencia de múltiples movimientos y experiencias innovadoras que hacen frente cada día, de manera activa a la situación de precariedad en la que se encuentra la mayoría de la población. La utopía y la esperanza, no la de Tomás Moro del «no hay lugar», sino la de Bloch, Harvey y Moltmann, tienen un pie firme puesto en la realidad: encarnaran una perspectiva de futuro que nace de la lucha por preservar la vida, lucha que se manifiesta de distinta manera en lugares concretos alrededor del mundo.

Ahora bien, este es un proceso difícil. Como señala Lefebvre, la ciudad es una forma física construida socialmente que obedece a objetivos definidos por aquellos que detentan el poder, en la cual hoy el tejido social se encuentra fragmentado. Contribuyen a esta fragmentación, entre otros factores, la pérdida de identidad y el sentimiento de soledad que siente el individuo ante la inmensidad de la ciudad, la hegemonía de la prédica neoliberal, la mercantilización de la ciudad, la redefinición de los habitantes como usuarios junto con el quebrantamiento de sus derechos, la segregación urbana, la pobreza y sus secuelas perniciosas a nivel de la conciencia, y la propia planificación urbana, ideada más para satisfacer las necesidades del capital que para solucionar los problemas urbanos. Pero también la crisis de la política y de la democracia, la desconfianza, la percepción de desamparo y la desesperanza. Si asumimos que el tejido social es la fuerza motriz del cambio, su debilidad tiene mucha relevancia porque se constituye en el principal freno para una transformación en y desde la ciudad.

La experiencia parece demostrar que, salvo excepciones, los barrios populares son los lugares en los que existen mejores posibilidades para el entrelazado de este tejido social débil, debido, en primer lugar, a la necesidad que tienen los habitantes de articular esfuerzos para hacer frente a una adversidad que los agobia. Pero no solo eso, Arnold Toymbee en su *Estudio de la historia*, dice que los pueblos que habitaron en las regiones más inhóspitas encontraron la fortaleza para sobrevivir y progresar. Teniendo en cuenta que para que ello ocurriera, se requirieron condiciones que efectivamente favorecieron a esos pueblos, sin las cuales no hubieran podido seguir adelante. Y más allá de las críticas que puedan merecer las teorías de Toymbee, esta afirmación es pertinente para el caso que nos ocupa. Las situaciones de gran dificultad son factores condicionantes pero no determinan las posibilidades o no de transformación social.

Lima: la otra cara de la luna

Evolución reciente de la ciudad

Lima es una ciudad moderna, cosmopolita, donde mucha de su gente es acogedora, que conserva sus tradiciones como es el caso, por ejemplo, de la procesión del Señor de los Milagros. Es una ciudad que constituye un referente mundial en materia de gastronomía y que cuenta con una hermosa bahía que une La Punta con Chorrillos, con microclimas que permiten un ambiente agradable durante todo el año. Aunque es cierto también que la mayor parte del tiempo es gris, con una garúa y una humedad permanentes, situada en una franja desértica y rodeada hacia el este por cerros ennegrecidos por el tiempo, por el clima y por el smog.

El Plan de Desarrollo Concertado de la Municipalidad Metropolitana de Lima 2016-2025, señala que en los últimos 20 años Lima ha experimentado un importante proceso de crecimiento que ha permitido dinamizar el desarrollo de la ciudad. Con la integración de las provincias de Lima y Callao al sistema de acumulación y a la red mundial de ciudades, la capital ha asumido nuevos roles y funciones como intermediaria económica-financiera en la Cuenca del Pacífico y América del Sur. Esta situación, que obliga a Lima a volverse más eficiente para satisfacer

las necesidades de los flujos económicos que se vienen generando, hace que la capital adquiera importantes desafíos. Entre los que destaca la necesidad de satisfacer una demanda importante de bienes y servicios especializados tanto para el mercado interior como para los países de la Cuenca del Pacífico. Lo anterior requiere la construcción de infraestructuras y equipamientos, capacidades institucionales, desarrollo de recursos humanos especializados, mejora de la conectividad con el resto de los nodos productivos nacionales, ampliación de la logística especializada del puerto del Callao,²⁸ disposición de suelo de calidad y disponibilidad de agua para habilitar las áreas manufactureras, las zonas logísticas y los centros de servicios. El reto es cómo abordar estos desafíos sin desatender los problemas que ya tiene una ciudad marcada por la falta de planificación, la informalidad, la pobreza y la desigualdad.

Lima, con más de ocho millones y medio de habitantes, alberga a más de un tercio de la población nacional en sólo el 2% del territorio, concentrando el 50% del PBI, el 70% de la industria y el 80% del total de la recaudación tributaria. Ocupa un espacio de 100 Km de norte a sur y de 60 km de este a oeste. Desde la perspectiva costera, a partir de Ancón hasta Pucusana, tiene un litoral de 130 km. Es una ciudad relativamente poco densa y extensa —para ir de un extremo a otro es necesario destinar varias horas de viaje—, que tiene en su interior una diversidad de realidades marcadas por los entornos geográficos, por la historia, por las características de sus habitantes o por su función. Si bien, como dice Rolando Arellano (2010) en *Al medio hay sitio*, en los distritos pobres habitan sectores ricos y viceversa, la diversidad a la que hemos aludido encierra una constante: desde el punto de vista de la

28. Ante la falta de otra oferta logística desde los demás puertos del subcontinente, que solo realizan transacciones pequeñas, movilizan el 5% del comercio de contenedores del mundo.

localización socioespacial, Lima es una ciudad muy dividida. La encuesta de APEIM del 2016 confirma un dato que ya en el 2010 había anotado Wiley Ludeña (2011): En cinco distritos de Lima, Miraflores, San Isidro, San Borja, Surco y La Molina, más del 90 % de la población pertenece a los estratos socioeconómicos A y B, mientras que en los distritos populares que han crecido en torno a la Lima convencional, entre el 70 y el 80% de habitantes pertenecen a los estratos D y E.

Entre los años 1981 y 2007 el área urbana de la provincia de Lima creció de 63,950 a 84,000 Km². Ludeña señala: «Las zonas de mayor expansión y crecimiento poblacional en las últimas décadas se produjeron en los llamados conos Este y Norte de Lima, con tasas de 7.5% y 5.4% en el período 1981-1993, respectivamente. El crecimiento de estas zonas en particular se explica como causa y efecto de un fenómeno de reciente registro: su conversión en vigorosas centralidades alternativas al tradicional centro histórico de Lima» (Ludeña 2011: 16). Pero también se afectaron las mejores tierras de los valles de Lurín, Chillón y Rímac para la construcción de viviendas para sectores de ingresos medios o su venta como cooperativas y asociaciones de vivienda, luego de la reforma agraria, lo que ha ocasionado la disminución dramática de estas áreas: se estima que en las últimas décadas se ha perdido el 90% de áreas agrícolas en el valle del Rímac, el 68 % en el Chillón y el 17% en Lurín.

A través de todo ese tiempo Lima ha tenido diversos planes de desarrollo urbano, esquemas de zonificación y de vialidad, intentos de planificación normativa, planes urbano ambientales, pero la preeminencia de los intereses particulares, las dinámicas urbanas, la informalidad y la poca prolijidad de las autoridades, han hecho de esos instrumentos textos declarativos (Castillo 2013). Lima ha crecido de la mano de los urbanizadores privados, de los propios pobladores en su lucha colectiva por conquistar un

espacio donde vivir y de los urbanizadores informales, que han hecho de la necesidad de vivienda de los más pobres un negocio lucrativo.

En las décadas de los sesenta y setenta cientos de miles de migrantes llegaron a Lima huyendo de la miseria de sus regiones de origen, crearon redes, le pusieron color y sabor a la ciudad, impusieron su arte y su música, que después de haber sido criticados y segregados por los sectores tradicionales, terminaron por ser asumidos y asimilados a la cultura urbana (Altamirano 1984; Golte y Adams 1990). Poco a poco, estos migrantes y sobre todo sus hijos, aprehendieron también los gustos y la moda, las costumbres y los tips de otras latitudes, que empezaban a llegar de manera cada vez más fluida gracias a la globalización. La cultura «chicha», le llamaron, una mixtura entre lo limeño, lo provinciano y lo extranjero. Y crearon también sus propios códigos y normas de comportamiento en medio de un mundo principalmente informal que la autoridad formal se resistía a reconocer. Eran los «conquistadores de un Nuevo Mundo», como los denominó Carlos Iván Degregori, cuya actuación se enmarcaba en: «el masivo movimiento migratorio interno, la acelerada urbanización, y el desarrollo de una industrialización dependiente (...) Esta modernización —a decir de Norma Adams y Néstor Valdivia— mostrará pronto sus limitaciones, haciendo evidente la incapacidad del Estado y la economía por atender las demandas y las necesidades de la población movilizada en este vasto e intenso proceso» (Adams y Valdivia 1991: 19).

Los años ochenta y el comienzo de los noventa estuvieron marcados en el Perú por una grave crisis económica y social como producto de la hiperinflación, generada durante el primer gobierno de Alan García, y del ajuste neoliberal de Alberto Fujimori, la liberalización del mercado de trabajo y la privatización de empresas públicas, que puso en la calle a cientos de miles de

trabajadores. Los límites entre lo formal, lo informal y lo ilegal se hicieron borrosos. Fueron también esos los años del terrorismo y de la evolución del narcotráfico, que oscurecieron la vida social y económica por más de una década. La capital decayó ostensiblemente y Lima se convirtió en tierra de nadie, invadida por decenas de miles de ambulantes, por galerías improvisadas, cantinas y hostales. Las clases pudientes migraron una vez más hacia el sur, como lo habían hecho ya en la década de los años 20, y se parapetaron en condominios cerrados, con rejas y torreones, lejos del mundanal ruido.

La política neoliberal fue cambiando poco a poco el rostro de Lima. Se multiplicaron, primero tímidamente los grandes centros comerciales (los *malls* o «no lugares»), como el Jockey Plaza, los grifos con tienda y cafetería, los casinos y las casas de juego. Se construyeron edificios paradigmáticos como la sede de Interbank en el Paseo de La República o el nuevo centro financiero de San Isidro. Se modificó la noción de espacio público, Larcomar por ejemplo, y se pusieron en marcha megaproyectos urbanos sobre todo viales. Lima se modernizaba vía el mercado, que privatizó la ciudad y exacerbó el consumismo de sus habitantes. Wiley Ludeña (2011) anota lo siguiente:

La reactivación neoliberal de la economía peruana supuso el arribo de un flujo considerable de inversiones nacionales y del extranjero en el sector inmobiliario. Su magnitud no tiene equivalente en la historia urbana de Lima, salvo la inversión registrada en la década de los veinte. Por ello, el impacto de su actuación en la dinámica urbana de la metrópoli peruana ha conseguido en pocos años transformar su formato. Estas inversiones han conseguido, ya sea acentuar las tendencias socialmente selectivas del uso del suelo antes registradas, así como impulsar nuevos espacios de intervención urbana o acelerar la obsolescencia de otras zonas. Sin duda, los noventa representan el inicio de un nuevo ciclo de expansión en la historia urbana de Lima socialmente discriminatoria de la ciudad. Como dice también el trabajo citado, Lima se ha

hecho cada vez más polarizada, inequitativa y escindida social y espacialmente (Ludeña 2011: 32).

Todo ello no fue ajeno a la modificación del comportamiento social. En algunos sectores de la población el espíritu solidario decayó, se exacerbó la «criollada», la «cultura combi», y la «cultura 4x4» (te meto el carro antes de preguntar). Estos fenómenos, que estaban lejos de ser nuevos, no involucraron a toda la población. Más bien, una gran parte de ella sufrió y sufre las consecuencias de este proceder. Habría que preguntarnos si así como los provincianos cambiaron la fisonomía y conquistaron Lima, cuántos habrán bebido de la sociedad limeña conquistada. En un texto casi olvidado, *Lima la horrible*, Sebastián Salazar Bondy anotaba lo siguiente:

Aparte de lo anotado el criollismo es más aún. Es también viveza criolla. Hay una palabra proscrita que expresa mejor, más gráficamente este «valor», inscrito en la singular tabla axiológica del criollo. ¿Qué es esa viveza? Una mixtión, en principio, de inescrupulosidad y cinismo. Por eso es en la política donde se aprecia mejor el atributo. En síntesis, consiste en la flexibilidad amoral con que un hombre deja su bandería y se alinea en la contraria (...). El vivo de esta laya se da, no obstante, en todas las esferas de la actividad. Es el comerciante o proveedor que sisa en el peso, el funcionario que vende el derecho, el abogado que se entiende con la parte contraria, el prefecto que usa del mando en beneficio personal, el cura que administra los sacramentos como mercaderías, el automovilista que comete la infracción por puro gusto, el alumno que compra el examen, el jugador de dados cargados, el artista que se apadrina para el lauro, el ladrón o ladronzuelo que escamotea la prenda ajena y vista y paciencia (o con la complicidad) del policía (...). Los otros, los que proceden de acuerdo a su conciencia o a la ley, son tontos (Salazar Bondy 2002).

Oswaldo Medina (2000) ha intentado definir el achoramiento como una forma de evadir las normas para conquistar ciertos valores legitimados por la sociedad, como son el dinero, el

poder y el prestigio. José Matos Mar (1988) explica este comportamiento debido a la ausencia de oportunidades, pero también a la presión ideológica de los medios, a los modelos que exaltan un desenfrenado hedonismo como dice Medina, a la propaganda, al ejemplo (o al mal ejemplo) de las figuras públicas. En torno a ello, Medina (2000) reproduce una reflexión de Carlos Amat y León que resulta pertinente citar: «La nueva situación socio-cultural está definiendo una cultura de mercado marcada por la agresividad, por la lógica de: “Tengo que aprovechar a como dé lugar los milímetros de espacio que se me abren, porque si no la competencia me gana”. Es una actitud de aprovechamiento individual, una atropellada carrera por el éxito vinculado al dinero, donde los derechos del otro no cuentan para nada y valores como la generosidad, el altruismo y la solidaridad son considerados absurdos... Bajo una apariencia muy civilizada, muy occidental y cristiana, las reglas de juego, que en realidad se utilizan, son el oportunismo, la agresividad — el bisturí ha reemplazado al serrucho. Esto es lo que se ve en la empresa privada o el sector estatal que tiene el control político».

Algunos ejemplos de inequidad social

Veamos algunas situaciones concretas, expresivas de la inequidad que existe en Lima Metropolitana. Como se sabe desde antes que ocurrieran los fenómenos reseñados, la mayor parte de la ciudad, la Lima popular, ha sido construida por los propios habitantes ocupando los arenales, las laderas de los cerros, los bordes de los ríos y las zonas pantanosas. No pocos de estos lugares carecen de armonía, las viviendas están inacabadas y son propensas a desplomarse ante un sismo de magnitud, entre ellas, las que están situadas en las laderas de cerros, unas 241 mil que albergan a más de un millón de personas, o las de las zonas tuzurizadas de

los barrios antiguos (IMP 2016). La demanda anual de vivienda estimada para los distritos populares es de 50,000, sin contar con el déficit acumulado a través del tiempo. Del total del déficit habitacional cuantitativo existente en Lima, San Juan Lurigancho se encuentra a la cabeza con el 15.6%, le siguen Ate con el 8.5%, San Martín de Porras con el 7.2%, Comas con el 7% y Villa María del Triunfo con el 6.6% (Gestión, 3 de abril de 2017). Debemos entender, no obstante, que el déficit cualitativo es el más importante, representa el 60% del total y no recibe atención adecuada. El programa público Mi Vivienda, por ejemplo, entregó en Lima Metropolitana entre el 2010 y el 2012 un total de 20 mil créditos hipotecarios, cuyo costo está por encima de las posibilidades de la mayoría y que se orientan a satisfacer la demanda de los sectores medios. Con relación a Techo Propio, el programa público destinado a los sectores populares, de 2003 a diciembre de 2012 se habilitaron 7,861 créditos a un promedio de 873 por año.

En contraste, en los distritos de clase media y alta aparecen, de un día para el otro, edificios aquí y allá rompiendo toda armonía y creando serios problemas para la ciudad en materia de servicios, equipamientos y espacios públicos. En un trabajo de Wiese, Miyashiro y Marcés, leemos lo siguiente:

Los años entre el 2004 y el 2012 significaron en Lima una época de bonanza o boom inmobiliario. Así se tiene que, hasta agosto del 2016, la oferta de viviendas ascendió a 24 519 unidades, de las cuales 24 116 (el 98.36%) son departamentos en edificios, mientras que las restantes, unas 403 (el 1.64%), son casas en terrenos nuevos. El rango de precios de estas unidades inmobiliarias fluctúa en su mayoría entre los 80 000 y los 400 000 soles, lo que muestra una oferta inmobiliaria orientada a sectores sociales solventes, con capacidad de acceso al sistema crediticio formal. En el caso peruano éste se coloca a espaldas a la realidad socioeconómica de las mayorías, por lo que resulta ilustrativo para entender mejor por qué al menos un 70% de las viviendas que se producen son informales y están fuera del sistema financiero (Wiese, Miyashiro y Marcés 2016: 343-344).

En las calles de los distritos populares se acumulan cerros de basura. Lima genera más de 8,000 toneladas de residuos sólidos al día, más de 240,000 al mes y tres millones al año. Cada persona produce 0.8 kilogramos de residuos diarios. El 80% de estos desperdicios tiene como destino final uno de los cuatro rellenos sanitarios que existen en la capital. El 20% restante va a los basurales y a los ríos Rímac, Chillón y Lurín o son arrojadas en las calles. Según el Organismo de Evaluación y Fiscalización Ambiental, los distritos que concentran más residuos en sus calles son Villa María del Triunfo (39.4%), Villa El Salvador (25.3%) y El Agustino (18.3). Solo el 1% de los desechos es reciclado.

Mientras tanto, en las avenidas principales de los distritos convencionales aparecen en cada semáforo decenas de vendedores ambulantes, jóvenes y niños, artistas al paso, limpiadores de lunas, declamadores o personas que sencillamente piden una caridad. La población de la capital se incrementa en unos 200 mil habitantes por año. Este crecimiento poblacional geográficamente no es homogéneo. Resaltan el crecimiento de Lima Norte, seguido por Lima Este y Lima Sur, que albergan a los distritos populosos donde se concentran los principales bolsones de pobreza. Según el INEI la pobreza monetaria en Lima alcanzó en el 2009 el 17.50 %. Entre el 2007 y el 2009, en términos absolutos, la población en situación de pobreza monetaria aumentó de 1'365,419 a 1'416,756 habitantes, concentrándose en las áreas norte y sur de Lima. En el 2007 Lima norte, en términos absolutos, tenía el mayor número de pobres, unos 462,347, mientras que Lima sur era la segunda área en pobreza con 376,309 personas. El área central de Lima tenía el menor porcentaje de pobreza con un 6,11%, que en términos absolutos representaba a esa fecha 112,507 habitantes. Debemos tomar estas cifras solo como referenciales. La canasta básica en Lima, para una familia de cinco miembros, ha sido establecida por el INEI en 1,690 soles por

mes u once soles por persona/día (la canasta mínima es de seis soles persona/día) (ENAHO 2017). Pero el ingreso promedio familiar en hogares donde dos de sus miembros trabaja es de nueve soles diarios por persona. En estas condiciones, los ingresos de una proporción mayoritaria de familias de Lima no alcanzan para cubrir una la canasta básica. Si utilizamos para efectos de medición el método de la pobreza multidimensional, que considera indicadores de vivienda, educación y salud, la situación es peor aún. Para hacer frente a esta realidad las personas deben duplicar y hasta triplicar su tiempo de trabajo, incorporando a los niños y jóvenes, realizando actividades en el sector informal que según el INEI representa al 73% de la PEA, sea en el comercio y los servicios, en la construcción o como trabajadores invisibles al servicio de empresas formales.

Los rostros de la pobreza tienen nombre propio, se llaman Juan, Pedro, María, viven en las partes altas de José Carlos Mariátegui, en el distrito de San Juan de Lurigancho, en Lima, y lavan ropa, cocinan, crían a los niños de las familias acomodadas o son gasfiteros, albañiles y moto taxistas. Pero también hacen pequeños trabajos para empresas como Topytop, venden huevitos de codorniz en las puertas del mercado del barrio o viajan hasta el emporio comercial de Gamarra o al Mercado Central para ofrecer al público toda clase de artículos. Como consecuencia, terminan el día agotados y sin tiempo para llevar a cabo actividades educativas, culturales o recreativas. Y cuando a pesar de las dificultades sí están en disposición de hacerlo, carecen de espacios de sociabilización que les permitan compartir y dialogar.

Pero no se trata solo de la pobreza material. La precariedad es una de las causas más importantes de la desestructuración familiar y afecta, sobre todo, a los niños y a los jóvenes debido al sentimiento de abandono que les genera, de ausencia de los padres y de falta de afecto. Estas carencias, dicen los psicólogos,

traen consigo frustración, agresividad, búsqueda de satisfacciones compensatorias e inmunizan frente al dolor por necesidad de sobrevivencia. Si añadimos las consecuencias que se derivan de una mala alimentación en la niñez y la ausencia de oportunidades educativas, podemos darnos una idea de las marcas que deja el flagelo de la pobreza en la vida anímica de las personas, y del papel desmovilizador y regresivo que puede tener. Afortunadamente, aún sin contar con los tiempos y con los espacios necesarios, la pobreza no genera de manera ineluctable parálisis social. Numerosas experiencias parecen demostrar que las situaciones más penosas pueden dar lugar a respuestas positivas que no están programadas.

Otro ejemplo de desigualdad que hay en Lima, es la distribución de agua potable. El sistema de agua potable de Lima produce 680 millones de litros cúbicos por año, es decir, un promedio de 20 m³ por segundo o 206.2 litros por persona al día. En principio, por lo tanto, cada habitante podría hacer uso de los 100 litros que establece la OMS. No obstante, mientras que un 70% de la población recibe un promedio de 84 litros por día, por debajo del umbral que establece la OMS, 8 % recibe un promedio de 272 litros por día, casi el triple de lo que establece la OMS. En el primer caso se trata de los distritos populares en los que se concentran los mayores índices de pobreza, mientras que en el segundo caso de distritos de clase media alta y alta con poca población, localizados en las partes más modernas de la ciudad. En los distritos populares el agua llega además de manera discontinua, con la presión siempre baja, y en los sectores más deprimidos la población que carece de conexiones domiciliarias se abastece de pilones o camiones cisternas, teniendo que pagar por el agua mucho más que lo que pagan los hogares que cuentan con conexiones domiciliarias. Mientras que una familia que cuenta con conexión domiciliaria puede pagar unos doscientos

soles por el consumo de agua al mes, aquellas que no tienen conexiones tienen que pagar por el agua hasta 900 soles por mes. A esta situación se suma un futuro no promisorio. El impacto del cambio climático en zonas urbanas se expresará en una menor disponibilidad de agua en la costa, en deslizamientos y en un mayor peligro de inundaciones por elevación del nivel del mar. OXFAM estima que los glaciares peruanos han perdido el 40% de su superficie en las últimas cuatro décadas. La Autoridad Nacional del Agua (ANA) arroja una cifra de 57% para el 2017. Esto podría causar que en el futuro el río Chillón disminuya su caudal e incluso pueda desaparecer, en cuyo caso, Nuevo Pachacútec, Lima y toda la costa peruana podrían sufrir una grave escasez de agua (IMP 2016).²⁹

Por otro lado, como es sabido Lima es una ciudad vulnerable, sobre todo, en las zonas donde se concentra la población de bajos ingresos. El CISMID ha determinado que el 60% de las viviendas de Lima están consideradas como vulnerables ante la eventualidad de un sismo de gran magnitud. Y un estudio del IRD revela que 200 mil personas experimentan una situación de alta vulnerabilidad en la periferia de Lima como producto de la pobreza y que en Lima central existen un promedio de dos mil lotes en peligro de derrumbe (Metzenger 2017).

Pero no se trata sólo de peligro de derrumbes. Las costas peruanas han sufrido los efectos del Fenómeno de El Niño

29. La estrategia Metropolitana de Cambio Climático (Municipalidad Metropolitana de Lima 2013) plantea cuatro escenarios de riesgos asociados al CC en Lima Metropolitana: a) Tropicalización: Incremento de nubosidad (mayor humedad), incremento de precipitaciones estacionales o anuales, incremento de enfermedades tropicales (malaria, dengue), incremento de huaycos; b) Eventos extremos: Precipitaciones en la ciudad en forma constante, desborde de ríos, incremento de población afectada por desbordes e inundaciones, enfermedades tropicales; c) Menores precipitaciones y mayor probabilidad de sequías multianuales, nubosidad en la zona costera, reducción de caudal de los ríos; y d) Incremento de emisiones de GEI: transporte público, procesos industriales, desechos, principalmente.

desde tiempos muy remotos, con grandes costos para las familias y para la economía del país.³⁰ Si bien —como dicen los expertos— cada Niño es particular, existe una vastísima experiencia de dónde extraer lecciones. Sin embargo, se han continuado ocupando las quebradas y los cauces de huayco. En el caso de las cuencas del Rímac, Chillón y Lurín, estamos hablando de unas 425 mil familias localizadas en la franja marginal, de las cuales 25 mil estuvieron asentadas en la zona del desastre en el 2017.

Por último, un estudio de la Universidad de Londres ha permitido explorar los riesgos cotidianos en Lima Metropolitana que no se «ven», que no se «miden», que son producto de las condiciones de pobreza e informalidad y que generan graves consecuencias para cientos de miles de limeños atrapados en la maraña urbana. Riesgos que, además, pueden generar gravísimas consecuencias como sucedió hace algunos años en el dramático caso de Mesa Redonda.

Lima como ciudad, y a pesar de su gente es poco grata, empezando por el estrés que genera el caos del tránsito donde la mayoría debe pasar dos, tres y hasta cuatro horas diarias para desplazarse desde su vivienda hasta su centro de labores y viceversa. El Instituto Metropolitano de Planificación estima que en 2004 se registraron 12.3 millones de viajes por día (1.5 viajes al día por habitante en la provincia de Lima): el 51.5% de estos viajes se realizó mediante transporte público colectivo, con una flota formal de 23,835 unidades, entre combis, coasters, buses y microbuses. El 11.2% de los viajes se realiza en automóvil privado, cuyo parque automotor es de aproximadamente 700 mil unidades. Las grandes obras viales, la ampliación de carriles en detrimento de las áreas verdes, la construcción de puentes y los viaductos, se hacen no obstante, pensando en esta modalidad a

30. Mencionemos por ejemplo los ocurridos en 1470, 1578, 1720, 1728, 1891 y 1925, sin mencionar los casos conocidos de 1982-1983 y 1997-1998.

costa de la circulación del transporte público. Y solo el 5.5% se realiza en taxi. A pesar de ello, en Lima circulan diariamente más de 182 mil taxis. Pero aquellos para los cuales han sido hechas las vías de Lima, el transporte privado, tampoco se escapan del estrés del tráfico infernal de Lima donde los conductores se lían a golpes en plena vía pública, los automovilistas atropellan a los policías, los vehículos no obedecen la luz roja y causan innumerables accidentes de tránsito que en la mayoría de los casos quedan impunes.

Legalmente los ciudadanos tenemos la potestad de elegir y ser elegidos, amparados por la Constitución Política del Perú, la ley Orgánica de Elecciones y las leyes de elecciones regionales, municipales y al Parlamento Andino. Tenemos también derecho a manejar información y opinar sobre asuntos públicos, a presentar iniciativas ciudadanas de reforma constitucional y de legislación. Así mismo, a pronunciarnos en los referendos y otras consultas ciudadanas, y colaborar y tomar decisiones en la gestión del desarrollo del distrito, la provincia y la región en materia de presupuesto participativo, plan de desarrollo concertado, ejecución de proyectos y concejo de coordinación local y regional. Adicionalmente, las asambleas del Concejo Municipal deben ser públicas y la Asamblea Metropolitana reunirse dos veces al año con presencia acreditada de representantes de la sociedad civil. En el caso de Lima Metropolitana estas normas no se cumplen, la municipalidad no rinde cuentas y los proyectos que se implementan no están sujetos al control ciudadano. Lima es una ciudad sin ciudadanos porque los habitantes en la práctica no tenemos posibilidad de ejercer nuestros derechos a pesar de que existen normas que nominalmente nos amparan, debido a que no todos tenemos el mismo peso ante la ley, dependiendo del poder político, de la capacidad económica, del lugar de origen, de la lengua materna, de la raza o del sexo. Se trata de situaciones claras de discriminación que están acompañadas muchas veces de corrupción.

Pongamos el ejemplo del presupuesto participativo, que tiene un procedimiento establecido con claridad que debiera permitir su implementación exitosa. Lamentablemente ello no es así. Lucia Aboutaoufik, joven arquitecta italiana de paso por el Perú, ha hecho un examen comparativo de los presupuestos participativos de diversos lugares del mundo. A partir de este análisis, encuentra que antes que una escuela democrática el presupuesto participativo en el Perú se limita a la recepción de proyectos, con poca participación ciudadana, cuya aprobación depende principalmente de la administración municipal. Esta situación, y el hecho que muchos proyectos no son ejecutados y que no existe transparencia municipal, hacen que la población pierda interés y se retraiga, más aún cuando se le imponen una serie de exigencias y no se les brinda el apoyo técnico debido.

Otro elemento a tener en cuenta es la extensión de Lima que dificulta la comunicación fluida entre una parte de la ciudad y otra, situación que se agrava debido a que las obras de infraestructura vial, que lejos de tener un efecto integrador, van creando islotes acá y allá. Si bien nominalmente todos pueden desplazarse libremente por la ciudad, esto no resulta tan fácil debido a las múltiples barreras físicas y sociales. Y al interior de los propios espacios locales existe cada vez menos comunicación entre vecinos. Esta realidad, visible en distritos medios y altos en los cuáles la vida comunitaria o asociativa es muy débil, ocurre también de manera cada vez más frecuente en los distritos populares.

Parafraseando a Viviane Forrester en *El horror económico* cuando se refiere a París, podríamos decir que todo lo dicho es cierto pero aun así la gente se divierte, va al cine, sale a pasear, toma una cerveza, no se pierde un capítulo de la última novela turca y está al tanto de cómo le va al futbolista peruano Guerrero en Brasil. Pero eso no cambia las cosas. Quizá, como dice la propia Forrester, el principal problema sea la indiferencia casi general

ante los problemas que hemos expuesto. A lo que agregaríamos la invisibilización y la «normalización», el manto de silencio que se ha impuesto sobre la situación que se vive que trata de ocultar la segregación urbana que existe en la capital.³¹ Para prueba, la existencia del «muro de la vergüenza» que tiene 10 kilómetros de largo y 3 metros de alto, es de concreto y está reforzado con grandes alambres de púas. Divide los asentamientos humanos de San Juan de Miraflores y Villa María del Triunfo con uno de los sectores más lujosos de Lima, la urbanización Las Casuarinas, situada en Surco, pero cuyo tramo se extiende también hasta La Molina.

Si nos atenemos a las cifras que nos proporciona el INEI, podríamos decir que mientras más nos alejamos del centro «moderno» de Lima vamos adentrándonos hacia un mundo de precariedad, que se acrecienta hasta llegar a donde viven los pobres de los pobres, para los cuáles las políticas urbanas han sido reemplazadas por programas de alivio a la pobreza. Se da por sentado que la situación es la que es y que no va a cambiar. Fenómeno de segregación que observamos en la vivienda, en el transporte, en la limpieza pública, en los servicios, en la seguridad ciudadana, en la educación, en la salud. Se trata, como sostenía Castells (2004) en *La cuestión urbana*, de una suerte de estratificación urbana correspondiente a un sistema de estratificación social que indica una tendencia definida, aunque no es lineal, que acepta mezclas y combinaciones, que se hace más compleja en la medida en que la ciudad se hace más densa, como es el caso en Lima donde los propios sectores pudientes han creado también sus espacios segregados y se han apropiado de algunos barrios tradicionales, y donde en los distritos populosos ha crecido una clase media y alta, cuyas construcciones resaltan a simple vista.

31. Tendencia a la organización del espacio en zonas de fuerte homogeneidad social interna y de fuerte disparidad social entre ellas (Castells 2004: 204).

El barrio de junto al cielo

Históricamente la forma que ha adoptado la resistencia en Lima ha sido la apropiación del espacio, con la ocupación de terrenos mayormente públicos y de condición eriazas, pero también particulares, que ha dado lugar a importantes luchas como fue el caso paradigmático del Frente de los Rescatadores en la década del 70. David Collier (1978) en *Las barriadas y elites, de Odría a Velasco* cuenta cómo la ausencia de una política pública de cara a los más pobres hizo que el Estado fuese hasta cierto punto permisivo o alentase el fenómeno de las invasiones, siempre que no atentaran contra espacios privados o de valor comercial. La ley 13517 dada a principios de la década de los años sesenta, prohibió formalmente esta práctica sin éxito evidente. De esa época a esta parte, los sucesivos gobiernos han emitido dispositivos prorrogando una y otra vez la fecha de reconocimiento de los hoy llamados «asentamientos humanos».

Hacia mediados de la década de los años 40, la toma de terrenos urbanos no se realizará ya de manera gradual como había sido hasta ese entonces, sino mediante movimientos masivos al influjo, en un primer momento, de la efervescencia política que generó la subida al poder del Frente Democrático Nacional. De esta época viene a la memoria el mítico nombre de Ernesto

Sánchez Silva, «Poncho Negro», invasor del Cerro 7 de Octubre, de quien se dice que organizó y dirigió más de cien invasiones.

Durante el régimen del gobierno militar de Manuel A. Odría se formaron en Lima más de cincuenta barriadas, algunas de ellas apoyadas o, al menos, avaladas desde el Estado que había formado para tales efectos el «Centro de Asistencia Social». Sectores urbanizadores también apoyaron las invasiones con el propósito de valorizar los terrenos adyacentes, por ejemplo en los casos de Huascarán, Castilla y Villa de Fátima, pero sobre todo Ciudad De Dios, que servirá a Pedro Beltrán para promocionar el sistema mutual. Pero las invasiones continuaban. Intentando contrarrestarlas, el gobierno de Manuel Prado formó la Comisión para la Reforma Agraria y la Vivienda, dirigida por Pedro Beltrán, y se crearon el Fondo Nacional de Vivienda y la Junta Nacional de la Vivienda para atender a las barriadas. En 1961 se promulgó la Ley de Barrios Marginales 13517, que prohibía la creación de nuevas barriadas y promovía el saneamiento físico legal de las ya existentes para transformarlas en UPIS, urbanizaciones populares de interés social.

La década de los años 70 estuvo marcada por la intensificación de la ola migratoria hacia Lima, que acrecentó la demanda por vivienda y por servicios, demanda acicateada por las reformas que había iniciado el gobierno militar que tomó el poder en 1968. El gobierno de Velasco creó en 1968 la Oficina Nacional de Desarrollo de Pueblos Jóvenes (ONDEPJOP) con el fin de encontrar soluciones a las necesidades de vivienda popular por medio de la autoayuda y del desarrollo de procesos participativos. La ONDEPJOP tenía por misión encargarse del empadronamiento de los moradores, organizarlos y resolver litigios referidos a la propiedad. El empadronamiento era el primer paso para que, posteriormente, el Ministerio de Vivienda entregara los títulos de propiedad.

En esa época se modificó el nombre de *barriadas* por el de *pueblos jóvenes* y las antiguas asociaciones de pobladores fueron reemplazadas por organizaciones vecinales. La organización vecinal partía de la base del pueblo joven. Un cierto número de manzanas elegía un Comité Vecinal. Los representantes de estos comités formaban una Junta Directiva Central que, a su vez, elegía a un secretario general y los secretarios generales de los comités elegían a un presidente. En 1972 se crearía el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS). La Oficina de Desarrollo de Pueblos Jóvenes pasó a formar parte del Área de Pueblos Jóvenes de SINAMOS.

Las modificaciones del calificativo de *barriada* por el de *pueblo joven* y de asociaciones de pobladores por organizaciones vecinales, no fueron sólo cambios de nombre: antes bien, encerraron, en primer lugar, un cambio político en la dirección del movimiento, en el que por esa época el APRA tenía fuerte presencia, pero también un cambio sustancial en la concepción del fenómeno *barrial*, modificando una apreciación que hasta ese entonces era principalmente negativa, por una positiva basada en estudios y propuestas de personajes tales como John Turner y Carlos Delgado, que plantearon que los barrios precarios conllevaban en su seno un importante potencial de desarrollo. Cabe recordar que ya en abril de 1971 se había producido una ocupación masiva en Pamplona, cerca de un barrio residencial y del colegio jesuita La Inmaculada. El primer día llegaron 200 familias, dos días después había ya más de mil y a la semana siguiente serían 5 o 10 mil. El gobierno negoció el traslado de los pobladores a *Tablada de Lurín*, a 20 kilómetros del centro de Lima, conformándose en 1973 la Comunidad Urbana de *Villa El Salvador* concebida como una ciudad autogestionaria. Su organización constaba de un Consejo Ejecutivo Comunal, conformado por 12 dirigentes, más los representantes de los consejos de educación,

salud, producción, comercialización y servicios.³² Más tarde, el primero de octubre de 1972 se formaría El Rescate, en la margen izquierda del río Rímac, en el Cercado de Lima, cuyos terrenos después serían expropiados por el gobierno de Velasco. En esta lucha se formó el Frente de los Rescatadores que agrupó a tres asentamientos situados en el Cercado de Lima y en El Callao: Primero de Septiembre, Primero de Octubre y Chacrapuente, después Señor de los Milagros. Los pobladores de 1° de Septiembre habían ocupado El Montón, siendo trasladados a un terreno cercano que se expropió en favor de los moradores. La toma de El Rescate tiene una importancia histórica particular, dado que durante el Gobierno Revolucionario de las FFAA se había prohibido la toma de nuevas tierras. La estrategia del Estado, descrita por Delgado, sería la de asesorar las barriadas ya constituidas en las márgenes de la ciudad dentro de los límites permitidos por SINAMOS. Sin embargo, El Rescate significó la organización autónoma, contraria a las disposiciones del Estado y ubicada en una zona céntrica de la ciudad, cuando eran las periferias el espacio políticamente destinado para las barriadas.

Entre los años 1974 y 1978 el movimiento de pobladores experimentó un proceso de autonomización, marcado por la situación política que vivía el país, en el que jugará un papel importante la experiencia sindical de los habitantes de barriadas. Fueron años de creciente movilización que tendrán un pico importante en el paro nacional del 19 de julio de 1977. En efecto, entre 1975 y 1984 se registraron en Lima más de 80 conflictos barriales, a un promedio de uno por mes. Entre los que destacan la invasión de Puente Huáscar en 1976 y las movilizaciones

32. Más tarde, en 1976 Morales Bermúdez habría de reubicar a familias que habían tomado terrenos adyacentes al puente Huáscar en San Juan de Lurigancho, llevándolas a las pampas de Canto Grande. Y en los años noventa, el presidente Alan García hizo lo propio llevando a pobladores que habían tomado terrenos en Villa el Salvador, hasta el otro extremo de la ciudad, al distrito de Ventanilla.

reclamando la instalación del servicio de agua potable en Villa el Salvador y en San Juan de Lurigancho.

En vísperas de dejar el poder, Morales Bermúdez promulgó el Decreto Ley 26612 que integraba a los pueblos jóvenes al llamado sistema urbano regular. Este hecho hizo que la movilización se redoblara. Como resultado, en noviembre de 1979 se creó la Federación Departamental de Pueblos Jóvenes de Lima y Callao, participando en su primer congreso 230 delegados de 130 pueblos jóvenes. La FEDEPJUP tuvo como antecedente inmediato el Comité de Coordinación y Lucha Barrial, CCLUB, que había formado parte del Comando Unitario de Lucha que convocó al paro nacional de julio de 1977.

Con el tiempo, las organizaciones vecinales optaron por elecciones directas, crearon nuevas secretarías y, en algunos casos, integraron en su seno a algunas organizaciones funcionales, tendiendo en general a simplificar sus formas organizativas. Las principales reivindicaciones fueron pasando del saneamiento físico legal a la lucha por los servicios. Así mismo, el proceso de centralización barrial metropolitano fue decayendo por diversos motivos, entre los que podemos destacar el hecho de que muchos dirigentes poblacionales orientaron su actividad a la gestión municipal. Como recordamos la democracia local se reinstauró en el país en 1981, generando expectativa y movilización en prácticamente todos los distritos de Lima.

En la década de los años 80 a instancias de la Municipalidad de Lima, durante el gobierno de Alfonso Barrantes, se creó la Coordinadora Metropolitana de Organizaciones Vecinales (CMOV) en un intento de articular mejor las expectativas del movimiento barrial con la dinámica de la gestión metropolitana, que llevaba a cabo por ese entonces iniciativas importantes como la creación de los programas municipales de vivienda, principalmente en Huaycán, en Juan Pablo II y en Laderas del Chillón. El

18 de junio de 1984 el Concejo Provincial de Lima había aprobado, por acuerdo de Concejo 192, la ordenanza municipal sobre organizaciones de pobladores, reconociendo en su artículo 5 el derecho de los pobladores de asentamientos humanos a asociarse libremente sin autorización previa para la adecuada defensa de sus derechos e intereses comunes. El artículo 20 señalaba que estas organizaciones debían inscribirse en el libro de registro de las organizaciones de pobladores.

Como señalamos más arriba, por esa época el país fue jaqueado por el terrorismo que asesinaba a dirigentes sociales que no comulgaban con su credo, estaba agobiado por la hiperinflación y asolado por la epidemia del cólera que se implantó en Lima. Ese período está marcado por la modificación de las prioridades de los barrios populares, más orientados ahora a la búsqueda de alternativas económicas y programas de supervivencia: comedores, grupos de trabajo a cambio de ayuda, comités de gestión. Todos ellos se multiplicaron rápidamente con un protagonismo muy importante de las mujeres y de las llamadas organizaciones funcionales, que desarrollaron una intensa labor en los barrios populares, resaltando la iniciativa de los comités de gestión y de los comedores autogestionarios. Junto con este signo combativo de lucha contra la adversidad por parte de los barrios populares, una forma de relación poco respetuosa e intrusiva se fue haciendo común por parte del gobierno central para con los pobladores, aprovechando la situación de vulnerabilidad en la que éstos se encontraban: el clientelismo, que se valía de los programas de asistencia para crear una base social de apoyo.

Los intensos conflictos vividos en el campo originaron que la migración a la ciudad aumentase, siendo el distrito de San Juan de Lurigancho el que más migrantes recibió, lo que dio origen a nuevos barrios más alejados de los centros urbanos. Aumentó el desempleo y aparecieron los *malls* que transformaron

la forma de habitar los espacios públicos. Se profundizaron el descontrol y la segregación urbana. Y aunque la ocupación de terrenos continuó, cambiaron las modalidades de acceso al suelo, intensificándose el tráfico de tierras: «Simultáneamente, se erosionaba la organización vecinal al punto que cada agrupación familiar de 60 lotes o menos, hace hoy día trámites individuales, y vemos a dirigentas y dirigentes corriendo de una oficina a otra para hacer gestiones de muros, agua, título de propiedad, obteniendo respuestas confusas de las autoridades, o simplemente no obteniéndolas» (Fabiola Espinoza, CENCA)

En *Las ideas urbanas en el Perú* se puede constatar que estudios sobre la actitud política de los pobladores hechos en la misma época arrojan resultados diferentes (Maquet Makedonski y Calderón 1990). Nos referimos, por ejemplo, a *Tengo casa propia* de Susan Lobo (1984) que trabajó los casos de Ciudadela Chalaca y Dulanto en el Callao en los años setenta, donde sostuvo que los migrantes de origen andino experimentaron una adaptación positiva al medio urbano. En otros textos, *La escena urbana* (1978) y *Movimiento de pobladores y centralización* (1981) de Etienne Henry, se encontraron en las experiencias de El Rescate y de Villa El Salvador la configuración de importantes movimientos sociales urbanos en ciernes. Así como Lobo ponía demasiado énfasis en la vocación de los migrantes de priorizar la esfera individual y no tanto las redes colectivas y vecinales, la narrativa de Henry no tuvo suficientemente en cuenta que los pobladores tenían un sincero interés por alcanzar el progreso individual, situación ésta que se evidenciaba en la cotidianeidad de la gente, en las reuniones y asambleas vecinales en las que primaba la necesidad de resolver problemas prácticos que afectaban a la comunidad. Este tema ha sido trabajado por Golte y Adams (1990) y Altamirano (1984), entre otros, que han estudiado las estrategias utilizadas por los migrantes para su inserción a la

ciudad, y después, por diversos autores, que han dado cuenta del proceso de afirmación de los pobladores como «emprendedores».

La organización y la movilización vecinal han sido parte de esta estrategia de inserción a la ciudad. Cuando Turner menciona la localización espacial como un factor de vivienda adecuada a criterio de los pobladores, se está refiriendo a esta estrategia. Y cuando Carlos Delgado asume una postura «positiva» en torno al fenómeno barrial, no describe a la barriada como una solución óptima, sino a la existencia de un proceso de movilización social en curso que había que canalizar.

Hoy día no es que los pobladores sean más o menos «individualistas» en términos abstractos que antes, a pesar de que el contexto general es más conservador que hace veinte o treinta años, sino que se encuentran en mayor situación de desamparo. Muchos llegaron huyendo de la violencia, padecen condiciones de sobrevivencia que son cada día más difíciles de sobrellevar, tienen pocas redes de soporte, se topan con un Estado ausente, con una ciudad hostil y se encuentran muchas veces a merced de los traficantes de terrenos. A diferencia de épocas anteriores, ahora los terrenos no suelen tomarse en forma colectiva sino que se compran en forma individual, con las consecuencias sociales que ello conlleva.

La frustración, el escepticismo y la desconfianza que tienen los habitantes precarios ante el Estado, la política y la sociedad, es la respuesta a la inequidad, a la segregación, a la «política de dos caras», a la indiferencia y a la «normalización» social que ha adquirido su situación de precariedad. El individualismo supone un modelo social, el desamparo social y sus consecuencias anímicas son situaciones de hecho. Se trata de fenómenos diferentes, que pueden estar próximos o no, pero que es necesario diferenciar para evitar caer en determinismos en un extremo o en el otro. El futuro dependerá al final del rumbo que decidan

tomar los propios actores. Compartimos en ese sentido lo que dice Jurgen Moltmann (2008) cuando afirma que la liberación del pueblo ha de partir del pueblo mismo y que, por eso, debe dejar de ser considerado desde el ángulo de sus carencias, sino de lo que él es, varones, mujeres, blancos, negros o indios, con familias, con lenguas, con cultura, con conocimientos, con fe: «Sólo cuando toman conciencia de lo que ellos son pueden convertirse en los sujetos determinantes de sus propias biografías» (Moltmann 2008: 338).

Vivir en los barrios populares es sumamente difícil. Más que resiliencia, lo que aprenden los pobladores es a resistir y a idear iniciativas con el objetivo de mejorar sus condiciones de vida y de habitabilidad. Por ejemplo, la imposición de multas a aquellos que no participan en las faenas comunales, destinadas a obtener fondos para construir muros o escaleras y abrir las vías, o la introducción de formas que hacen más fácil el acopio del agua que llega de los camiones cisterna. Pero también la venta de lotes para vivienda, que trae como consecuencia la reducción de los espacios públicos y dificulta los procesos de planificación urbana. O la búsqueda del visado de planos por parte de la municipalidad distrital, que permite a los pobladores prescindir de las recomendaciones de Defensa Civil y gestionar los servicios. Refiriéndose a estos dos últimos casos, el arquitecto Carlos Escalante, miembro de CENCA, señala: «Es necesario cambiar las circunstancias para que no se reproduzca este círculo vicioso que incrementa el riesgo en los barrios populares» (FALTA CITA). Por otro lado, en la situación en la que se hallan la actitud de los pobladores frente a la relación clientelista que establecen los políticos y el Estado, que supeditan la realización de mejoras en los barrios a su apoyo político, es poner en primer lugar su preocupación inmediata sin interesarse por quienes detentan el poder hoy o quienes lo vayan a detentar mañana, porque las cosas en

general, según los habitantes de los barrios precarios, en uno u otro caso no va a cambiar sustancialmente.

Si bien los pobladores tienen algunos «espacios de diálogo», especialmente los hombres que aprovechan las losas deportivas y las mujeres las asociaciones de padres de familia o los mercados, y —en términos más generales— en las obras que se realizan en el barrio y en los esquemas de agua de SEDAPAL (que suponen la asociación de varios asentamientos humanos), los habitantes tienen pocos momentos de encuentro por falta de infraestructura adecuada, de tiempo o de incentivo (Alberto Amanzo, CENCA)

Pero la experiencia enseña que aún en situaciones extremas cuando encuentran un punto de apoyo, los habitantes de los barrios precarios descubren que poseen capacidades y potencialidades creativas que hasta ese momento les eran desconocidas. En ese camino, la desconfianza y la indiferencia van cediendo para dar paso al reconocimiento del otro, a la revalorización de los espacios de diálogo, a la organización de la comunidad y a la solidaridad. Las aspiraciones y los intereses comunes surgen a partir de lo concreto, de lo inmediato.

Los barrios precarios no son territorios en el sentido estricto del término, aunque como señalan Berger y Luckmann en *La construcción social de la realidad* a diferencia de los seres no racionales, los seres humanos no estamos atados a un lugar específico estructurado por la organización de nuestros instintos. Tenemos, por el contrario, como característica la plasticidad que nos permite construir y reconstruir nuestro propio espacio. En esa perspectiva, teniendo en cuenta las consideraciones anotadas más arriba, los pobladores sí pueden emprender el camino de la transformación social entendida como la reivindicación de la persona y de la comunidad, la autonomía respecto de aquellos que pretenden utilizarlos, la afirmación de derechos, la mejora

de las condiciones de vida y las modificaciones de las relaciones de poder internas, y en ocasiones, aún de aquellas que están presentes en el contexto inmediato. Camino que conlleva marchas y contramarchas y cuyo resultado no es ineluctable pero posible de transitar, aunque los poderes públicos, la lógica del mercado y los intereses privados intentarán una y otra vez desandar lo andado haciendo prevalecer las relaciones de poder que existen en el conjunto de la sociedad.

Por eso, el desarrollo de iniciativas diferentes en territorios concretos no pueden ser prácticas autosuficientes, encerradas en sí mismas, sino experiencias abiertas, convocantes e influyentes. A partir de proposiciones que, a la vez que sean útiles, permitan a los barrios escapar de su aislamiento, hacerse visibles, ser susceptibles de sensibilizar y de movilizar a las fuerzas vivas de la ciudad, como pueden ser las universidades y la iglesia. Como, por ejemplo, la reivindicación del derecho a un ambiente sano y seguro, que podría concretarse en la lucha por arborizar y estabilizar las laderas; como plantear redes y alianzas de innovación territorial capaces de crear una masa crítica que estimule a la sociedad y le indique cómo pueden hacerse las cosas de otra manera en beneficio de todos; y como parte de corrientes de acción y de reflexión para la transformación social que se plantean el reto de construir una ciudad y una sociedad libre de la dominación omnímoda del capital.



Bibliografía

- ADAMS, Norma y VALIDIVIA, Néstor
1991 *Los otros empresarios. Ética de migrantes y formación de empresas en Lima*. Lima: IEP.
- ALBURQUERQUE, Francisco
2004 «Desarrollo Económico Local y Descentralización en América Latina». *Revista de la CEPAL*, n° 82.
- ALTAMIRANO, Teófilo:
1984 *Presencia andina en Lima Metropolitana*. Lima: PUCP
- AMIN, Samir
1975 *El desarrollo desigual. Crítica a la teoría del desarrollo*. México: Siglo XXI
- ANDERSON, Perry
1996 «El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la Izquierda». *Pasos*, n° 66
- APEIM
2016 *Niveles socioeconómicos 2016*. Lima: APEIM.
- ARELLANO, Rolando
2010 *Al medio hay sitio*. Lima: Planeta.
- AT KEARNEY
2018 *Global Cities Report*. Consulta marzo de 2019
<https://www.atkearney.com/2018-global-cities-report>.

- ASCHER, Francois
1995 *Métapolis ou l'avenir des villes*. París: Odile Jacob
- AUGÉ, Marc
1993 *Los no lugares, espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: GEDISA.
- BANCO MUNDIAL
2015 *Ciudades Competitivas para empleos y crecimiento*. Consulta marzo del 2019
<http://bit.ly/2E44wIC>
- BAUMAN, Zygmunt
2000 *La modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE
- BELLO, Álvaro
2011 «Espacio y Territorio en Perspectiva antropológica». *Revista CUHSO*, vol. 21, N° 1
- BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas
1972 *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- BLOCH, Ernst
2004 *El principio de la esperanza*. Madrid: Editorial Trotta
- BORÓN, Atilio
2003 «¿Al rescate del enemigo?: Carl Schmitt y los debates contemporáneos de la Teoría del Estado y la democracia». *Filosofía Política Contemporánea*. Buenos Aires: FLACSO.
- BOURDAIN, Alain
2005 *La Métropole des Individus*. París: L'Aube.
- BURAGLIA, Pedro
1998 «El barrio, desde una perspectiva socio-espacial. Hacia una redefinición del concepto». *Barrio taller*, año 4, n° 5.
- CABIN, Philippe
2000 «L'Essor de la sociologie interactionniste». *La Sociologie: Histoire et Idées*. Auxerre: Editions Sciences Humaines

CALAME, Pierre

2003 *La Democratie en Miettes*. París: Descartes & Cie

CARAVACA, Inmaculada y GARCÍA, Antonio

2009 « El debate de los territorios inteligentes: El caso del área metropolitana de Sevilla». *Revista Eure*, Vol. XXXV, n° 105, pp. 23-45

CARAVACA, Inmaculada y otros

2005 «Una propuesta de tipología de ciudades según su capacidad innovadora. Aplicación a Andalucía». *X Coloquio Ibérico de Geografía*.

<http://bit.ly/2Vk7AX5>

CASTELLS, Manuel

1974 *La lucha de clases en Chile*. Buenos Aires: Siglo XXI

1976 *Problemas de investigación en la sociología urbana*. México: Siglo XXI editores.

1979 *Ciudad, democracia y socialismo*. México: Siglo XXI editores

1986 *La ciudad y las masas*. Madrid: Alianza Universidad

1995 *La ciudad informacional*. Madrid: Alianza Editores

1999 *La era de la información*. México: Siglo XXI

2004 *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI

2012 *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era de Internet*. Madrid: Alianza Editorial.

2013 *La sociabilidad real se da hoy en Internet*. Clarín, Buenos Aires, 2 de agosto.

<http://bit.ly/2YsRAUx>

CASTILLO, Rodolfo

2013 « La planificación urbana de Lima y Callao 1949-2013, del urbanismo funcionalista a la planificación del desarrollo urbano sostenible». *PAIDEIA XXI*, Vol. 3, N° 4, pp. 20-32.

CEPAL

2004 *Panorama Social de América Latina*. Santiago: CEPAL

- CHAPOULIE, Jean-Michel
2001 *La Tradition Sociologique de Chicago 1892-1961*. Paris: Editions du Seuil
- CHION, M.
2002 «Dimensión metropolitana de la globalización: Lima a fines del siglo XX». *Revista Eure*, n° 85
- CHOAY, Françoise.
1994 *Pensar la no ciudad y el no campo del mañana*. París: L'Aube
2009 «El reino de lo urbano y la muerte de la ciudad». *Revista Andamios de Investigación Social*, vol. 6, n° 12, pp. 157-187
- COLLIER, David
1978 *Barriadas y élites, de Odría a Velasco*. Lima: IEP.
- CORAGGIO, José Luis
1991 *Ciudades sin rumbo: investigación urbana y proyecto popular*. Quito: SIAP
- CORDERA, Rolando; RAMÍREZ, Patricia y ZICARDI, Alicia
2008 *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*. México: Siglo XXI Editores.
- CROZIER, Michel
1977 *L'Acteur et le Système*. París: Seuil
- CUERVO, Luis
1996 «Ciudad y complejidad. La magnitud del reto». *Pensar la ciudad*. Bogotá: TM Editores.
- DAHL, Robert
1989 *La poliarquía, participación y oposición*. Buenos Aires: Editorial REI
- DAVIS, Mike
2014 *Planeta de ciudades miseria*. Madrid: AKAL
- DEBOULET, Agnes
2016 *Répeser les quartiers précaires*. París: Agence Française de Développement

ECO INTELIGENCIA

2019 *Las diez ciudades que lideran la sostenibilidad urbana (2016)*. Consulta en marzo del 2019.
<http://bit.ly/2Yoba4f>

ERKMAN, Suren

1998 *Vers une Écologie Industrielle*. Paris: Charles Léopold Mayer Editions

FRIEDMAN, Jhon

2001 *Planificación en el ámbito público: Del conocimiento a la acción*. Madrid: INAP.

GIDDENS, Anthony

1990 *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza

GOFFMAN, Erving

1973 *La Mise en scene de la vie quotidienne*. Paris: Les editions de Minuit

GOLTE, Jürgen, y ADAMS, Norma:

1990 *Los caballos de Troya de los invasores: estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima*. Lima: IEP.

GOTTMANN, Jean

1973 *The Significance of Territory*. Charlottesville: Press of Virginia.

HAERINGER, Philippe

1993 «La megapolización del mundo, del concepto de ciudades a la realidad de las megalópolis». *Geografía y culturas*, n° 6, pp. 3-14

HARVEY, David

2003 *Espacios de esperanza*. Madrid: AKAL

2013 *Ciudades rebeldes: del derecho a la ciudad a la ciudad rebelde*. Madrid: AKAL

HAUSSMANN, G.

2000 *Memorias*. París: Le Seuil

HENRY, Etienne

1978 *La escena urbana*. Lima: PUCP.

1981 *Movimiento de pobladores y centralización*. Lima: CIDAP.

HOCHMANN, Jacques

1971 *Hacia una psiquiatría comunitaria*. Buenos Aires:
Amorrortu editores.

IESE

2017 *Cities in motion*. Universidad de Navarra.
<https://media.iese.edu/research/pdfs/ST-0442.pdf>

ILPES

1998 *Manual de desarrollo local*. Santiago: CEPAL

INSTITUTO METROPOLITANO DE PLANIFICACIÓN (IMP)

2016 *Plan de Desarrollo Concertado de Lima Metropolitana
2016-2021*. Lima: IMP
<http://bit.ly/2VYndI4>

JACOBS, Jane

2011 *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Navarra: Capitán
Swing

LAROUSSE

2007 *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Larousse
Editorial.

LATOCHE, Serge

2010 *Sortir de la société de consommation, Les liens qui libèrent*.
Paris: Actes Sud

LEDRUT, Raymond

1968 *El espacio social de la ciudad*. Madrid: Amorrortu editores.

LEFEBVRE, Henri.

1972 *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial

1978 *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Ediciones Península

2009 *La Comuna de París*. SOV Baix Llobregat.
www.enxarxa.com/biblioteca/CCI%201871%20C6.pdf.

2013 *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing

- LLORENS, Juan; ALBURQUERQUE, Francisco y CASTILLO, Jaime del
2002 *Estudio de casos de desarrollo económico local en América Latina*. Washington: BID
- LOBO, Susan
1984 *Tengo casa propia*. Lima: IEP.
- LOJKINE, Jean
1979 *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*. México: Siglo XXI editores.
- LÓPEZ DE SOUZA, Marcelo
1995 «O territorio: sobre espaço, poder, autonomia y desenvolvimiento». CASTRO y otros. *Geografias: conceitos e temas*. Río de Janeiro: Bertrand Brasil.
- LUDEÑA, Wiley
2011 *Lima, reestructuración económica y transformaciones urbanas, período 1990–2005*. Lima : PUCP.
- LUDERMIR, Raquel y ALVARADO, María Luisa
2017 *Conflictos de suelo urbano y desalojos forzosos en América Latina y El Caribe*. Red Global de Instrumentos de Suelo.
- LUPIAÑEZ, Andrés (Ed.)
2004 *Ciudad y territorio virtual*. Barcelona: Universidad Politécnica de Cataluña.
- MACKENZIE, Roderick D.:
1979 *L'Approche Ecologique dans L'Etude de la Communauté Humaine*. Paris: L'Ecole de Chicago.
- MADDEN, David y MARCUSE, Peter
2018 *En defensa de la vivienda*. Madrid: Capitán Swing
- MAQUET MAKEDONSKI, Paul A.
2013 *Políticas alternativas de vivienda en América Latina y El Caribe*. Buenos Aires: Alianza Internacional de Habitantes.
- MAQUET MAKEDONSKI, Paul; CALAME, Pierre y RANSON, Ina.
2005 *Territorios, pensar localmente para actuar globalmente*. Paris: Ediciones Charles Léopold Mayer

- MAQUET MAKEDONSKI, Paul y CALDERÓN, Julio
1990 *Las ideas urbanas en el Perú*. Lima: CENCA.
- MARSHALL, T.H.
1965 *Class, Citizenship and Social Development*. New York:
Doubleday
- MATTOS, Carlos de
2008 *La tercera revolución urbana en América Latina*. Santiago:
Instituto de Estudios Urbanos de la Universidad Católica
de Chile
- MATOS MAR, José
1988 *Desborde popular y crisis del Estado: el nuevo rostro del
Perú en la década de 1980*. Lima: Concytec.
- MCPHERSON, C.B.
1991 *La democracia liberal y su época*. Buenos Aires: Ed. Alianza.
- MEDINA, Oswaldo
2000 *El achoramiento, una interpretación sociológica*. Lima:
Universidad del Pacífico.
- METZINGER, Pascale
2017 *Atlas Problematique d'une Métropole Vulnérable*. Lima:
PACIVUR.
- MOLTMANN, Jürgen
1972 *Teología de la esperanza*. Salamanca: Ediciones Sígueme
2008 «Encuentro con los teólogos de la liberación en México
1977». HUGHES, Pedro y PRADO, Consuelo del. *Libertad y
Esperanza, a Gustavo Gutiérrez por sus 80 años*. Lima: CEB.
- MUMFORD, Lewis
2013 *Historia de las utopías*. La Rioja: Pepitas de Calabaza
OMS
2016 *WHO Global Urban Ambient Air Pollution database*.
Consulta marzo 2019
<http://bit.ly/2JCvISk>

PARK, Robert

1979 «La communauté urbaine: Un modèle spatial et un ordre moral». *L'école de Chicago*. Paris: Aubier

1999 *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

PARSONS, Talcom

1966 *El sistema social*. Madrid: Revista de Occidente

1968 *La estructura de la acción social*. Madrid: Guadarrama

PUMAIN, Denise

2003 «Une approche de la complexité en géographie». *Géocarrefour*, vol. 78.

QUIJANO, Aníbal

1966 *El proceso de urbanización en América Latina*. CEPAL

RAFFESTIN, Claude

2011 *Por una geografía del poder*. Morelia: El colegio de Micoacán.

REMY, Jean y VOYÉ, Liliane.

1976 *La ciudad y la urbanización*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local

SALAZAR BONDY, Sebastián

2002 *Lima la horrible*. Santiago: Editorial Universidad de Concepción

SANCHIS, Joan

1999 «Las estrategias de desarrollo local: aproximación metodológica desde una perspectiva socioeconómica e integral». *Revista de Dirección y Organización*, n° 21

SANZ, Jesús

2017 «¿Cómo pensar el Cambio Hoy?». Cuadernos SJ. Barcelona, N° 203.

SASSEN, S.

2007 *Sociología de la globalización*. Buenos Aires: KATS

SCHUMACHER, Ernst

2001 *Lo pequeño es hermoso*. Madrid: Tursen

- SCHUMPETER, J.
1964 *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Ed. Folio
- SEN, Amartya
2000 *Desarrollo y libertad*. Buenos Aires: Planeta
- SIMMEL, George
1999 *Sociología*. París: PUF
- SPECTOR; Therese
1998 «Prospective de la Ville: Un Etat de Lieux». *Direction de la Recherche et des Affaires Scientifiques et Techniques*, n° 7
- TOURAINÉ, Alain
1987 *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Santiago: PREALC
- 1995 *¿Qué es la democracia?* Buenos Aires: FCE
- 1998 *La Parole et le Sang*. Paris: Odile Jacob
- 2006a «Los movimientos sociales». *Revista Colombiana de Sociología* N°. 27, pp. 255-278
- 2006b «Sociología de los actores». *Espacio Abierto*
- VÁSQUEZ BARQUERO, Antonio.
1988 *Desarrollo local: Una estrategia de creación de empleo*. Madrid: Pirámide.
- VIDALES, Raúl
1975 *Prácticas religiosas y proyecto histórico*. Lima: CEP
- VECKEMANS, Roger
1970 *Marginalidad, promoción popular e integración en América Latina*. Buenos Aires: DESAL
- VELTZ, P.
1995 *Mondialisation, Villes et Territoires*. París: PUF
- WIRTH, Luis
1988 «El fenómeno urbano como modo de vida». BASSOLS, Mario. *Antología de Sociología Urbana*. México: UNAM
<https://bit.ly/2OXoQj4>

WEBER, Max

1991 *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Premia editor.

1997 *Economía y sociedad*. México: FCE

WIESE, Claudia; MIYASHIRO, Jaime y MARCÉS, Rebeca

2016 *Desigualdad urbana en Lima Metropolitana*. Lima: DESCO.